



NOE CASADO

NO SE LO
CUENTAS
A NADIE



Lectulandia

«¿Quieres pasar una noche inolvidable? ¿Asistir a eventos exclusivos?
¿Cenar en los mejores restaurantes? ¿Codearte con gente vip?

Perfecto, aquí me tienes.

A cambio solo te pido una cosa: a la mañana siguiente ahórrame, por favor, escenas románticas, palabras amables o comportamientos excesivamente emocionales. No me interesa.

No te confundas, no soy un hombre al que puedas hacer cambiar de opinión; ni lo intentes.

¿Aceptas mis condiciones?

Excelente, ya te llamaré».

Lectulandia

Noe Casado

No se lo cuentes a nadie

ePub r1.0

Titivillus 06-09-2018

Título original: *No se lo cuentes a nadie*

Noe Casado, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Sonia es, por decirlo de alguna manera, la mujer ideal. Al menos para mí. Habla lo justo, pues ella misma se da cuenta de sus limitaciones intelectuales. Su objetivo desde adolescente era ser *miss* y lo logró hace cinco años en un certamen de costa, así que con su título y pocas o ninguna posibilidad de encontrar un empleo estable a largo plazo, ha ido ganándose la vida como azafata de eventos mientras picoteaba aquí o allá a la espera de un marido rico (si además puede ser joven y atractivo, mucho mejor, aunque no son requisitos indispensables) que le solucionara la vida.

Por increíble que parezca, me he topado con unas cuantas que actúan y piensan de igual modo, pero yo les dejo muy claro que conmigo ni lo intenten, lo que lo simplifica todo, ya que en este *impasse* yo me divierto y ellas tienen la oportunidad, cuando me acompañan a eventos o cenas, de tantear el terreno. Y mientras no aparezca el tipo rico al que embaucar, yo me las tiro y todos tan contentos.

Y en eso estoy ahora. Miro hacia abajo y aparto su lustrosa y exuberante melena rubia (teñida) para ver bien cómo me la chupa. Sonia se esfuerza, aunque hoy se muestra un poco desanimada. Estoy tentado de preguntarle cuál es el motivo, pero opto por no hacerlo, ya que una de las normas básicas en una relación como esta es no interesarse por los problemas ajenos. Yo no le cuento cómo me va la vida y ella tampoco. Follamos, nada más.

Le tiro un poco del pelo para ver si mejora la cosa, y parece funcionar, ya que Sonia ronronea y su boca empieza a trabajar con más entusiasmo. Mantengo la presión para recordarle en todo momento que no debe bajar la guardia y que si una pretende hacer una mamada decente, lo mínimo que puede hacer es ser competente y llegar hasta el final. Nada de apartarse en el último momento.

Arqueo la pelvis, metiéndosela un poco más. Estoy siendo un poco cabronazo, pero sé que a Sonia eso la pone, como a muchas, aunque después alguna que otra se ponga petarda y se avergüence, pero luego vienen a por más.

Comienzo a respirar más rápido y a moverme, noto la tensión, voy a correrme. La sujeto bien del cuello para que no se aparte y gruño empujando hacia arriba.

—Buena chica —susurro, tras liberar toda la tensión.

Ella se incorpora y me mira disimulando su malestar. No por las palabras, sino por el tono condescendiente, pero ¿qué esperaba? ¿Una medalla?

—¿Sigue en pie la cena del sábado? —me pregunta, abandonando la cama.

Se nota que ella tiene sus prioridades. No la culpo, pues yo tengo las mías.

Deambula por la habitación exhibiéndose. Quizá cree que antes de salir de la habitación del hotel (nunca me las llevo a casa) le echaré un polvo, pero ya se lo he dicho cuando me ha llamado a la hora de comer. No dispongo de mucho tiempo, pues esta noche en el Cien Fuegos tenemos una cena muy importante y debo estar presente. Solo me he escapado media hora.

—Sí, por supuesto —respondo, abrochándome los pantalones.

Ni siquiera me he desnudado; no hacía falta.

Tras mirarse bien en el espejo, Sonia se retoca el maquillaje. Siempre va perfecta. Me mira de reojo, no pierde la esperanza, pero se va a quedar con las ganas. No puedo permitirme el lujo de fallar en mi trabajo y menos por una mujer que, francamente, estará muy buena, pero me resbala.

—¿Me vienes a recoger como siempre?

—Por supuesto. Te envió un mensaje cuando salga de casa para que estés preparada en el portal —digo, ajustándome la corbata.

Me despido de ella con un beso rápido en la comisura del labio y abandono la habitación sin ningún tipo de remordimiento. Aquí todos somos mayorcitos y por tanto sabemos a lo que venimos. Me ha parecido oírla decir «cabrón sin sentimientos», aunque me da igual y no me sorprende.

Llego al Cien Fuegos con tiempo suficiente, tal como me gusta. Saludo a los camareros y me encamino hacia la cocina, pues a pesar de que no sé ni freír un huevo, me gusta estar allí, entre otras cosas para provocar un poco a la chef, Bea.

Es tan fácil pincharla... Tiene ese aspecto de niña buena, incapaz de romper un plato, y aun así no sé por qué me excita. En más de una ocasión he intentado ligármela, pero no ha habido manera. Me ha rechazado con sutileza más de una vez y lo que me ha dejado más perplejo es que, lejos de enfadarse, ha alegado un motivo que para ella es de lo más trascendental, pero para mí es ridículo. Está enamorada. Bah, ¿se puede ser más antigua? ¿Qué tendrá que ver una cosa con otra? Pues nada, no he tenido suerte.

Bea insiste en ser mi amiga, lo cual resulta aún más absurdo, porque es un poco tonta, pero no tanto como para no darse cuenta de que quiero llevármela a la cama. Claro que mis opciones han disminuido drásticamente hasta no quedarme ni una sola, ya que se ha reconciliado con su novio. Algo que tampoco debería ser impedimento para pasar un buen rato. Pero nada, Bea es una de esas mujeres que no se dan ni un respiro y es de lo más clásica.

Un novio del que, por cierto, lo sé todo. No porque sea aficionado a los cotilleos, sino porque tuve que echarle un cable a nuestra chef y de rebote me informaron de los pormenores.

Ahora que los conozco, me cuesta todavía más conciliar la imagen de mujer un poco sosa y más bien modosita con una echada para adelante, porque hay que tenerlos bien puestos para hacer lo que hizo. Enfrentarse a una señora con mucho

poder, y sobre todo influencias, con tal de que su relación no se fuera a pique. Yo, desde luego, ni me hubiera molestado. ¿De verdad merece la pena arriesgar tanto por otra persona? ¿Esa chorrada del poder del amor todavía hay quien se lo trague?

En mi caso no he tenido ni que planteármelo, pues nunca se ha dado el caso de que tenga que esforzarme por una mujer y, ya puestos, no creo que nunca llegue a darse.

—Hola, Xavi —me saluda amable y me da dos fraternales besos. Es el único contacto que me permite.

—Buenas tardes. ¿Todo listo? —pregunto mirándola con atención. Debajo de la ropa de trabajo esconde un buen cuerpo, lo intuyo, porque ella es incapaz de lucirlo.

—Pues sí, don exigente —replica y salgo de la cocina en dirección a mi despacho. Nunca está de más asegurarme de que todo está perfecto.

Me sirvo una copa y mientras se enciende el ordenador reviso los mensajes del móvil. La mayoría no son importantes y no les presto apenas atención. Me siento en el sillón y cierro los ojos solo un instante. Tengo por delante una importante cena de negocios y, aunque se supone que Sonia y su cuestionable boca han conseguido relajarme, no es así, porque desde hace ya un tiempo ni follando a lo bestia consigo liberar la tensión acumulada.

Solo existe una forma y, la verdad, no quiero volver al infierno. Así que me concentro en lo importante, en el trabajo, nada de autocompasión ni de perder el tiempo con gilipollices semejantes. Ahora estoy en el lugar donde siempre he querido estar y por el que he luchado. No merece la pena distraerse.

* * *

Por norma general, el lunes suele ser el día más contradictorio de la semana. En mi caso, desde hace un par de meses es cuando tengo fiesta, y lo aprovecho a conciencia. Es el único de la semana en que puedo salir a correr en vez de aguantar a tipos sudados en el gimnasio, algo a lo que me veo obligado para poder compatibilizar el ejercicio con el trabajo. Prefiero mil veces respirar un poco de CO₂, salpicarme de barro las deportivas o mojarme con la lluvia, antes que sudar en la misma máquina donde minutos antes ha estado otro.

Al enfilarse el último tramo, vislumbro un camión de mudanzas frente al portal de casa y a dos operarios descargando cajas. Tuerzo el gesto, lo que faltaba, justo en mi día libre ruidos y gente dando voces.

Al entrar en el portal, me encuentro con otra vecina que mira a los dos currantes con cara de bulldog y les hace mil recomendaciones para que no dejen marcas en la pared mientras transportan los muebles.

—Buenos días, señora Galiana —saludo a la propietaria del segundo derecha.

—Buenos días —me responde ella, sin suavizar su expresión de enfado—. Mire cómo lo están poniendo todo. ¡Qué desastre! ¡Y solo hace seis meses que pintamos la

escalera!

Sonrío comprensivo ante tanta exclamación. La mujer exagera, lo sé, pero es lo que tiene ser una viuda jubilada con buena pensión y un piso de doscientos metros cuadrados en el centro, que se aburre, y cualquier cosa que se salga de la rutina habitual le supone todo un estímulo para pasar la mañana.

—Espero que al final lo dejen todo como estaba —le digo, con el fin de tranquilizarla y de paso escaquearme, pues tengo una imperiosa necesidad de meterme en la ducha.

—De eso me encargo yo —asegura convencida.

Estoy a punto de marcharme, cuando, llevado por la curiosidad, pregunto:

—¿Sabe a qué vivienda llevan todo esto?

—No querían decírmelo, los muy pájaros, sin embargo se lo he sonsacado. Han comprado el ático B.

—¿Cómo? —pregunto tragándome un juramento, porque yo vivo de puta madre en el ático A sin nadie al lado que me moleste. Incluso tengo pensado, en cuanto pueda, comprarlo para poder vivir sin ruidos.

—Lo que oye, señor Quijano —me confirma, satisfecha por estar al tanto de todo lo que ocurre en el edificio—. Esperemos que sea una familia decente.

—Sí, decente —murmuro, cruzando los dedos para que no sea, bajo ningún concepto, una familia, pues lo que menos me apetece es estar repantigado en el sofá, viendo una película, y oír a críos correteando por el pasillo y chillidos histéricos de los padres intentando cazarlos.

La señora Galiana no se equivoca y cuando salgo del ascensor me encuentro un montón de cajas en el rellano, junto a mi puerta, dificultándome el paso.

Me aparto cuando una tiparraca me da en todos los riñones con una caja. Fulminarla con la mirada no me sirve de nada, pues se escabulle hacia el interior de la vivienda sin ni siquiera disculparse. Me llevo las manos a la espalda, porque me ha dado de lleno. Voy a tener que pasar por el masajista.

Busco las llaves, dispuesto a olvidarme de mudanzas y vecinos maleducados, y justo en ese instante me suena el móvil. Suelto una palabrota, porque mira que es mala suerte, al final me joroban el día y cada vez veo más lejos darme una ducha.

Vuelvo a apartarme cuando aparecen los dos operarios maniobrando con un sofá. Ni se han molestado en advertirme y no me apetece llevarme otro golpe.

—Ese sofá lo quiero junto a la ventana —dice una voz femenina desde el interior.

—A ver, ¿qué se ha roto ahora? —le pregunto de mal humor a Bea, la chef del restaurante donde trabajo como gerente, que es quien me ha llamado al móvil.

—Nada, tranquilo. Para ser tu día libre te veo muy estresado.

—Al grano —le pido y entonces aparece la maleducada de antes, despeinada, con una camiseta zarrapastrosa y un pantalón no mucho mejor. Me mira y suelta:

—Podrías echar una mano.

—Xavi, ¿sigues ahí? —me pregunta Bea.

—Sí, joder. ¿Qué quieres? Y antes de que me lo pidas, no, no te doy más días libres —le advierto, porque intuyo por dónde van los tiros.

—No seas bobo, no es eso —dice ella riéndose—. Solo te llamo porque me han avisado del seguro y a primera hora viene el fontanero a reparar la fuga del aseo de caballeros. Yo no puedo ir y la señora de la limpieza tampoco, así que tendrás que ocuparte tú.

—Joder... Vale, ya me acerco. ¿Algo más? —pregunto de mala leche, porque me han fastidiado los planes.

—No, señor agonías. Nada más.

Cuelgo de mal humor. La nueva vecina sigue dándoles instrucciones a los tipos de la mudanza y, pese a que su aspecto deja mucho que desear, no puedo evitar mirarla con ojo crítico.

—¡Cuidado con esa caja! —grita, sobresaltándonos a todos y se encarga de llevársela ella misma.

—Las divorciadas son las peores —comenta uno de los operarios, negando con la cabeza.

—¿Y cómo sabe que es divorciada? —me arriesgo a preguntar, pese a que me trae sin cuidado.

El tipo me mira con cierto aire de superioridad antes de responder:

—Llevo bastantes mudanzas a mis espaldas. Si se tratara de una pareja, por ejemplo, veríamos cajas mal etiquetadas u otros objetos típicos masculinos. Y en el camión no hay ni rastro de ellos.

—¿Objetos típicos masculinos? —inquiero, cruzándome de brazos, porque tiene que ser cuando menos chocante la explicación.

—Pues sí. Las divorciadas nunca quieren ningún objeto que les recuerde a su ex y por extensión a cualquier hombre.

—Ya, bueno, pero podría ser una viuda.

—Poco probable —responde el hombre encendiéndose un cigarrillo y negando con la cabeza—. No tiene la edad, para empezar, y además las viudas son las primeras que suelen querer conservarlo todo de sus maridos. No, esta es divorciada.

—Tiene sentido... —murmuro—, aunque se supone que ya no deberían existir objetos «típicos masculinos» hace tiempo, que eso de los roles preestablecidos pasó a la historia.

—Chorradas de última hora —resopla él—. Si quiere se lo preguntamos.

—No, gracias. Me quedo con la duda —contestó, encogiéndome de hombros.

—No le pago para que esté de cháchara con los vecinos —dice una voz femenina a mi espalda y ambos damos un respingo.

—Disculpe, señora —murmura poco o nada avergonzado el de la mudanza y se da media vuelta dispuesto, supongo, a ganarse el sueldo.

Entonces pienso que, a pesar de que me importa un comino su estado civil, cuesta muy poco ser educado y le tiendo la mano presentándome. Ella primero se limpia en

el ajado pantalón que lleva, y luego me la estrecha.

—¿También pertenece al comité de bienvenida? —pregunta y noto su sarcasmo, lo que significa que ya ha tenido un primer encontronazo con cierta viuda que reside en el edificio.

—No, tranquila, y si quiere un consejo, la señora Galiana se contenta con un par de cotilleos al mes.

—Gracias por la información. Me ahorraré las galletitas. Y ahora, si me disculpa, tengo muchas cosas que hacer.

Me dedica una de esas sonrisas un tanto irónicas de quien te manda a paseo pero con educación y se mete dentro de su apartamento. Genial, ahora por fin puedo darme esa ducha y olvidarme de ella, bueno de Fiorella Vizcaíno, que ya sé su nombre.

Una de las ventajas de dirigir un restaurante es que siempre tengo a mi disposición comida *gourmet*. Por supuesto, yo nunca he cocinado ni pretendo aprender, sin embargo, dispongo de lo que podría denominarse servicio a domicilio, ya que nuestra chef, con su complejo de hermana mayor, me envasa cada día comida suficiente para que no tenga que mover un dedo y además invitar a cenar al ligue de turno quedando como un señor, aunque rara vez lo hago, ya que no me gusta que invadan mi espacio personal. Que después hay muchas que se confunden y creen que si las dejas pasar una noche en tu casa, luego pueden venir cuando quieran.

Una ducha tonificante y, tras dar buena cuenta de la comida, lo dejo todo más o menos recogido para que Luisa, la asistente, no se lo encuentre manga por hombro. También le dejo dos trajes para que me los lleve a la tintorería.

Luisa es otra de esas mujeres que tienen complejo de madre. Me cuida y hasta se ocupa de tareas, como lo de tenerme a punto los trajes, que no entran en sus obligaciones, pero ella siempre dice que no le cuesta nada.

Reconozco que la contraté, hace ya más de tres años, por motivos poco ortodoxos. Era guapa, simpática y, por supuesto, en su momento la consideré mujer susceptible de ser seducida. Y estuve a punto, lo reconozco. Uno de esos días tontos en los que uno llega a casa un poco alicaído y cualquier chica mínimamente interesante puede levantarle el ánimo, ya que un buen polvo siempre estimula. La tuve a tiro, y ella siempre se ha mostrado receptiva, no soy tan tonto como para no darme cuenta; sin embargo, sopesé los pros y los contras y al final me di cuenta de que follármela solo tenía contras. Un buen rato entre las sábanas no compensaba perder una empleada del hogar competente.

Un motivo egoísta, lo admito. Por otra parte, tras haber hablado con ella de forma casual de esto y aquello, sabía que Luisa no entendería el concepto de rollo de una noche; para ella, cualquier roce y no digamos ya intercambio sexual significaría poco menos que una declaración de intenciones honestas, y a mí, la verdad, ni me apetece ni quiero líos y relaciones que rayen lo serio. Me va bien con mis encuentros sin compromiso. Son cómodos, libero tensiones, me permiten experimentar, no caigo en la monotonía y mi agenda de contactos es como las Naciones Unidas. No puedo

quejarme. Hay quien opina que tengo carencias afectivas. Chorradas. Vivo de puta madre.

Repaso mi guardarropa y selecciono un traje gris oscuro, prescindo de corbata y me arreglo para dirigirme al restaurante y ocuparme de la nada apetecible tarea de supervisar el trabajo del fontanero. Solo espero que la avería sea poca cosa...

* * *

Una semana más tarde, tras desmontar los dos aseos, destrozar a saber cuántos baldosines exclusivos que ya no se fabrican (el decorador ha estado a punto de suicidarse dos veces) y de tener el restaurante cerrado una semana (con las pérdidas que ello acarrea), por fin una mañana todo vuelve a la normalidad.

Por supuesto, el personal se ha mostrado encantado con estas vacaciones forzosas. En especial Bea, que ha vuelto con una sonrisa demasiado gilipollas para mi gusto. Como no sabe disimular, todos nos hacemos una idea de lo que ha estado haciendo. Sé que ella no dirá una palabra, pero será un placer provocarla para que termine colorada como un tomate.

El día transcurre rutinariamente, lo cual se agradece, porque detesto no cumplir un horario. Además, esta noche es una de esas raras ocasiones en las que no tengo ningún compromiso, y me apetece mucho quedarme en casa. Lo cierto es que cada vez me cansa más salir por ahí y aguantar a gente que no conozco, conversaciones insustanciales y mujeres demasiado emperifolladas que me provocan dolor de cabeza. Quiero descansar.

Me despido de los empleados y tardo poco en llegar a mi ático. Al entrar en el portal veo a la señora Galiana. Miro el reloj, está vestida para misa de ocho. A la que no conozco es a la mujer que está de espaldas hablando con ella. Traje de corte masculino, pero muy bien llevado. Pelo recogido en un moño flojo y zapatos de medio tacón. Me inclinaría a pensar que es una abogada.

—Mira, querida, quién acaba de llegar. Buenas tardes, señor Quijano —dice la vecina, estropeándome la posibilidad de seguir evaluando a la desconocida.

—Hola, señora Galiana —respondo, fingiendo una sonrisa. Tengo unas ganas enormes de llegar a casa, ponerme cómodo, disfrutar de una cerveza bien fría y no hablar con nadie hasta mañana, por lo que me acerco al ascensor dispuesto a escaquearme.

—Precisamente con usted quería hablar —dice la mujer, cortándome la retirada.

Yo mantengo mi sonrisa amable, aunque si pudiera la mandaba a paseo.

—Verá, la señorita es la nueva inquilina y, claro, no conoce la zona —prosigue y la desconocida se da la vuelta.

Activo mi memoria intentando situarla, pero que yo recuerde, la última incorporación a la comunidad de propietarios es justo mi vecina del ático, así que...

No puede ser, esta no tiene la misma pinta que la desagradable mujer que tuve

que soportar el día de la mudanza. Nada que ver.

—Y le estaba comentando —prosigue la señora Galiana, metiéndose donde no la llaman— que usted conoce la zona, está bien relacionado y seguro que no le importa ayudarla para que se integre mejor en el barrio. Además, son de una edad parecida.

—No es necesario —interviene la señorita Vizcaíno tan incómoda como yo, pero a ver cómo nos las apañamos para deshacernos de la señora Galiana sin que se note.

—¡No diga bobadas, querida! —exclama la aspirante a vecina toca huevos aburrida y dispuesta a fastidiar—. Estoy segura de que el señor Quijano conoce un restaurante por aquí cerca idóneo para cenar.

A mí lo que menos me apetece es salir por ahí con una desconocida, por mucho que se empeñe la vecina lianta.

—Gracias por todo, pero voy a pedir la cena por internet —interviene la otra, educada, sacando el móvil del bolso.

—Por favor —insiste la obstinada vieja—, ¿va a cenar sola teniendo la oportunidad de hacerlo en buena compañía? La juventud de ahora... mira que son raros. Es bueno para la comunidad que nos conozcamos todos.

Y antes de que me dé tiempo a buscar una excusa convincente para salir del atolladero, añade:

—Yo si pudiera los acompañaba, pero desde que murió mi marido no tengo ganas de nada. —Suspira toda afectada para recibir apoyo.

Su estratagema no tarda en funcionar, pues la nueva vecina le da unos toquitos en el brazo y yo continúo sonriendo como un gilipollas comprensivo.

—Por eso me da pena que ustedes, en la flor de la vida, se encierren en casa pudiendo pasar un rato agradable en compañía.

Y para rematar su actuación, saca un pañuelo de esos bordados a mano y se seca los ojos sin dejar de mirarnos a uno y a otro a la espera de salirse con la suya.

Tengo dos opciones, pasar por el aro y dejar a un lado la maravillosa idea de estar solo una noche y disfrutar de un apartamento carísimo que apenas uso, o, por el contrario, enemistarme con la señora Galiana, la «lideresa» de la comunidad, arriesgándome a su odio eterno por no haberme sometido a sus sugerencias.

—De acuerdo —digo y la nueva vecina da un respingo—. Conozco un sitio por aquí cerca.

—Estupendo, así podrán pasear un rato. Se está perdiendo una buena costumbre —alega satisfecha la vieja—. Les dejo, que ya llego tarde a misa.

Y una vez que ha logrado sus objetivos, se escabulle dejándonos a nosotros con el marrón, en especial a mí.

—No tenemos por qué salir a cenar —dice la señorita Vizcaíno.

Detengo la búsqueda en el móvil, pues no pienso presentarme en un local sin antes haber hecho una reserva.

—¿Perdona?

—Te decía que no tienes por qué salir si no quieres.

—¿Y qué harás cuando ella te pregunte? Porque lo va a hacer.

—Decirle la verdad —responde y arquea una ceja—. Que fuiste muy atento y educado, y que pasamos una velada agradable...

Me echo a reír.

—Tú no la conoces —contesto y, mira por dónde, está empezando a parecerme interesante la idea de salir a cenar con ella—. Creo que de joven trabajó en los servicios secretos. Detecta una mentira antes de que hayas terminado de contarla. Se sabe la vida y milagros de todo el barrio.

Fiorella Vizcaíno sonrío con disimulo ante mi comentario.

—Puedo ser muy convincente —asegura.

Joder, que hasta voy a tener que agradecerle a la señora Galiana su intromisión.

—Yo no me arriesgaría.

¿Está coqueteando conmigo o solo vacilándome? No me ha quedado muy claro, por lo que mi interés en averiguarlo hace el resto y me decido. Sí, me la llevo a cenar.

—¿Entonces? —pregunta con aire pícaro.

Justo en ese momento, me llega un mensaje al móvil preguntándome si quiero confirmar la reserva y acepto sin consultárselo. Puede que mis planes de descansar se hayan ido al carajo, aunque a lo mejor merece la pena. No lo sé, pero la curiosidad ha ganado la batalla.

Levanto el teléfono y le muestro la pantalla junto con una sonrisa de esas que suelo utilizar cuando quiero salirme con la mía. Ella arquea una ceja y, por su expresión, deduzco que acepta.

* * *

No tardamos mucho en llegar caminando hasta el restaurante. No es de mucha categoría, pero se come bien. Además, no todo tiene que ser lujo, y, la verdad, me apetece ver cómo se comporta ella, ya que la primera impresión que tuve cuando la conocí el día de la mudanza es muy diferente de la que me estoy formando ahora.

Una vez instalados, nos toman nota de la comanda y el camarero se aleja. Eso quiere decir que empieza la primera prueba. Ver de qué hablamos para no aburrirnos.

—Supongo que la señora Galiana te ha puesto al corriente de la vida y milagros de todos los vecinos —comento en tono casual y ella asiente—. Bien, entonces como ya lo sabes todo de mí...

Lo dejo caer porque, mira por dónde, me apetece escucharla. No tiene pinta de ser una cabeza hueca, aunque nunca se sabe, porque si se ha trasladado a mi edificio, una de dos, o gana un buen sueldo o ha dejado frito al exmarido. Todavía no lo tengo muy claro.

—¿Quieres que te cuente mis secretos?

Joder, está flirteando conmigo, no soy tan tonto.

Muy bien, este juego se me da de puta madre.

—Solo los más sórdidos —contesto, mirándola fijamente.

Fiorella se echa a reír, pero manteniendo las distancias. Eso me indica que por mucho que yo insista no lograré nada, así que reculo y dejo a un lado lo de entrar en temas personales; mejor me centro en asuntos más inocuos, como a qué se dedica.

Nos sirven la cena y, mientras comemos, comentamos temas sin mucha relevancia y de forma vaga. Eso nos permite olvidar cualquier intento de coqueteo previo y, a medida que avanza la noche, me doy cuenta de que si ha habido un instante en el que he sopesado la idea de llevármela a la cama, ha desaparecido por completo, porque Fiorella es una de esas mujeres que saben mantener viva una conversación, pese a que a veces juega al despiste con sus silencios. Si me paro a pensar, apenas me ha revelado nada sobre sí misma, solo que trabaja en una revista.

Tras tomar el café y sin preguntar, ella levanta la mano y le pide la cuenta al camarero. Se me ha adelantado, pero si bien me habría gustado ser yo el que pagase, entiendo que no merece la pena discutir por ese detalle. Además, resulta una novedad, ya que el noventa y nueve por ciento de las veces soy yo quien saca la tarjeta de crédito.

—¿Quién le ha pedido la cuenta? —le pregunta al camarero cuando la deja a mi lado, previendo que soy yo quien va a aflojar.

—Disculpe, señora —se excusa el tipo y a mí que me importa poco o nada quién la abone, se la paso a Fiorella.

El camarero me mira y seguramente está especulando, lo cual me trae sin cuidado. En este local me conocen, así que no tengo de qué preocuparme.

—¿Invitarte a una copa te resultaría ofensivo? —le pregunto de buen humor, mientras abandonamos el restaurante.

—No, no me lo parece.

Está claro que es una mujer parca en palabras. Estupendo, eso no me disgusta.

Queda implícito dentro de la invitación que yo pago las copas.

Como no me apetece coger el coche ni pedir un taxi, elijo un *pub* de la zona, que, si bien no es de lo más sofisticado, al menos tiene buen ambiente. Fiorella no ha puesto cara rara al cenar en un restaurante normalito, así que no creo yo que se me vaya a poner tiquismiquis ahora.

Busco con la mirada una mesa libre y hacia allá me dirijo. No la toco, aunque podría hacerlo de manera inofensiva; sin embargo, mantengo las distancias, tal como a ella parece gustarle. Para mi sorpresa, en vez de pedirse un combinado de esos raros se pide una cerveza, por lo que me uno a ella.

Y de nuevo establecemos lo que se podría denominar como escenario tranquilo de conversación, en el que charlamos de esto y aquello sin comprometernos y olvidando ya por supuesto cualquier idea cercana a la seducción. Un hecho curioso, sin duda, igual que el hecho de escuchar lo que me dice. Es un gran avance, pues por lo general me resbala lo que me cuentan si no me afecta de forma directa.

—No te pega lo de ser gerente de un restaurante.

—De lujo, no te olvides —puntualizo cuando ella reconduce la conversación hacia un tema más personal.

—¿Cuál es la diferencia? —inquire y me deja con la palabra en la boca al levantarse.

La observo caminar hasta la barra y pedir otra ronda. Se parece a mí en ese aspecto, no pregunta, actúa. Me gusta, pero doy por perdida cualquier oportunidad de ligármela. No porque no pueda, sino porque, y he aquí la nota curiosa, no me interesa tanto su cuerpo, a pesar de que Fiorella está de buen ver.

Para follar ya tengo una agenda bien surtida y resulta de verdad estimulante el hecho de conversar con una mujer sin aguantar sus estupideces solo para llevármela al huerto. No, en esta ocasión ni siquiera me voy a molestar en tirarle los tejos.

Como si fuéramos colegas de toda la vida, chocamos los botellines y vamos bebiendo mientras nos reímos con algunas de las anécdotas que le cuento sobre lo que ocurre en el Cien Fuegos. Estoy tentado de invitarla un día, pero prefiero dejarlo para más adelante.

Fiorella sigue mostrándose bastante cautelosa sobre su vida tanto personal como profesional. Sé que dentro de quince días la señora Galiana me hará el informe completo, sin embargo, me gustaría que fuera ella misma quien me comentara algo. Así que a pesar de la buena sintonía, me arriesgo a preguntar.

—Me has dicho que trabajas en una revista... No tienes pinta de becaria...

—Me ocupo de revisar la línea editorial.

—Una respuesta de lo más ambigua —comento sin perder el buen humor.

—No quiero aburrirte con los detalles —dice.

—Abúrreme un poco, por favor —replico, adoptando una actitud un tanto indolente y ella niega con la cabeza y se ríe.

Pero termina hablando. La escucho con interés, otra novedad, y aunque noto cómo intenta no decir más de la cuenta, acabo averiguando que la suya es una revista de primer nivel. Una de esas que yo no compraría jamás porque está enfocada al público femenino, pero que he tenido que hojear para pasar el tiempo y porque, lo confieso, me ha podido la curiosidad y he terminado leyendo esos «diez consejos infalibles para la primera cita». Lo que me he llegado a reír con esa sarta de chorradas, porque si realmente una mujer los sigue, tiene asegurado el fracaso.

Fiorella continúa contándome alguna que otra cosilla, al tiempo que vamos vaciando botellines de cerveza. Joder, noto que el alcohol se me empieza a subir a la cabeza y también veo que son casi las dos de la madrugada y que si nos descuidamos nos echan del local.

—¿Te acompaño a casa? —le preguntó con sorna.

—No esperaba menos de ti —me replica sonriendo.

Vamos paseando tranquilamente. No nos tocamos en ningún momento, a pesar de ir caminando el uno al lado del otro. Ni siquiera cuando tenemos que apartarnos para dejar pasar a un tipo que pasea al perro de madrugada.

En el ascensor la situación se mantiene. Sé que me está mirando, pero no me importa. Hemos pasado una velada agradable, ahora cada uno se va a su casa y todos tan contentos. Una novedad para mí, lo admito, ya que, por lo general, cuando salgo a cenar con una mujer, incluidas las cenas de negocios, siempre me planteo la opción de tirármela. Fiorella, con su forma de ser distante pero sin rayar en lo desagradable, ha logrado que me interese por ella no como posible compañera de cama, sino como posible amiga. No me lo creo ni yo, pero así es.

Como le he dicho, la acompaño hasta su casa, lo cual no tiene mucho mérito, porque vivimos puerta con puerta, algo que no deja de ser simbólico.

—Ha sido un placer —murmuro, acercándome a ella con la intención de darle dos besos de despedida.

Fiorella no se aparta. Yo me despido. Todo normal.

—¿Quieres follar? —dice.

Ahora es cuando debería pellizcarme, porque esto es una alucinación en toda regla. No puede haber preguntado algo semejante. Pero soy un tío y, claro, es oír la palabra follar y perder la capacidad de raciocinio.

—¿En tu casa o en la mía?

—En la tuya si no te importa. Con el lío de la mudanza no sé dónde tengo los condones —me suelta y yo no sé cómo va a resultar todo esto.

* * *

Todavía confuso, consigo abrir la puerta de casa. Enciendo las luces y le hago una señal para que me acompañe al dormitorio. Es, con mucho, la cita más extraña que he tenido en mi vida.

Fiorella niega con la cabeza.

—Ese sofá tiene muy buena pinta —dice, dejando su bolso sobre la tapicería y acariciándola con la mano.

Yo no soy muy partidario de echar un polvo en el sofá, me costó un ojo de la cara y la idea de ensuciarlo me aterroriza, y además prefiero la versatilidad que ofrece una cama.

Pero Fiorella, o mejor dicho su mano rozando la suave piel de la tapicería, me ponen como una moto y mando al cuerno cualquier reserva.

—Ahora vuelvo —acierto a decir, con una única cosa en mente: traer condones—. Sírvete una copa mientras.

Ella niega con la cabeza.

—No me apetece tomar nada, gracias —responde y... ¿soy yo que estoy suspicaz o su tono ha sonado más ronco?

Da igual. Condones. «No te lées», me digo, caminando hacia el dormitorio para ir a buscarlos. Una caja de seis, extrafinos, nada de preservativos corrientes.

Regreso al salón. Sigue allí, observando la decoración, supongo, porque solo se

ha quitado la chaqueta y la ha dejado colgada de una de las sillas.

Me acerco despacio, con la caja de condones en la mano, y los dejo de manera despreocupada sobre el sofá. Reconozco que me tiene un poco acojonado, a la par que ansioso por ver cómo se desmelenan, si es que lo hace.

—¿Puedo besarte? —le pregunto para ver su reacción, pues hay muchas mujeres que, llevadas por no sé qué gilipollez romántica, se acuestan con uno, incluso te la chupan, pero no te besan.

—Espero que hagas mucho más que eso —contesta, dando un paso adelante y quedándose frente a frente conmigo.

Joder, conozco muy bien la rutina de los encuentros de una noche sin complicaciones, no obstante, todo esto me resulta extraño.

¿Voy a por ella a lo bruto?

Vaya dilema... pero algo tengo que hacer o va a pensar que soy gilipollas.

Estiro el brazo y rozo con la yema del dedo justo el punto donde está el botón de la blusa que delimita su escote. Se lo desabrocho y queda a la vista un sujetador color crema liso bastante soso, formal, aunque para ser sincero tampoco esperaba lencería espectacular.

Cuando voy a desabrochar el siguiente botón, ella me agarra la mano y se la acerca a la boca para empezar a chuparme un dedo sin dejar de mirarme a los ojos. Y no se conforma con eso, sin soltarme el dedo, ella misma se acaba de desabrochar la blusa.

Vale, sin problemas, una mujer que sabe lo que quiere. Perfecto.

Puedo hacerlo.

Sé hacerlo.

Empiezo a quitarme ropa. Fuera americana. Ella sonrío. Recupero mi dedo y entonces Fiorella se humedece los labios. Una clara provocación.

No me lo pienso dos veces, la sujeto de la cintura y voy directo a su boca. Ella gime un tanto contenida, pero es un buen comienzo. Profundizo, no la suelto y noto sus manos sacándome la camisa de los pantalones.

—Impaciente... —susurró provocador.

—Mañana tengo que madrugar —replica en idéntico tono y me muerde el labio al tiempo que me empuja con intención de llegar al sofá.

—Y yo, pero hay cosas que llevan su tiempo.

—Como quieras.

No tengo intención de que esto sea algo más que un polvo exprés, pero al parecer ella tiene otra idea, pues ya se está ocupando de desabrocharme el cinturón.

Tampoco voy a ponerme tiquismiquis por ello. Acabo sentado en el sofá, con una buena erección, sintiéndome un poco fuera de onda ante su actitud tan expeditiva, pero me es imposible razonar estando empalmado, así que cuando ella, de pie ante mí, se quita los pantalones, me deja literalmente sin aliento. ¿Cómo pueden ponerme tan cachondo unas sencillas bragas color crema?

Pues funciona, o puede que sea la extraña situación que se desarrolla delante de mis narices. Fiorella arquea una ceja y sonrío. Qué hija de puta, sabe que me tiene en sus manos. Ni hablar, se acabó el tipo paciente.

Le quito la ropa interior sin contemplaciones y ella se agacha para dejarla a un lado. Me muerdo la lengua y no hago un solo comentario sobre su sexo rasurado.

Fiorella no se molesta en descalzarse. Estiro el brazo y saco un preservativo y ella aguarda sin decir una palabra a que me baje los pantalones y me lo coloque.

—¿Lista? —le pregunto una vez lo tengo puesto.

—Compruébalo por ti mismo —me reta, colocando una rodilla en el sofá a la par que coloca una mano sobre mi hombro.

—Por supuesto... —contesto y despacio, muy despacio, voy subiendo la mano por el interior de su muslo hasta llegar a su sexo.

Respira hondo. Yo también. Joder, qué raro es todo esto, pero cómo me pone.

Muevo la mano entre sus piernas y, sin dejar de mirarla compruebo que sí, en efecto, está húmeda y preparada. Ella vuelve a gemir de forma contenida y, la verdad, a mí me gusta que se desmadre un poco el asunto. Así que habrá que ponerle un poco de sal al tema para que no todo sea mecánico. Le meto un dedo. Sé que he sido brusco, pero me ha encantado cómo ha reaccionado. Acto seguido se lo muestro y murmuro:

—¿Ahora también lo quieres chupar?

—No, ahora quiero follar —me replica toda resuelta y se acomoda a horcajadas sobre mis piernas, tomando el control.

Se acerca y me besa. Más bien me devora la boca, y yo, encantado, le sigo el ritmo. Noto su mano agarrándome la polla y de repente, sin que me dé tiempo a resistirme, Fiorella se deja caer... Ya estoy dentro y jooooooooodeeeeeer.

—Sí... —ronronea, clavándome las uñas.

Mira que he estado con mujeres decididas, pero esta se lleva la palma. No ha hecho nada para seducirme, ni yo tampoco, y sin embargo aquí estoy, con mi vecina encima, moviéndose, y yo como un pasmarote.

Se acabaron las reflexiones, que ya llevo unas cuantas esta noche y estoy follando, no psicoanalizándome.

Pongo las manos en su culo y empiezo a embestir desde abajo. Noto la suavidad de la tapicería en el trasero, pero ni punto de comparación con la suavidad de su piel bajo mis manos. Vuelvo a besarla. Ahora es mi turno de gemir cuando ella tensa los músculos internos aprisionándome la polla.

La miro, Fiorella tiene los ojos entrecerrados. Respira, igual que yo, de forma agitada. No quiero correrme todavía, pero tal como se están desarrollando los acontecimientos noto que no voy a aguantar mucho más.

Subo una mano hasta alcanzar un pezón y comienzo a pellizcárselo. Su reacción no se hace esperar. Jadea más alto y sé que debo ser aún más expeditivo. Aprieto con más fuerza, la beso, embisto, jadeo... Ella me sigue el ritmo, nos estamos

descontrolando y me encanta. Hacía tiempo que no follaba así... ¡Y pensar que había descartado la idea de tirármela!

Entonces, cuando más tensión noto, ella me muerde el hombro, amortiguando así un gemido de satisfacción. No necesito más y me corro aunque yo no disimulo. Jadeo encantado y me dejo caer hacia atrás arrastrándola conmigo.

Fiorella se incorpora y me mira con una sonrisa que no me gusta mucho.

—Gracias, lo necesitaba —dice y para dejarme todavía más perplejo, me da un beso un tanto desapasionado y unas palmaditas en el hombro.

Y sin más se pone en pie y recoge su ropa para empezar a vestirse.

—¿Perdona? —me arriesgo a preguntar y ella me mira encogiéndose de hombros, lo que me sienta como una patada en los huevos.

—Los últimos seis meses han sido un horror y, la verdad, cuando te vi el otro día no pensé que pudieras servir, pero me has sorprendido. Hemos salido a cenar y apenas me has mirado las tetas, me has dado conversación y, bueno, no estás nada mal.

—¿Perdona? —repito como un loro.

—La señora Galiana me ha advertido de que eres un poco picaflor, lo que por supuesto me viene de perlas —añade, abotonándose la blusa como si nada.

—¿Me tomas el pelo?

Me quito el preservativo y me subo los pantalones sin salir de mi asombro.

—No tienes pinta de ser un tipo de esos que dan problemas ni que busca una relación. Todo son ventajas —prosigue tan pancha—. Además, vives al lado, ¿qué más puedo pedir?

Reorganizo mis pensamientos, porque esto no me puede estar pasando a mí.

—¿Te marchas? —pregunto como un gilipollas cuando recoge la chaqueta y el bolso.

—Sí —murmura indiferente al hecho de que yo esté frunciendo el cejo y acabemos de follar—. ¿Qué otra cosa quieres que haga?

—Joder...

—Oye, seamos sinceros. A mí me apetecía echar un polvo y tú estabas a mano. No veo el problema por ningún lado —asevera, sacando las llaves del bolso—. No creo que suponga un drama para ti, ¿verdad?

—No, guapa, tranquila.

Me encamino hacia la puerta y se la abro con una sonrisa falsa, invitándola a marcharse.

—Gracias por... todo —repite y me da dos besos a modo de despedida.

—De nada, para eso estamos. La próxima vez que quieras quitarte las telarañas, me avisas, que entre vecinos siempre hay que echarse una mano —digo y, antes de que pueda contestar, cierro la puerta y le doy con ella en las narices.

* * *

—Necesito un favor...

Tuerzo el gesto. Bea y su manía de pedirme favores.

—¿Y de qué se trata esta vez? ¿La mafia japonesa? ¿Una banda de falsificadores? ¿Contrabando de chuches? —replico, utilizando todo el sarcasmo del que soy capaz, pues estoy de mala hostia tras la experiencia «rompehielos» de hace un par de noches con mi vecina «la moderna».

Además, Bea es especialista en meterse en camisa de once varas o enfrentarse a gente que *a priori* tiene bastante más poder que ella.

—Uy, qué malas pulgas... —murmura, adoptando el tono de madre curtida en mil batallas de berrinches.

—No estoy de humor, Bea; así que por favor ve al grano —le advierto, antes de que empiece a cabrearme de verdad.

—Bueno... ya sé que hay que reservar con tiempo y eso, pero me gustaría...

Cruzo los brazos. Siempre hace lo mismo, sabe que su actitud modosita al final me convence. Yo sé que ella es así, que no finge, pero no tengo yo hoy muchas ganas de ser amable.

—¿Qué quieres? —le pregunto un tanto impertinente.

—Reservar el restaurante para una fiesta privada.

Arqueo una ceja.

—Una fiesta privada... —repito, tamborileando con los dedos sobre la mesa—. En el Cien Fuegos, como si fuera un McDonalds.

—Qué exagerado eres —me riñe riéndose.

—Sabes que no puedo hacer excepciones —le recuerdo.

—Sería un lunes, el día de descanso, para no molestar a los clientes —me aclara.

—Voy a hacer como que me has convencido... —Soy un poco cabrón, lo reconozco, pero quiero ver hasta dónde es capaz de llegar para conseguirlo—. ¿Qué clase de fiesta vas a organizar?

—Una decente, te lo aseguro —replica molesta, porque me la tiene jurada desde que la envié a servir el *catering* de una fiestecita privada.

Qué pena no haber podido asistir, solo por ver su cara hasta habría pagado.

—Le quitas toda la gracia al asunto, Bea —murmuro, mirándola fijamente para ponerla nerviosa. Y para que lo esté aún más, abandono mi sillón y me sitúo más cerca, en una esquina del escritorio. A ver cómo reacciona.

Inspira, se mueve un poco pero aguanta.

—Dentro de tres semanas es el cumpleaños de Max y quiero prepararle algo especial.

Max, su novio. Un tipo que *a priori* no pega nada con ella. Proviene de dos mundos muy distintos. Él con bastante experiencia (no solo en lo que a mujeres se refiere) y ella más limitada. Él de gustos exquisitos y Bea bastante más normalitos. Él seguro de sí mismo y ella indecisa hasta aburrir. No sé cómo se lo montan, debe de ser que ella tiene algún talento oculto; modosita de día, tigresa de noche.

—Pues llévatelo a un hotel de las afueras —sugiero medio en broma. Bea se sonroja y yo disimulo una sonrisa—. Entiendo...

Por lo visto ese plan ya lo ha llevado a cabo. Vaya con la mojigata...

—Xavi, por favor, es importante. Quiero hacer algo especial, entre amigos.

Ya he dicho que soy un poco cabrón, pero es que estoy resentido con el género femenino en general y ella va a empezar a pagar los platos rotos.

—Por supuesto, tú también estás invitado —añade para convencerme.

—Sabes muy bien que no soy muy amigo de ese tipo de reuniones —le digo, pues a veces tanto buen rollo me enerva y cuando se juntan Bea y su novio, empalagan de verdad.

—No seas tonto, es una cena de amigos —puntualiza y añade—: Y si quieres puedes venir acompañado.

Achico los ojos. ¿Lo último lo ha dicho con retintín?

—¿Acompañado, dices...?

—Xavi, no disimules. En tu agenda seguro que hay una chica mona encantada de salir contigo —me contesta.

—¿Te incluyo en mi agenda? —insisto en provocarla; no me canso de ello.

—Ya sabes que tengo novio y no vayas por ese camino —me advierte—. Te conozco, intentas desviar la conversación.

—De acuerdo, organiza lo que quieras, pero tendrás que ocuparte tú de todo.

—¡Genial! —exclama sonriendo de oreja a oreja—. Entonces, ¿te apunto en la lista de invitados?

—Bea...

—¿Solo o acompañado? —persiste en tocarme la moral.

—Lárgate antes de que me arrepienta —digo en tono de advertencia.

—En el fondo eres un buen tipo —añade riéndose y antes de marcharse me da un par de besos y una palmadita en plan maternal.

—No lo soy —refunfuño, pero Bea ya ha salido.

Cojonudo, ahora resulta que estoy invitado a una maldita cena en la que abundarán el buen rollito, el amor y demás chorradas (conozco a nuestra chef, se le ponen los ojos tiernos y la sonrisa bobalicona cuando está cerca de su novio) y me apetece bien poco asistir y menos aún acompañado. Si tiro de agenda, Bea me mirará con ese aire cercano a la censura por traerme a una chica mona sin muchas luces. Y, por si fuera poco, la chica a la que invite se quedará embobada con Max, el novio de la mojigata, y, joder, tampoco es plan llevar a una tía colgada del brazo y que se ponga a babear mirando a otro.

Dejo a un lado el tema, porque de no hacerlo acabaré cabreado, y me concentro en el trabajo, que para eso me pagan. Reviso unas cuantas facturas y compruebo que el margen de beneficio se está manteniendo. Cuando más concentrado estoy, suena el teléfono y miró de reojo la pantalla: mi padre. No me apetece hablar con él, entre otras cosas porque acabaremos discutiendo. Él no entiende que optara por no seguir

en el negocio familiar y yo no tengo ganas de explicárselo de nuevo. El apasionante mundo de los recambios agrícolas no es lo mío, por mucho dinero que uno pueda ganar; por eso aproveché mis estudios universitarios para salir de casa y no volver. Mis padres me enviaban con regularidad dinero suficiente para pagarlo todo y además pasármelo en grande, lo que desembocó en muchos suspensos y una vida para nada recomendable.

Cuando ellos se percataron, cortaron el grifo, pero a mí eso me trajo sin cuidado, porque tenía amistades y ganas de pasármelo bien y no me importó aceptar trabajos muy bien pagados y en los que se trabajaba más bien poco, es decir ilegales. Algo que prefiero no recordar en estos momentos para no amargarme más de la cuenta. Lo importante ahora es que dejé aquel infierno atrás y que no tengo ninguna intención de volver allí.

Termino mis obligaciones y me paso por la cocina para recoger mi surtido de *tuppers* con las delicias del día, algo que me vendrá estupendamente a la hora de la cena. Así que con mi comida *gourmet* en una elegante bolsa isotérmica, me marcho a casa.

Me sonrío la suerte y no hay ni rastro de propietarias inquisitoriales ni tampoco de vecinas recién llegadas que te tratan como un rompehielos. Así que, una vez en mi apartamento, me doy una de esas duchas rápidas que sientan de puta madre y con ropa cómoda me dispongo a dar buena cuenta de las exquisiteces de nuestra chef, que será un dolor de huevos y una cursi de cuidado, pero tiene una mano con la comida que ya quisieran muchos cocineros.

Enciendo el televisor de la cocina, saco los cubiertos y un salvamanteles, elijo un buen vino de mi colección personal y justo cuando me siento y destapo el primer envase, llaman a la puerta.

—Joder... —maldigo y me dirijo a abrir, dispuesto a mandar a paseo a quienquiera que sea, que no hay cosa que más me reviente que me interrumpan justo cuando estoy a punto de disfrutar de uno de los pocos placeres que conozco estando con la ropa puesta.

Ni me molesto en mirar por la mirilla. Abro la puerta y me quedo alucinado al verla.

* * *

Con una bolsa de palomitas para microondas, un DVD en la mano y una sonrisa que no sé cómo interpretar, Fiorella está ante mi puerta.

—¿Ocurre algo? —pregunto con aire indiferente.

—No sé cómo decir esto... —titubea.

No me gusta ni un pelo. No me fío. Me quedo callado, es lo mejor. Aprovecho para examinarla. Ha pasado antes por casa, salta a la vista, ni rastro de la mujer elegante del otro día. Lleva un chándal sencillo, aunque lo más relevante es la

ajustada camiseta blanca de corte masculino, y me atrevería a decir que no lleva sujetador debajo.

Otro motivo más para echarla sin contemplaciones.

—La otra noche...

—Da igual —la interrumpo antes de que me cabree de verdad—. ¿Algo más?

—Venía a pedirte disculpas, mi comportamiento fue grosero.

—¿En qué parte?

—Cuando te dejé tras echar el polvo sin darte una explicación.

—A ver, que yo me entere. ¿Me dices que quieres follar conmigo, lo hacemos y después pretendes explicármelo? —pregunto perplejo ante sus palabras, a las que, por cierto, no les encuentro ninguna lógica.

—Seguro que ya estás al tanto de mi estado civil. —Hago una mueca porque es cierto—. Y... —Hace una pausa y mira el descansillo—. ¿Podemos hablar de esto dentro? Lo digo porque no me apetece que toda la comunidad se entere de mi vida.

—Tranquila, ya lo saben —le digo, porque si no lo saben están a punto.

—Joder, vengo a pedirte perdón —masculla—. No fui sincera contigo y no quiero que te lleves una impresión equivocada.

Sigo sin dejarla pasar. Bastante escocido estoy ya con el numerito del otro día como para que me monte otro.

—¿Y? —replico con aire indolente.

—He pensado que una buena peli y unas palomitas podrían ayudar...

Pone cara de buena persona, aunque no le hace falta, pues con esa camiseta ya me tiene ganado. Así que le hago una señal para que pase. Ya veremos cómo acaba esto...

Me sigue hasta la cocina y, antes de que diga nada, saco otro plato y le sirvo también una copa de vino.

—Vaya... con esto no puedo competir... A ver si va a ser verdad que a un hombre se lo conquista por el estómago.

—Por eso has venido con unas palomitas, claro —murmuro sonriendo de medio lado y añado en tono irónico—: Porque pretendes conquistarme, ¿verdad?

—Esto está buenísimo —dice ella cambiando de tema para evitar responder.

Decido darle una tregua mientras cenamos en silencio. Ambos disfrutamos del buen vino y de una no menos excelente comida y yo aprovecho para confirmar que, en efecto, va sin sujetador.

De nuevo se establece entre nosotros ese clima relajado y amistoso que surgió la primera noche, lo que me lleva a pensar si no debería mantenerme todo el tiempo con la ropa puesta para evitar fastidiar la situación.

Terminamos de cenar y me ayuda a recoger las cosas. Una vez está todo en su sitio, me doy cuenta de que sobre la encimera sigue el estuche de DVD, así como la bolsa de palomitas para microondas. Fiorella se percata de ello y sonrío.

—La oferta de ver una peli sigue en pie —dice.

Cruzo los brazos y la miro. ¿Se está insinuando otra vez o yo estoy perdiendo facultades?

—Miedo me da preguntar el título —contesto y procuro sonar distendido.

—Es una porno, ¿qué importa el título?

Toso y me aclaro la garganta. Ella se queda quieta y termino echándome a reír.

—Hace años que no veo una porno —acierto a decir entre risas y Fiorella termina riéndose también.

—Yo también —añade y coge la bolsa de palomitas y la mete en el microondas.

—¿No pretenderás comer eso en mi sofá? —pregunto, perdiendo todo rastro de humor.

—Creo que tu sofá es muy versátil y con un poco de cuidado no dejaremos ni una miguita —replica.

Siento una especie de escalofrío al recordar lo que ocurrió en ese sofá.

«No pienses con la polla —me digo en silencio—, que luego se va todo al carajo».

Busco un bol en los armarios y, sin estar del todo convencido, vamos al salón. No sé si sentirme desilusionado cuando ella me aclara que no es una peli porno, sino una de superhéroes.

No sé qué es peor, la verdad.

—¿*Los Vengadores*? —pregunto incrédulo cuando comienzan a aparecer las imágenes.

Tuerzo el gesto y ella sonrío. Se ha sentado a mi lado, aunque entre ambos está el bol de palomitas.

—Come y calla, que contigo no hay manera de relajarse —replica, metiéndose un buen puñado de palomitas en la boca.

—Por tu bien, espero que no manches nada —le advierto y en respuesta me tira una a la cara.

Cruzo los brazos, dispuesto a no decir ni pío mientras sufro en silencio una película a todas luces mediocre y una compañera extraña con un más que cuestionable gusto gastronómico, pues después de cenar las exquisiteces que he traído del Cien Fuegos, lo de las palomitas me parece un sacrilegio. Ya solo me falta sacar un litro de cerveza, beber a morro y comer pipas. Qué planazo.

La película avanza y a mí sigue sin convencerme. Fiorella me mira de reajo medio sonriendo. Lo está disfrutando, no lo que ve en la pantalla, sino el hecho de hacerme sufrir.

—No se te ve muy animado... —comenta y yo tuerzo el gesto de nuevo.

—Los tíos con ropa ajustada y marcando paquete, como comprenderás, no me entusiasman —respondo, observándola de reajo. Todavía no ha manchado nada, pero no estaré tranquilo hasta que se acabe el jodido bol de palomitas y se lave las manos.

—Tenía que haber traído la porno... —murmura.

—Probablemente —añado.

Y así, a lo tonto, me la veo entera. Un horror, por supuesto, así que respiro aliviado cuando por fin aparecen los títulos de crédito.

—Bueno, pues el próximo día *Los Vengadores 2* —dice animada, dejando el bol vacío en la mesita de centro y poniéndose en pie.

—No habrá próxima vez —digo muy serio.

Ella se encoge de hombros y supongo que para no ganarse mi enemistad eterna se encarga de llevar el bol a la cocina y lavarlo. Yo me la quedo mirando desde la puerta. Podría lanzarme, pero, la verdad, no creo que sea buena idea tentar a la suerte.

—¿Amigos? —pregunta tendiéndome la mano.

—Amigos —le confirmo y, como buen caballero, la acompaño hasta la puerta. Pero en esta ocasión no me acerco más de lo prudente y antes de hacer una estupidez o de que ella me tiente con alguna proposición, me doy media vuelta y me meto en mi apartamento.

No vayamos a liarla.

* * *

A pesar de saber que he tomado la decisión correcta respecto a no volver a follarme a la vecina, no lo tengo muy claro. Por si acaso, he quedado para cenar con Sonia y así voy a lo seguro, un buen polvo y a casa relajado. Por delante solo me espera un día en teoría de rutina en el Cien Fuegos, y si consigo evitar a Bea y sus preparativos la cosa irá bien, porque está de un plasta con el rollo del cumpleaños de su novio que me tiene hasta los cojones.

—¡Señor Quijano! Qué caro se vende usted últimamente. —La señora Galiana me sorprende justo cuando salgo del ascensor.

—Buenos días. ¿Cómo le va? —pregunto solo por ser correcto, a pesar de que voy mal de tiempo.

—Ay, hijo, pues como siempre —responde con aire de pena y yo, que la conozco, sé que le gusta hacerse la víctima, pero hoy no tengo tiempo para escuchar su letanía—. Aunque no puedo quejarme.

—Pues nada, a cuidarse —contesto con una sonrisa a modo de despedida y miro el reloj con disimulo. Odio llegar tarde al trabajo.

—¿Qué tal van las cosas con la nueva vecina?

—Bien, bien —digo sin comprometerme.

—Me alegro mucho, porque esa chica necesita distraerse, olvidar... Lo ha pasado tan mal...

«Me importa un pimiento», pienso, manteniendo la sonrisa y sin hablar, porque si le doy carrete me tiene en el portal hasta las tantas.

—Bien sabe Dios que yo no soy muy partidaria del divorcio —prosigue como si nada—, pero claro, si hay maltrato de por medio...

—¿Qué? —exclamo, porque ese es un tema muy serio.

—Ya ve, una chica tan joven, tan lista y con tan buena colocación, ha tenido que sufrir lo que no está escrito. Su marido es muy importante, tiene muchos contactos, así que la pobrecita ha tenido que callar durante mucho tiempo hasta que no ha podido más. ¡Si al final va a ser cierto que en todas las casas cuecen habas!

No le pregunto cómo sabe todo eso, porque ya sé cuál ha sido su fuente de información.

—No tenía la menor idea... —murmuro por decir algo que no me comprometa.

—Por eso insistí tanto en que la acompañara. Es nueva en el barrio y necesita hacer amigos, sentirse querida —apostilla con su aire de anciana preocupada por el mundo en general y por sus vecinas en particular.

—No se preocupe, aquí podrá vivir tranquila —continúo con los tópicos para no meterme en líos.

—Los dos tienen una edad parecida, jóvenes... No se puede perder el tiempo, la vida son cuatro días...

Consigo librarme de la señora Galiana y, mientras conduzco hacia el restaurante, no dejo de darle vueltas a lo que acabo de escuchar. Por más que lo pienso, Fiorella no parece una mujer insegura ni de esas que dependen de los tíos, pero no puede ser una invención... Joder, vaya papeleta.

—Contigo quería yo hablar —me asalta Bea nada más verme.

—Buenos días a ti también —replico con ironía y me dirijo a la oficina, confiando en que me deje tranquilo, pero la suerte no está de mi lado y ella me persigue.

—Todavía no me has dicho si vas a venir acompañado a la cena.

—Aún no te he confirmado si voy a ir —le recuerdo, aunque ella no pierde la sonrisa y en vez de dejarme solo se queda ahí de pie, con cara de chica buena, esperando convencerme.

—Xavi... no te pongas imposible.

—Como se te ocurra decir que soy uno más de la «cuchipandi»... —le advierto, porque cuando se pone cursi no la soporto.

—Pues sí, lo eres, te considero un amigo y quiero que estés con nosotros. No eres tan solitario como nos quieres hacer creer.

—Vale, que sí, iré acompañado, pero déjame tranquilo de una puñetera vez. ¿No tienes nada que hacer? ¿Una receta que experimentar?

—Pues sí, tengo una cosa entre manos alucinante...

Se acerca, me da un beso en la mejilla y se marcha.

Por fin puedo quedarme a solas en el despacho. Intento concentrarme en los documentos que tengo delante, pero no dejo de pensar en lo que me ha contado la señora Galiana.

Y tras reflexionarlo durante demasiado tiempo, me doy cuenta de que en realidad me importa, o mejor dicho, me debería importar un pimiento. Es su vida, es mayorcita y como suele decirse: que cada palo aguante su vela.

Para no caer en la tentación de ponerme sensiblero, le mando un mensaje a Sonia. Nada mejor que un polvo rápido para volver a la normalidad y olvidarse de estupideces. Me responde en menos de diez minutos diciéndome que muy bien, que me espera en su casa a la hora de cenar. Mi intención no es quedarme más de lo necesario, solo pretendo desfogarme, para llenar el estómago solo tengo que pasarme por la cocina del Cien Fuegos.

El día se desarrolla sin mayores contratiempos. He evitado a Bea y su sonrisilla de enamorada bobalicona que me toca un poco los cojones. Su ayudante, Tito, no ha soltado ninguna burrada; los proveedores han entregado la mercancía a tiempo; Bea no me ha dado por el saco otra vez con la puñetera fiesta; las reservas están casi completas, y los camareros no han roto ni una pieza de nuestra exclusiva y cara vajilla, así que puede decirse que todo ha salido bien.

Con todo en orden salgo en busca del coche y tardo relativamente poco en llegar al apartamento de Sonia. Vive en un piso que comparte con otras dos aspirantes a modelo. A una de ellas ya me la he tirado y a la otra no la toco ni con un palo. Aparte de ser un saco de huesos, es repelente y peligrosa, pues no suelta más que veneno.

Supongo que Sonia habrá sido previsora y tendremos el apartamento para los dos solos al menos durante tres cuartos de hora.

—Pasa —ronronea al abrirme la puerta.

Se ha esmerado para la ocasión, eso salta a la vista. El modelito es desde luego toda una tentación, sin embargo creo que ha hecho el esfuerzo en vano, pues yo no estoy para seducciones elaboradas.

—¿Estás sola? —pregunto únicamente por asegurarme.

Sonia asiente y me encamino hacia su dormitorio. Paso por alto el detalle de que ella pretende entretenerme y que ha preparado la cena. Yo no me detengo ni tampoco miro para ver si me sigue. Me basta con oír el ruido de los tacones sobre la madera.

—Te veo un poco acelerado —comenta, adoptando una pose insinuante.

—No te lo voy a negar —le confirmo y me acerco con intenciones más que evidentes.

Ella se da cuenta de que no estoy para perder el tiempo y empieza a acariciarme por encima del pantalón. Tengo que concentrarme, porque me está costando más de lo que yo creía empalmarme, pero cierro los ojos y dejo que las manos de Sonia trabajen. Para ponerme en situación, empiezo a tocarla aquí y allá mientras voy desnudándola y en cinco minutos la tengo abierta de piernas en la cama y yo me estoy poniendo un condón, que ni loco me la follo a pelo, por mucho que la conozca desde hace tiempo.

Embisto sin miramientos, ella jadea y se mueve debajo de mí. Estoy siendo un cabrón y cambio un poco el ritmo para que no se quede a medias. Pero solo lo imprescindible, tampoco quiero que se venga arriba y piense lo que no es. Sonia jadea, yo también, estoy muy cerca de correrme, noto la tensión a pesar de ser muy consciente de que estoy follando como el que va a un restaurante de comida rápida.

—Xavi... —gime, clavándome las uñas al correrse, lo cual es buena señal, pues no tengo más tiempo para perderlo con ella.

Me ocupo de mí y nada más acabar me aparto.

Sonia intenta besarme en la boca, sin embargo, yo no estoy por la labor y acabo sintiendo sus labios en la espalda, igual que sus manos. Sé lo que intenta, ella tiende a creer que siendo sutil puede engatusarme, pero ni me molesto en explicárselo. Los hechos hablan por sí solos, pues ya me he puesto en pie para vestirme.

Me pone cara de disgusto, aunque sabe que no le va a servir de nada. Ella no es una excepción, por supuesto, y he sido claro desde el principio, aunque insiste en hacerme cambiar. Una total pérdida tiempo.

—La semana que viene me marcho de viaje —me dice desnuda en la cama, observándome.

—Ah, muy bien —murmuro indiferente, porque me trae sin cuidado.

—Estaré fuera quince días —añade y me encojo de hombros.

—Envíame un mensaje cuando regreses —le digo sin mucho énfasis y me acerco para despedirme con un beso rápido antes de marcharme. No hay por qué ser maleducado.

* * *

Se acerca la jodida fecha y yo no encuentro ninguna excusa lo bastante consistente como para escaquearme de la cena que Bea ha preparado para el cumpleaños de su novio. No he tratado mucho con él, pero no sé yo si a Max, paradigma de la discreción, le gustará mucho la idea de cenar rodeado de gente y en un ambiente cursi, porque a saber lo que ha preparado esa mujer. Cocinando no tiene rival, pero en lo demás sigue siendo un poco ingenua. O al menos se lo hace, no lo tengo claro.

Cuando llego a casa, al final de la tarde, la última persona con la que me apetece toparme es con mi vecina, a la que por cierto no he visto en días, pero por una de esas casualidades del destino, más bien putadas del destino, me la acabo encontrando. Igual que yo, se nota que viene del trabajo por su aspecto elegante.

—Toma, un ejemplar de la revista —me dice amable, entregándomela.

—Vaya... —murmuro cogiéndola—, esta noche me lo voy a pasar de rechupete leyendo los... —le echo un vistazo a la portada—... consejos para reciclar vaqueros y combinarlos.

Fiorella se echa a reír ante mi tono marcadamente sarcástico.

—También hay un reportaje especial sobre ropa *vintage*.

—¿No hay una sección de sexo? —pregunto para ver qué cara pone.

—Por supuesto —admite sin titubear—. En este número repasamos los diez ejercicios de pilates que refuerzan el suelo pélvico para unas relaciones sexuales más satisfactorias.

—¿En qué página?

Coge la revista y busca la página donde se habla de eso y me la muestra. Miro las fotos y tuerzo el gesto.

—Mi favorita es esta —señala una imagen muy explícita.

—¿Y funciona?

—A mí sí —responde y por su tono se nota que sabe de lo que habla.

—Lo probaré entonces. Gracias —comento, con la idea de dar por finalizada la charla de vecinos en el rellano—. Ah, y por supuesto me ocuparé de revisar mi armario.

Entonces me percató de un detalle, con la revista regalan un DVD y frunzo el cejo al leer el título. No me suena de nada. Ella se da cuenta y pregunta:

—¿No la has visto?

—¿*Cold Mountain*? —leo el título—. No, no la he visto. ¿De qué va? —pregunto, esperando que no sea de superhéroes.

—Está ambientada en la guerra civil norteamericana y combina el realismo del cine bélico con una historia de superación personal y, por supuesto, un romance casi imposible —me explica—. Lo que no entiendo es cómo no la has visto.

Entonces me viene a la cabeza una idea un tanto peligrosa, pero qué cojones, un poco de riesgo nunca viene mal, no todo va a ser comodidad.

—Te propongo un trato. —Ella arquea una ceja—. Una sesión de cine, sin palomitas, yo me encargo de las provisiones, a cambio de una cita.

—¿Perdón?

—Una cita especial... de compromiso —le aclaro con una sonrisa—. Tengo que asistir a una cena digamos... complicada, a la que no me apetece mucho ir, pero estoy obligado. Te garantizo buena comida y un ambiente amable.

—Si me lo pintas tan bien, ¿por qué no te muestras encantado por ir?

«Chica lista», pienso con una sonrisa.

—Te lo explico mientras cenamos, ¿de acuerdo?

—Hummm, bueno, pero si no hay palomitas no vengo.

—Joder, vale —acepto a regañadientes.

—Me cambio y paso en quince minutos.

Entro en casa con la revista y el DVD en la mano y lo dejo todo sobre la mesita del salón. Después me paso por el dormitorio con la idea de cambiarme, pero como un tonto miro en la mesilla de noche para comprobar que los condones estén ahí disponibles.

—Nada de follar, que ya has hecho bastante el gilipollas por hoy —me recuerdo y antes de cometer una estupidez, me pongo ropa cómoda y me voy a la cocina a preparar la cena.

¿Cómo he podido ser tan inconsciente y proponerle que me acompañe a la cena de «los osos amorosos»?

Diez minutos más tarde suena el timbre y allí está Fiorella, con un chándal negro un pelín ajustado y de nuevo la camiseta de tirantes blanca. Toda una tentación, joder.

—He sido buena y en vez de palomitas te he traído cerveza doble malta —dice, dejando un *pack* de seis sobre la encimera.

—Mejor, ni punto de comparación —murmuro aliviado, porque así no sufriré pensando en las posibles manchas del sofá, solo sufriré viendo la maldita película.

Nos acomodamos en el sofá, en esta ocasión no hay nada que nos separe, nada físico al menos, pero mantenemos una cierta distancia que me parece de lo más acertado. Empieza la peli, Fiorella bebe a morro lo cual, por ridículo que parezca, me excita y no es un buen comienzo.

Me concentro en la pantalla y disimulo un bostezo. Ya me ha colado otro gol por la escuadra. Una «pastelada» de manual. Aguanto como puedo, confiando en que se pase rápido. Como no ocurra algo interesante me va a dar algo con la típica historia de amor imposible entre la mojígata y el chico difícil.

Miro a Fiorella de reajo y me doy cuenta de que ella también me está mirando a mí igual, pero sin duda se lo está pasando en grande con mi sufrimiento.

—¿Cuánto dura esto? —pregunto, preparándome para lo peor.

—Tranquilo, no ha hecho más que empezar —me responde, encantada con mi malestar.

Para pasar el mal trago, le doy un buen sorbo a la cerveza. Menos mal que por lo menos se ha esmerado con la bebida, pues eligiendo películas es del todo incompatible conmigo. Cambio de postura en el sofá, una, dos veces... y sigo sin verle la gracia a *Cold Mountain*.

Sin embargo, cuando más desesperado estoy por escabullirme, por buscar un pretexto, por sacar el móvil y empezar a distraerme con él, la acción cambia y la cosa se pone interesante. Tanto que me olvido incluso de quién está a mi lado.

Agradezco, y mucho, que ella no haga comentarios ni avances sobre la trama, cosa que odio. Eso me permite concentrarme en cada secuencia y darme cuenta de que el comienzo, a pesar de ser flojo, tiene su explicación.

—Vaya, con lo bien que iba todo y ahora lo joden con el reencuentro melodramático y el final feliz —protesto.

—¿Te quieres callar? —me dice, molesta por la interrupción.

Se ve a la legua que voy a tener que soportar escenita cursi de reconciliación, amor infinito, final color de rosa y demás tópicos. Sin duda la mejor forma de estropear una película.

Doy un respingo. Joder, ¿estoy viendo lo que me parece que estoy viendo? Una escena de lo más explícita entre los protagonistas. No me atrevo a mirar a Fiorella, pero la curiosidad me puede y lo hago de refilón. Sonríe de medio lado con la vista fija en la pantalla. Ha cambiado de postura y se ha recostado en el sofá y subido las piernas. Hasta suspira ¿emocionada?

Cierro los ojos un segundo, y respiro, pues no me quiero poner en evidencia, pero maldita sea, con la tontería de la película me he puesto cachondo. Y lo peor no es eso, sino que a mi lado está la última mujer con la que me conviene echar un polvo.

Y para más inri, Sonia está de viaje.

Cojonudo.

Ha suspirado. No cabe duda, le afecta lo que ve y yo me pregunto qué estará pensando. Porque no tengo muy claro cómo reaccionar en caso de que me haga una propuesta de las suyas.

Mejor me centro en la pantalla, si no esto puede complicarse.

Cuando pensaba que todo estaba resuelto en la película, resulta que no, que muere el protagonista. ¿Qué mierda de final feliz es este?

A Fiorella se le escapa una lágrima. Joder, que se me da de puta pena consolar mujeres. Puede que alguna vez, para llevármelas a la cama, haya fingido ser un tipo sensible de esos emocionalmente maduros que comprenden las chorradas típicas femeninas, no obstante con Fiorella no me apetece jugar esa baza, pues por lo poco que la conozco, ella es más bien de ir directa al grano.

—Supongo que no te ha gustado —murmura cuando aparecen los títulos de crédito.

—Reconozco que ha sido interesante... —digo sin comprometerme.

Ella se ha vuelto hacia mí y, maldita sea mi suerte, se le marcan los pezones bajo esa camiseta tan ajustada.

—No disimules, has puesto caras raras —dice riéndose.

Eso significa que me ha estado observando. Bueno, no la culpo, yo he hecho lo mismo.

—La próxima vez elijo yo.

—De acuerdo —acepta y se pone en pie.

Recogemos los botellines vacíos y los dejamos en la cocina. Mañana Luisa se encargará de llevarlos a reciclar. Acompaño a Fiorella hasta la puerta con una mezcla curiosa de emociones: por un lado quiero que se largue y así evitar el peligro y por otra me gustaría aplastarla contra la pared y follármela sin contemplaciones.

—Hasta la próxima —dice sonriendo de medio lado.

Y yo, que no sé dónde tengo la puta cabeza, agarro el picaporte y, en vez de abrir, digo:

—Quédate.

Respiro mientras ella me mira, no sé si desconcertada, pero al menos un poco interesada. O eso espero, porque me repatea quedar como un gilipollas. Puede que sea la falta de costumbre, no lo sé, el caso es que me pone bastante nervioso que permanezca callada.

«Maldita sea. ¡Di algo!».

—¿Toda la noche? —pregunta tras el largo silencio. El cual sospecho que debe de ser una herramienta muy sutil para poner de los nervios al contrario, sin duda alguna.

—Preferiblemente sí —contesto en voz baja y me inclino un poco más hacia ella confiando en que la proximidad juegue a mi favor.

—Sé que estás en deuda conmigo, pero ¿vas a pagarme con favores sexuales?

—¿En deuda contigo? —repito y no pierdo el tiempo, le paso una mano alrededor de la cintura y me pego todo lo posible.

—Bueno, si me estás tirando los tejos es porque al final la película te ha gustado.

Tuerzo el gesto. Gustar lo que se dice gustar no, pero no me voy a poner quisquilloso.

—Y, claro —continúa—, ahora te das cuenta de que...

La beso, qué cojones, no tengo ganas de entrar en cuestiones absurdas. La beso apretándola contra la puerta, moviendo las manos por sus curvas hasta posarlas sobre su pecho. De momento me conformo con tocarla por encima de la tela, pero en breve voy a acariciarla a conciencia y a lamerla, no me voy a privar de ello.

Continúo bien pegado a ella y me doy cuenta de que cuanto antes vayamos al dormitorio, antes podré desnudarla. Así que me las apaño para ir maniobrando sin dejar de besarla, meterle mano y lo que haga falta para que no recobre la sensatez.

Y lo consigo. Enciendo la luz con el codo y no la suelto hasta que me topo con el borde del colchón. Ella sonrío de medio lado, lo que me acojona un poco, Fiorella no tiene pinta de ser una cabeza hueca impresionable.

—Antes de que se me olvide... —musito—, en caso de utilizar mis favores sexuales como arma de persuasión, no los desaprovecharía para algo tan nimio.

—¿Ah, sí? —inquire, metiendo una mano debajo de mi camiseta.

—Ajá —acierto a decir, pues las tiene heladas, lo que en contraste con mi calor corporal me excita mucho—. Por norma general, prefiero que el intercambio de favores sea equitativo.

—Lo pillo. Quid pro quo —dice y echo la cabeza hacia atrás cuando me muerde en el cuello y me clava las uñas en el pecho, antes de añadir con tono insinuante—: Ojo por ojo... Sexo por sexo.

—Jo... der...

Antes de que pueda reaccionar, me ha empujado hasta hacerme caer de espaldas sobre el colchón. ¿No se supone que yo soy la parte atacante? Debo recuperar mi posición dominante cuanto antes.

Pero claro, cuando Fiorella, calculando muy bien los tiempos, se saca la camiseta por la cabeza y me muestra un par de tetas con los pezones apuntándome, a ver quién es el valiente que le lleva la contraria.

—Entonces, según tu teoría... —ronronea, inclinándose hacia delante, aunque no lo suficiente como para que yo pueda atrapar uno de sus apetecibles pezones—, siempre pagas con la misma moneda.

—Lo intento, sí —confirmo con voz ronca, pues sus manos están jugando con el cordoncillo de mis pantalones de deporte y de paso rozando mi erección, que espera, ansiosa, a que de una jodida vez la liberen del confinamiento de la ropa.

—¿Solo lo intentas? —me provoca deliberadamente.

Esto se merece una respuesta contundente y se la voy a dar. En cuanto pueda, porque me tiene abducido.

—Acércate un poco más... —le pido y, para comprobar si obedece, yo mismo me encargo de bajarme un poco los pantalones, a ver si siendo directo ella deja de ponerme de los nervios y se descuida.

—¿Y qué me darás a cambio?

Inspiro, porque quizá es una experta calentabraguetas y me va a provocar hasta dejarme con un dolor de huevos insufrible. Da igual, en cualquier caso hace tiempo que no encuentro tan excitante esto de follar, así que correré el riesgo.

—No me apetece negociar... —Fiorella me pone morritos y se acerca a mi boca —. Bueno, sí, me apetece. Tus pantalones por los míos.

—Hummm, vale.

Ella cumple su parte del trato dejando a la vista sus piernas, que si bien distan de ser las de una modelo, tienen su atractivo, quizá porque estoy hasta el gorro de mujeres perfectas (en el físico). Sus bragas tampoco son lencería espectacular, son negras, sencillas, y ardo en deseos de rompérselas. Estoy hasta las narices de bragas caras con las que no se puede jugar a gusto. Claro que si alguna viene diciendo que quiere romper mis bóxers de seda, a lo mejor también se lleva un zas en todos los dientes.

—¿Y qué pasa con esto? —pregunto, metiendo un dedo y tirando del elástico.

Ella me señala, sonrío y cumplo mi parte. A la porra la negociación, me desnudo por completo y listo.

—Interesante —ronronea, humedeciéndose los labios, y empieza a bajarse despacio las sencillas bragas con una sensualidad increíble y, para rematar la jugada y ya tenerme a sus pies, me las arroja con cierta saña y caen sobre mi cara.

Las aparto de un manotazo y cuando vuelvo a mirarla, ella está a horcajadas sobre mí y se va inclinando de forma que poco a poco vamos entrando en contacto. Creo que es la única oportunidad disponible para darle la vuelta a la tortilla. Fiorella murmura algo antes de atrapar mi labio y tirar de él, acto seguido me besa. No, esto no es un beso, esto es un saqueo puro y duro y durante unos segundos pierdo la concentración y me dejo mangonear; me encanta dejarme mangonear. Ella se incorpora y fija sus ojos en los míos. Algo se propone, no puedo ceder ni un milímetro más.

Aprovecho y la agarro del culo. Me impulso hacia arriba y por fin logro someterla, al menos en parte, pues la condenada se resiste.

—Numeritos de dominación a mí no —dice seria y me acojono al recordar las palabras de la señora Galiana.

—No quiero dominarte.

—Pues lo parece.

—Ni se me ocurriría...

Ahora soy yo quien se inclina para besarla, pero nada de ser agresivo, intento ser cuidadoso e ir acomodándome entre sus piernas. La toco, sigo el mismo ritmo lento. Voy rozando con mis labios diferentes puntos, ya estoy cerca de su pecho, a pocos

centímetros de su pezón, que quiero chupar a conciencia.

Fiorella echa los brazos hacia atrás, aceptando que de momento yo tengo el control. Reconozco que me resulta extraño, pues por norma general yo solo pensaría en mí y en mi polla. A estas alturas ya habría empezado a empujar como un campeón para correrme y listo, así que en otro momento intentaré comprender por qué con esta me comporto de forma diferente.

Sigo descendiendo, ya tengo uno de sus pezones a tiro. Levanto un instante la vista. Fiorella se ha apoyado sobre los codos, supongo que para observar con detalle lo que estoy haciendo.

Perfecto, un incentivo extra para esforzarme...

—Más fuerte —exige cuando empiezo a succionar el pezón.

Obedezco, faltaría más, y al mismo tiempo voy deslizado una mano entre sus piernas. Aparte de la suavidad, noto la humedad. Ella jadea y escucharla me vuelve loco. Sigo jugando entre sus muslos y logro que el volumen de sus jadeos vaya en aumento. Intuyo que está cerca, pero no quiero limitarme a lo evidente.

—Hummm... Eres realmente bueno —ronronea—, me parece que voy a ser incapaz de saldar la deuda.

—De eso se trata —susurro, sin apenas apartar los labios de su piel.

Chupo con ahínco. La penetro con dos dedos y ella se retuerce. Eleva la pelvis, me desconcentra, sin embargo, me esfuerzo por controlarla un poquito. Ralentizo el ritmo y ella me tira del pelo.

—Deduzco que voy por buen camino —comento inspirando hondo, porque estoy tan cachondo que cada vez me está costando más contenerme.

Para aliviar un poco, apenas nada, la tensión, aprovecho el roce del cobertor; sin embargo, mi polla pide más, así que no me queda otra que ir al grano. Se acabó esto de la seducción lenta y tortuosa, porque creo que lo estoy pasando peor yo que ella.

Me incorporo hasta llegar a la mesita de noche y al hacerlo casi la aplasto y Fiorella aprovecha para hincarme las uñas en el culo y darme un buen azote de propina.

—No abuses —le digo, al tiempo que rompo el envase con los dientes.

—También me gustaría morderlo —dice y por su expresión deduzco que si me descuido lo hará.

—Otro día, ahora tocar follar —contesto, una vez tengo el preservativo puesto.

Fiorella apoya las manos en mis hombros para mantenerme tumbado y se sube a horcajadas sobre mí. Inspiro profundamente. Ella está impresionante, despeinada, sonrojada debido a la excitación y a punto de agarrarme la polla. Desliza una mano sobre mí desde mis hombros, clavándome ligeramente las uñas hasta la entrepierna.

—¿A qué esperas? —la provocho, arqueando las caderas.

Se muerde el labio. Sé que no es indecisión, sino pura maldad para tenerme más loco. Y lo agradezco, estoy hastiado de mujeres simplonas que creen que entre las piernas tienen poco menos que un tesoro y que yo tengo que pasar mil y una pruebas,

como en una yincana, para poder acercarme.

—Hummm...

Me agarra la polla y empieza a acariciarme. A pesar de llevar el condón puesto, siento sus manos frías como si no hubiera látex de por medio. Me encanta el contraste, pero ya no tengo el cuerpo para sutilezas, necesito acción y a ser posible a lo grande.

—Deja de jugar con eso —gruño, al tiempo que inspiro hondo.

—Me gusta jugar con esto —dice, metiendo una mano entre mis piernas para agarrarme las pelotas y darme un buen apretón.

—Me estás obligando a ser contundente —le advierto, a punto de perder la paciencia.

Para que vea lo en serio que voy, le doy un buen azote en el culo como aviso. A un hombre con una erección como la mía no se lo puede mantener tanto tiempo en posición de firmes y encima pretender burlarse.

—¿Cómo de contundente? —inquire. Joooo... deeer.

Me incorporo, la sujeto de la nuca al más puro estilo primitivo y la beso hasta que gime tan desesperada como yo. Consigo meter la mano entre nuestros cuerpos y me aguanto la polla de tal forma que ella solo tiene que dejarse caer. Le muerdo el labio y le clavo los dedos en el culo. Fiorella parece entender que se acabó tontear y, enredando las manos en mi pelo, jadea mientras se la voy metiendo.

—Ahora haz el favor de follarme —exijo mirándola fijamente a los ojos y añado en tono sarcástico—: Por favor.

Es mala, queda confirmado cuando empieza a balancearse despacio, tan despacio que aprieto los dientes. Quiero ir más rápido, quiero correrme, porque tanta tensión acumulada me está matando, no obstante, sigo someténdome a sus caprichos, lo que resulta toda una novedad.

—¿Así está bien? —me pregunta con recochineo, porque sabe que me tiene en sus manos.

Pero antes de que yo consiga articular una réplica acorde a su desafío, empieza a exprimirme, a atenazarme con las piernas, a subir y bajar sobre mi polla.

—Mucho mejor —acierto a decir entre gemidos—, mucho mejor...

No dejo de observarla. Me debería dar cierto temor que una mujer consiga tenerme tan cautivado. He follado cientos de veces en esta postura, ya nada debería sorprenderme, al menos no más allá del placer físico que se obtiene, sin embargo, con Fiorella es complicado de definir. Puede que sea una estupidez, que me haya pillado en un momento de bajón anímico. Me da igual, estoy disfrutando de lo lindo y eso es lo que importa.

Coloco las manos en sus costados, de esta forma la ayudo a moverse y a que sus vaivenes sean todavía más precisos. Inspiro en profundidad, quiero correrme, pero no antes que ella. Lo intento al menos, pero me va a resultar complicado, Fiorella sabe muy bien cómo desesperar a un tipo. Necesito encontrar algo para retrasar lo

inevitable y evitar quedar mal. Llevo la mano hacia atrás y la poso justo en la separación de sus nalgas. Es un poco arriesgado, pues todavía no tenemos suficiente confianza, pero qué cojones, con ella no quiero ser cauto.

—¿Puedo enredar aquí? —susurro, deslizando la punta del dedo arriba y abajo, presionando justo en su ano.

—¿Eso es lo que quieres? —inquieta con una voz tan erótica que casi me corro al oírlo.

Por de pronto no se ha negado. Es una buena señal. ¿O no?

No me voy a poner a analizar todos los posibles significados de sus palabras. Actúo y listo. Presiono, más, más, hasta que le meto un poco el dedo por detrás. Fiorella se tensa por completo. Y toda esa tensión se transmite de inmediato a mi polla. Respiro, ella jadea. Mantengo el dedo en su trasero. Se agita, grita y se corre mordéndome el hombro.

—Joder... —gruño al alcanzar el clímax.

La abrazo y entonces me doy cuenta de cuánto necesitaba liberar esta tensión.

* * *

Me gusta despertarme antes de que suene la alarma. Por lo general aprovecho para pensar, tumbado en la cama, en lo que tengo por delante o en cualquier otra cuestión. Ahora bien, cuando me he pasado media noche follando, no solo en cantidad sino también de forma creativa, no suelo despertarme temprano y menos aún ponerme a leer una revista femenina.

Miro de reojo a Fiorella, continúa dormida dándome la espalda. Es una pena que esté la sábana por medio, pero tampoco voy a destaparla como sería mi deseo.

Retomo la lectura. *Secrets* no es lo que se dice mi revista de cabecera, ni creo que lo sea nunca, pero el artículo sobre los diez consejos para la primera cita me ha llegado al alma. No porque sean ciertos, sino porque son una sarta de gilipolleces.

No doy crédito a lo que leo. Joder, cada consejo es peor que el anterior. No me extraña que algunas, por muy monas que se pongan, no pillen a un tipo ni estando él borracho, porque hasta el más desesperado prefiere hacerse una paja antes que aguantar a una mujer semejante.

—Creía que la sesión de sexo intervecinal incluía el desayuno —murmura Fiorella dándose la vuelta y bostezando.

—Estoy demasiado perplejo como para reaccionar —respondo, señalando mi lectura matutina.

—Ya veo, ya... Como estás tan entretenido, mejor me levanto y te dejo.

No quiero que se marche. Curioso, pero es así.

Una de mis normas es no traer mujeres a casa, para evitar pasar por el incómodo trance de echarlas sin que se note. Sin embargo, Fiorella me lo está poniendo fácil y yo, en vez de simplificar los trámites, escojo el camino complicado. Igual que

anoche.

—No, ni hablar, tienes que aclararme un par de asuntos.

Ella sonríe levemente y se tumba boca abajo, apoyándose en mi abdomen. Controlo la respiración (y otras cosas).

—Te escucho —dice.

—Bien. Por más que intento razonar, todos estos consejos son estúpidos a m s no poder. Por ejemplo: «Asegúrate de dejarle claro que no te vas a acostar con él tras la cena».

— Y?

— C mo que «y»? A ver, si yo quedo con una mujer para cenar, entiendo que no se puede ir con la negativa de antemano. Si al final de la velada no surge chispa o química o como cojones lo quieras llamar, perfecto; sin embargo, no voy a aguantar a una petarda que quiere una cena gratis, solo para que pueda hacerse la interesante. Además, lo más probable es que no vuelva a llamarla —asevero convencido y Fiorella me escucha atenta.

—Puede que tu teoría no sea del todo errónea, pero  cu l es la otra alternativa? —pregunta y, oye, lo que ha empezado como una conversación tonta, hasta puede que sea interesante.

—Según mi dilatada experiencia —no merece la pena ser discreto—, lo ideal es quitarse cuanto antes la tensión sexual. Yo apuesto por follar antes de la cena. Si la cosa va bien, disfrutaremos de una velada interesante y hasta puede que quiera repetir. Si por el contrario nos ha ido mal en la cama, no tiene por qué significar que la mujer en cuestión no sea interesante, pero como ya s  que somos incompatibles en el sexo, al menos me concentrar  en darle conversación en vez de pensar en cómo follármela.

— Tienes algo con lo que apuntar?

Busco en la mesilla de noche y le entrego un bloc de notas junto con un lápiz. Aprovecho y compruebo de reojo el número de condones disponibles. Bien, tres son suficientes.

—Estupendo, continúa.

—No s  yo si con este numerito de la periodista cachonda voy a poder concentrarme —comento divertido y ella escribe algo—. Siguiente punto: «Esm rate en tu apariencia, debes dejarle noqueado» —leo en voz alta con tono incrédulo—.  Qu  chorrada es esta? Vamos a ver, entiendo que no vas a presentarte en chándal, sudada y sin peinar, pero de ahí a venir como si fueras un desmontable...

— Un desmontable? —repite riéndose y escribiendo a la vez.

Me est  utilizando como escritorio, cosa que me encanta, aunque la única pega es que con el roce constante sobre mi entrepierna, la cosa se va animando.

—S , un desmontable. Algunas van tan emperifolladas que da grima tocarlas. Por ejemplo, el pelo, vas a acarici rselo y se te quedan los dedos pringosos. Y no digamos ya el asunto del maquillaje...

—Maquillaje —repite también sin mirarme.

—No las puedes ni besar sin riesgo de quedarte pegado —explico frunciendo el cejo—. Yo no digo que los cosméticos no puedan ayudar a disimular imperfecciones, pero hay cosas que no se pueden ocultar y, claro, a la mañana siguiente te llevas un susto cuando las ves con la cara recién lavada.

—Interesante.

—Y luego están los rellenos y otras argucias para engañar. ¿Para qué ponerse un sujetador con relleno si luego te voy a desnudar y voy a ver lo que realmente hay? —pregunto, a ver si Fiorella es capaz de sacarme de dudas.

—¿Sabes qué? —Me da con el bloc de notas en el pecho—. Escríbeme un artículo. Quiero publicar la visión masculina de todo esto. A las lectoras les parecerá muy interesante.

—Ni hablar.

—¿Por qué? —pregunta y mete la mano bajo la sábana con la intención clara de agarrar mi erección.

—No voy a darle munición al enemigo. Si una mujer es lista, se dará cuenta por sí misma de que muchas veces todas esas chorradas solo sirven para perder el tiempo. Si está segura de sí misma, no necesita más.

—Insisto, escribe un artículo. Para mí.

—Chúpamela —replico, lanzando un órdago.

Fiorella, en vez de obedecer, empieza a meneármela, a la par que se acerca para besarme, pero no lo hace, solo me provoca con sus labios. Me atrapa el lóbulo de la oreja y tira de él. Me hace daño y solo puedo desear que el dolor sea aún más fuerte.

Permanezco inmóvil, incapaz de reaccionar mientras ella hace conmigo lo que le viene en gana. Debo mover ficha, aunque solo sea por orgullo.

—¿Vas a escribir ese artículo para mí? —me vuelve a preguntar con su tono más insinuante.

—¿Solo vas a meneármela? —replico, intentando sonar indiferente—. Estás malgastando tus habilidades.

—¿Tú crees?

Sube y baja la mano por mi polla. Reconozco que es una tontería, pero no todas saben hacer algo en apariencia tan sencillo. Fiorella presiona lo justo cuando llega arriba, para después ir deslizándose hacia abajo y lograr que yo gima pidiendo más. Y cuando mejor lo está haciendo, me agarra las pelotas y aprieta con saña, haciéndome rechinar los dientes.

—Cuidado con eso —gruño, conteniendo la respiración.

Se pasa por el forro mi advertencia y presiona más. No solo eso, un dedo bastante traicionero se acerca a mi retaguardia. Eso sí que no.

—Dos mil palabras... Puedes usar pseudónimo —añade sin rendirse.

—Está bien —acepto, aunque ya veré luego cómo me escaqueo o le endilgo el artículo a alguien. Joder, o incluso termino por escribirlo yo.

Fiorella, satisfecha sin duda con su victoria, deja de poner en riesgo mis pelotas y afloja un poco, lo justo para que el contacto sea agradable, aunque no termino de sentirme cómodo con lo del dedo indiscreto.

Pero ella se las apaña para que ceda a sus pretensiones. Continúa moviendo la mano. Busca con los labios cada punto sensible en mi cuello y, para rematar, emite pequeños murmullos de lo más morbosos, que me aceleran sin remedio.

Comienza a ir en serio, ya no juega, ahora mueve la muñeca de una forma envidiable. Joder, solo me está haciendo una paja, pero como si fuera la primera vez, porque estoy tan excitado y respiro de forma tan errática que voy a correrme de un momento a otro.

Ella lo intuye de alguna manera. Sigue regalándome infinidad de mordiscos por todo el cuello, el hombro... Hasta me susurra alguna que otra ordinariez que no hace sino incrementar mi tensión hasta que no aguanto ni un segundo más... Me revuelvo, jadeo y me corro.

Fiorella me muerde el labio y, como si tal cosa, se limpia la mano en la sábana, me dedica media sonrisa y, cuando hace amago de abandonar la cama, reacciono agarrándola de la muñeca antes de que se me escape.

—¿Te vas? —pregunto, sintiéndome un gilipollas.

—Es tarde, tengo trabajo —responde sin darle importancia.

Achico los ojos, tanta seguridad en sí misma me puede empezar a tocar los cojones.

No la suelto por si acaso. Empiezo a sospechar que se esfuerza por mantener una distancia emocional, lo que no es muy habitual. Entonces recuerdo la conversación con la señora Galiana y encajo las piezas.

—¿Y te vas a ir así, por la buenas?

—Es lo que tiene un día laborable —dice como si tal cosa.

Antes de que la conversación se complique, me las apañó para meter una mano entre sus piernas y comprobar lo que intuyo, que está empapada. Fiorella intenta disimular y sonrío de medio lado.

—Es que aún me quedan un par de asuntos que comentarte sobre la revista...

* * *

Al final ha llegado el maldito día. Hasta he pensado en fingir un accidente en el gimnasio para evitar asistir a la cena que Bea ha organizado para su novio.

Fiorella va sentada a mi lado en silencio mientras conduzco. Me ha sorprendido una vez más, porque en vez de aparecer toda peripuesta, ha optado por un sencillo vestido color burdeos informal y zapato plano. Todavía me siento intranquilo y no solo por la noche a buen seguro edulcorada que me espera, sino porque sigo sin saber cómo tratar a mi acompañante.

Lo curioso del caso es que hemos pasado alguna noche más juntos, pero no

revueltos. Otra novedad en mi vida, pasar tanto tiempo con la misma mujer, deseársela, porque las ganas de follármela no se me pasan, pero ser capaz de estar sentado a su lado en el sofá, soportando lo de las palomitas y su cuestionable gusto cinematográfico. Eso me tiene confundido.

Fiorella no muestra ningún interés en seducirme y yo contengo a duras penas mis ganas de tirármela. Charlamos, ella me cuenta anécdotas de su trabajo en la revista y yo busco excusas por no haber escrito el artículo al que me comprometí bajo coacción.

—¿Algo que debería saber sobre tus amigos? —me pregunta cuando termino de aparcar.

—Bueno... Bea es nuestra chef. En la cocina no tiene rival, pero es un pelín ingenua, romántica perdida y cree en el amor para siempre, de ahí que haya hecho unas cuantas estupideces por su novio —le explico haciendo una mueca.

—¿Te parece mal?

—Pues sí. No merece la pena tanto esfuerzo por una relación, cuando son dos personas tan distintas. Tarde o temprano todo se irá al carajo y entonces vendrán los llantos.

—Qué cínico.

—Realista. Además, sé que eres divorciada, así que no te rasgues las vestiduras —replico, porque no tiene sentido fingir que no conozco su historia, aunque no haya salido el tema durante nuestras conversaciones.

—Háblame de él.

Su poco o nada sutil cambio de tema hace que sonrío con disimulo. Cierro el coche y me guardo las llaves en el bolsillo. Ella camina a mi lado hacia el ascensor para salir del *parking*.

—Max es un tipo introvertido, educado. *A priori* poco o nada parecido a ella. Y guapo. —Esto último lo digo en tono sarcástico.

—Hummm, interesante —dice, supongo que para pincharme—. ¿Y el resto?

—Beto, el amiguito gay de Bea. Peligroso. Entrometido. Intentará sonsacarte. María, la hermana, mucho más inquisitiva. Me tirará los tejos, pero en el fondo es buena persona...

Sonríe y camina a mi lado. No nos tocamos. Termina de hacerle un resumen cuando llegamos al Cien Fuegos. Entonces me detiene y me mira a los ojos.

—¿Cómo vas a presentarme? Lo pregunto para no meter la pata y, seamos sinceros, yo también me he informado y sé que por normal general vas acompañado de modelos.

Así, por las buenas, me ha devuelto la pelota. Por lo visto la señora Galiana no ha perdido el tiempo y la ha puesto al tanto.

—¿Te parece bien como una amiga?

Me pone morritos, se ríe y al final asiente.

—Vale —susurra, alisándome las solapas de la chaqueta.

Empujo la puerta y le cedo con galantería el paso.

—Ya era hora —me dice Bea, acercándose para darme dos besos.

Mira a Fiorella, intuyo qué está pensando y las presento.

Pasamos al comedor, donde todo está dispuesto de forma diferente a la habitual. No veo por ninguna parte al homenajeado, así que me acerco a Bea para informarme y ella me explica, toda resuelta, que se ha inventado un ardid para que Max aparezca sin sospechar nada. Por cierto, en su artimaña yo quedo como el malo de la película, ya que, como encargado, figura que la estoy obligando a trabajar en su día libre para atender a unos clientes ricos.

—Gracias —le suelto con sarcasmo.

—Vaya, por lo visto eres el jefe cabroncete —susurra Fiorella divertida a mi lado.

—Bah, no es tan fiero el león —interviene Bea.

—Hijo mío de mi vida, sigues estando tan bueno como siempre —comenta María mirándome el trasero. Como su marido está por ahí cerca se comporta medianamente bien. Se fija en mi acompañante y le suelta—: ¿Verdad que sí?

Fiorella, en vez de pararle los pies, se coloca a mi espalda y, tras evaluarme, dice:

—No está mal. Aunque los he visto mejores.

Y las tres estallan en risas.

—Y dime, Fiorella, ¿en qué trabajas? —pregunta María.

—En la revista *Secrets* —respondo yo por ella, lo cual no parece hacerle mucha gracia y me doy cuenta de que me he dejado llevar por la costumbre cuando voy acompañado de floreros.

—¿*Secrets*? ¡Me encanta esa revista! —dice Bea—. Llevo años leyéndola.

María entorna los ojos. Eso es mala señal. Mira fijamente a Fiorella. Pone cara de concentración y exclama:

—¡Tú eres Fiorella Vizcaíno! ¡La redactora jefa de *Secrets*!

—La misma —corroborra ella con una amable sonrisa.

—¿La redactora jefa? —repito como un tonto, pues yo la consideraba una periodista más.

«Qué gilipollas soy —pienso—, solo con haberme fijado en las firmas de la revista, habría sabido quién era».

—Xavi, qué ojo tienes —añade Bea.

—Este chico siempre apunta alto —dice María sonriéndome con malicia y yo le respondo de igual manera.

—Es mi vecina, no os hagáis pajas mentales —las informo, con una sonrisa bien falsa.

—Ya, tu vecina... —comenta la chef con aire burlón y le advierto con la mirada que no siga por ese camino.

—¿Y dónde está el gran hombre? —pregunto para cambiar de tema y que la conversación no se centre en Fiorella y en mí, aunque sé que esto va a ser solo un aplazamiento.

—Está a punto de llegar «a buscarme» —dice Bea nerviosa.

—Bueno, bueno, bueno —canturrea Beto y me preparo para lo peor—. Yo tengo que hablar con esta mujer.

Sin ningún tipo de pudor, agarra a mi acompañante de la mano, la besa a la antigua usanza y le sonrío. Si no supiera que le van los hombres, empezaría a ponerme celoso.

¿Celoso yo? Pero ¿qué clase de tonterías estoy pensando? Nunca he estado celoso y no quiero empezar ahora.

Por suerte, Beto no se pone en plan cotilla y se limita a charlar con Fiorella sobre su trabajo, lo que hace que me relaje. Bueno, no del todo, pues Bea y su hermana no dejan de cuchichear sin dejar de mirarme y eso no me gusta ni un pelo, pero si no quiero acabar la noche encabronado, mejor me sirvo una copa de vino y me relajo.

Bea nos avisa de que Max está a punto de llegar. Yo soy el malo «oficial» de la película, así que tengo que salir a «disculparme» por hacerla trabajar en su día libre y que no sospeche nada, aunque a mí me da que el tipo se hace un poco el tonto. Por las pocas palabras que he cruzado con él, deduzco que es muy observador y que con tal de no decepcionar a su chica finge lo que haga falta.

Todos ocupan sus sitios como si fueran unos comensales más. Desde fuera solo se distinguen las siluetas, nada sospechoso. Se abre la puerta y yo salgo a recibirlo.

—Buenas noches —lo saludo con amabilidad—. Vamos con un poco de retraso, si quieres ven a mi despacho y tómate una copa.

—No pasa nada —dice tranquilo—, aunque seamos sinceros, ¿no es mejor fingir que me sorprende en vez de perder el tiempo?

Sonrío y asiento. No tiene sentido disimular.

—Vale, pero esfuérate, que luego creerá que he sido yo quien te lo ha chivado.

—No te preocupes.

Yo sé que Max, fingiendo, no tiene rival, ha vivido durante mucho tiempo de fingir con las mujeres. No es un tema apropiado para mencionarlo en voz alta, pero ambos nos conocemos.

* * *

La cena está discurriendo con bastante normalidad. Pese a que el invitado de honor ha fingido sorpresa, saltaba a la vista que estaba al tanto de todo, pero no por ello la fiesta se ha estropeado, todo lo contrario. Una vez superada la tensión inicial, el ambiente se ha ido relajando. Por supuesto, la mano de Bea en la cocina ha tenido mucho que ver y nos ha sorprendido una vez más, en esta ocasión a base de platos fríos. Ahora nos está sirviendo el postre y estoy seguro de que nos dejará con la boca abierta.

Fiorella se ha sentado a mi lado, aunque no me está haciendo ni puñetero caso, como mucho algún comentario casual. Está más entregada a la conversación con el resto de los comensales. A su favor hay que decir que no se ha comido a Max con los ojos, como hacen todas cuando lo ven, pero aparte de eso, para ella yo he sido como un mueble.

Joder, no estoy acostumbrado a que me ignoren de forma tan descarada. Debería alegrarme, ya que parece haberse integrado sin problemas, pero lo cierto es que me gustaría un poquito más de atención.

—Venga, los regalos —canturrea Beto aplaudiendo y mira a Bea—. El tuyo primero, por supuesto.

Ella saca un pequeño paquete muy bien envuelto. Fiorella me dedica una sonrisa de soslayo. ¿Qué significa? ¿Quiere que me la lleve al despacho? ¿Por fin se ha acordado de que estoy aquí? ¿Después vamos a follar?

Max besa a Bea de forma afectuosa y ella pone cara tontorróna. Disimulo una mueca, porque no me apetece ver escenas empalagosas.

—Espero que no sea un test de embarazo —dice Beto con cara de asco.

Yo opino igual. He tenido que escuchar alguna que otra conversación sobre los problemas de Bea para quedarse embarazada, lo cual no me hace mucha gracia.

—No seas tonto —lo reprende ella sonrojándose y sin poder evitar sonreír.

—¡Ay, Dios! ¡Estás preñada! —exclama Beto exagerando.

—No hagas la mariquita mala —le advierte Bea.

—Ah, pero ¿eres marica? —pregunta Fiorella haciéndonos reír a todos.

—Qué disgusto tan grande —replica Beto al más puro estilo teatrero—. Cuatro cursillos de gay tirados a la basura... En fin, me esforzaré más la próxima vez. Vamos a lo importante... ¿Bea?

Max inspira hondo. Hasta a mí, que me importa más bien poco la noticia excepto por motivos laborales, estoy expectante. Pero ella no dice nada.

—¿Una llave? —pregunta María extrañada, como el resto de nosotros, cuando Max desenvuelve su regalo—. Hija, qué moderna eres —añade, burlándose de su hermana.

—Es la llave de nuestra nueva casa —explica Bea—. Una más grande...

Tuerzo el gesto, Bea se calla, no puede seguir hablando. El momento empalagoso que tanto me temía ha llegado. Los odio, los evito y ahora me encuentro en medio de un tsunami emocional. Miro de reojo a Fiorella, que sonrío amable. Vaya, por lo visto tiene un lado sensible, un lado que nunca me muestra.

Y se produce el beso peliculero. Todos aplauden, incluido yo, que lo hago a desgana por no llamar la atención.

—¡Por fin has dado en la diana, tío! —exclama Beto, palmeando al cumpleaños en la espalda y acercándose demasiado, pero Max le sonrío orgulloso.

—Finge al menos que te alegras —me susurra Fiorella.

—Vaya, por fin me prestas atención —replico y me doy cuenta de que lo he dicho picado y ella se ha percatado.

—Envidiosillo...

Pongo los ojos en blanco, lo que me faltaba por oír.

—¡Venga, a brindar! —grita Beto llenando las copas. Todas menos la de Bea. Como organizador no tiene precio, de eso no cabe duda. Después se acerca a mi acompañante y le dice mirándome a mí—: Todavía no me ha quedado claro si te lo estás tirando.

Fiorella se echa a reír a carcajadas.

—Podemos hacer una porra —contesta sin sentirse ofendida.

—Ya vale —intervengo, antes de que entremos en cuestiones personales a las que no me apetece responder.

Y es algo que me deja confuso, pues por norma general que den por sentado que me follo a la acompañante de turno hasta me gusta, eleva mi autoestima, para qué negarlo.

—Uy, uy, uy, que te estás poniendo posesivo.

—No seas malo, Beto —dice Bea acercándose.

—Gracias —digo, por echarme un cable, aunque la chef me dedica una mirada un tanto peligrosa. Solo puede significar que tarde o temprano querrá tener una de esas conversaciones que yo prefiero evitar.

Tras la cena, nos levantamos y eso nos permite charlar de manera más desenfadada. Yo sigo mosca porque Fiorella aún me ignora. Estoy empezando a pensar que se trata de un arma de seducción que hasta la fecha nunca había funcionado conmigo, pero que en este caso me tiene loco perdido por saber cómo acabará la noche.

Me acerco tranquilamente y me quedo a cuadros cuando oigo:

—De verdad, me gustaría entrevistarte. Sería un artículo estupendo —dice Fiorella, emocionada, a una Bea un tanto tímida.

Yo sé que nuestra chef es poco o nada amiga de colgarse medallas por su trabajo o de recibir halagos.

—No sé... no creo que sea de interés —se excusa.

—Tonterías. Estoy cansada de ver a chefs prepotentes que se creen Dios. Me parece una idea fabulosa que aparezcas tú, con tu sencillez. Nuestro público es mayoritariamente femenino y les gustarás, te lo garantizo.

—Tendré que pedirle permiso a Xavi, al fin y al cabo, él es quien manda aquí.

Fiorella me mira retándome a oponerme. Joder, si hasta voy a acabar poniéndome cachondo.

—No creo que necesites permiso... —comenta y yo me tenso.

—Bea, hazlo si quieres —intervengo, no porque mi acompañante me haya desafiado en silencio, sino porque desde un punto de vista empresarial una entrevista a Bea significaría publicidad para el negocio.

—Me lo pensaré. Pero muchas gracias, ha sido todo un detalle.

—Gracias a ti por la cena, ha sido espectacular —responde Fiorella y parece sincera.

Lo cierto es que me gustaría dar por concluida la velada, llevármela a casa y desnudarla. Me apetece y mucho pasar la noche con ella, comprobar cómo puede volver a sorprenderme, cómo intenta dominarme o lo que sea.

—Siempre tan modesta —comento, colocándome lo más cerca posible de Fiorella con la intención evidente de llevármela.

—De verdad, llámame, ¿de acuerdo? —insiste ella para convencer a Bea—. Aunque solo sea para que me des la receta del postre, por favor, estaba buenísimo.

Joder, si al final estas dos se van a hacer amigas del alma, lo cual no sé si es bueno para mí.

Fiorella se disculpa y se va al baño dejándome a solas con Bea y eso solo puede significar una cosa.

—Ya era hora —dice ella sonriendo.

—¿Perdón? —Finjo no saber por dónde va.

—Ya era hora de que te acompañase una mujer con dos dedos de frente. Reconozco que tenía un poco de miedo por si aparecías con una de esas cabezas huecas que tanto te gustan.

—Gracias —replico sarcástico.

—Ya hablaremos...

Con esa frase lapidaria, que conociéndola no me sorprende, me deja y se vuelve junto a Max. Este intenta esquivar a Beto y su manía de achuchar a todo el mundo, en especial a los novios de sus amigas. También lo intenta con los jefes, pero hace tiempo que yo le dejé muy claro que no se le ocurriera tocarme.

Veo salir a Fiorella de los servicios y, en vez de acercarse hasta donde estoy, se va

directa hacia la mariquita mala. Beto la recibe con los brazos abiertos, le susurra algo al oído y las carcajadas de ambos, que por desgracia tengo que escuchar, me sientan como una patada en los cojones.

Tengo que encontrar la manera de llevármela a mi despacho para un acercamiento rápido, a modo de incentivo, y después rematar en casa. He pasado por la farmacia y en la mesilla de noche hay una buena reserva de condones y esta noche me apetece usar unos cuantos.

Camino decidido hacia ella. Quizá me estoy comportando como un gilipollas posesivo, pero me la suda. Le rodeo la cintura con un brazo y la atraigo hacia mí. Como cabe esperar, ella me mira esperando una explicación de mi actitud.

—¿Nos vamos?

—Oye, no seas impaciente. ¿Cómo te la vas a llevar ahora, con lo bien que lo estamos pasando? —me suelta Beto—. Luego ya será toda tuya.

—Es tarde —interviene Fiorella sin apartarse, algo que no sé cómo interpretar.

¿En qué se transformará esta amabilidad más tarde?

Tanto desconcierto me está volviendo loco, pero lo reconozco, al mismo tiempo, me hace sentir vivo, pues me obliga a esforzarme.

* * *

—Al final no me has enseñado tu despacho —comenta Fiorella cuando llegamos a casa.

La prueba de fuego. En el descansillo, las dos puertas. Su casa. La mía.

—¿Querías verlo?

—Reconozco que tenía cierta curiosidad...

Esa voz ronca es una provocación en toda regla. No son imaginaciones mías. Joder.

Vale, tranquilidad, me digo.

¡Qué coño tranquilidad! ¡Al carajo con eso!

Antes de que las palabras estropeen lo que puede ser una prometedora noche, e importándome un comino que estemos en el rellano de la escalera, me acerco a ella y la acorralo contra la pared. La luz se apaga, cojonudo, y yo voy directo a su boca. La beso con fuerza, volcando todo el deseo y la tensión que he acumulado durante la velada.

Fiorella gime y hunde las manos en mi pelo, tira de él y eso hace que me vuelva aún más loco y muestre más desesperación por follármela.

Por culpa de los sensores de movimiento, la luz se enciende, deslumbrándonos y jorobando un poco el clima creado, no obstante, a mí esta noche nada me desanima.

Abandono sus labios y me dirijo al cuello, se lo mordisqueo y ella sisea excitada, después voy lamiendo la zona con suavidad. De momento mis manos solo la sujetan, aunque en breve pasarán a mayores.

Me he empalmado, claro, y eso significa que me gustaría deshacerme de los pantalones cuanto antes, pero para eso debemos entrar en casa. Sin embargo, me está resultando tan morboso esto de meterle mano en la escalera, a la antigua usanza, que me da pereza parar y buscar las llaves.

Un poco de riesgo no viene mal de vez en cuando, así que, tras darle un beso profundo, cargado de intenciones, y de gemir sin apenas despegar los labios, meto la mano por debajo de su vestido y la voy subiendo despacio hasta su trasero, ocupándome de sensibilizar la suave piel del interior de sus muslos. Cuando me acerco a su sexo, Fiorella gime, me tira otra vez del pelo y se arquea en busca de mayor contacto.

Es mi turno de gemir, bien alto. A estas horas no creo que a ningún vecino le dé por pasar por la escalera, y menos estando nosotros en el ático, aunque la idea de que nos pillen a punto de follar me pone todavía más cachondo, y por lo visto a ella también.

Recorro su sexo con un dedo, por encima de la ropa interior, y percibo lo húmeda que está. No puedo esperar... Me muevo un poco para acomodar mi erección, pero justo cuando voy a penetrarla con el dedo me doy cuenta de que me va a parecer poco, así que caigo de rodillas y, aprovechando la ley de la ventaja, le subo la falda a la cintura.

—¿Estás loco? —sisea, intentando apartarme.

—Estoy cachondo —la corrijo y me las apaño para bajarle el tanga y dejar a mi entera disposición su sexo—. Hummm...

—Aparta, maldita sea, que nos van a pillar.

—Hummm... —ronroneo de nuevo, pasando la lengua pero sin presionar demasiado. Quiero que se desespere, que se le doblen las rodillas, que ruegue, que me grite, lo que sea, y para eso nada mejor que mantenerla al límite.

Juego con la punta entre sus pliegues, tanteo, pero me las apaño para no profundizar. Fiorella gime cada vez más desesperada. Por suerte, mantiene las piernas abiertas y sus protestas se van acallando. No así sus jadeos, que intenta contener sin éxito, algo sin duda para sentirme orgulloso. Y más que me voy a sentir cuando consiga tenerla a mis pies, en el sentido literal y en el figurado, porque, joder, la sola idea de imaginar una situación a la inversa, en la que ella esté chupándomela de rodillas, casi consigue que me corra, y sin desabrocharme los pantalones.

—Tenemos que parar... —dice, intentando que suene como una protesta.

—Ni hablar. Te quiero excitada, desesperada y dispuesta a todo por correrte —musito, antes de dar una nueva pasada con la lengua—. Capaz de suplicarme. Y aguantar cuando yo quiera hacerte esperar, hasta que decida que ya puedes correrte.

Acerco de nuevo mis labios, pero de repente ella me empuja.

—Pero ¡¿quién te has creído que eres?! —grita, bajándose el vestido.

—¿Perdón? —digo perplejo ante el giro tan brusco de la situación.

—No voy a consentir que ni tú ni ningún otro me vengáis con numeritos de

machito controlador.

—¡Joder! —exclamo poniéndome en pie y estirando los pantalones. Solo falta que me hayan quedado marcas en el tejido, porque me costaron una pasta—. Eres una desagradecida. Que yo sepa, te estaba gustando.

—Esa no es la cuestión. Si quieres follar, por mí perfecto, pero no te atrevas a mangonearme con gilipolleces controladoras. Tú no controlas nada, ¿me oyes? ¡Nada!

—¿Qué carajo estás diciendo?

—Que no te necesito, que si quiero tener un orgasmo, venden unos excelentes, eficaces y realistas vibradores que solucionan el problema y, mira por dónde, esta noche creo que voy a usar uno.

Sin dar crédito a lo que estoy oyendo, veo que Fiorella saca las llaves y, mirándome como si yo fuera una lagartija, abre la puerta de su casa y me deja plantado con una erección monumental y, que yo recuerde, no tengo ningún cacharro a pilas en casa al que recurrir para aliviarme.

¿Cómo se ha podido torcer tanto la noche?

Ni yo mismo me lo explico, pero necesito desahogo, así que me encamino a grandes zancadas hacia el cuarto de baño de mi dormitorio al tiempo que me voy desnudando. Dejo el traje a mano para que mañana Luisa lo lleve a la tintorería y me meto bajo la ducha, dispuesto a remojarlo para ver si se me aclaran las ideas de una puta vez y de paso meneármela, porque entre lo excitado que estoy y la mala hostia que tengo, me va a ser imposible conciliar el sueño.

Lo más desesperante es que, mientras me masturbo, lo único que me viene a la cabeza, y mira que me esfuerzo por desterrarlas, son imágenes de Fiorella. Así que, frustrado por tener que ocuparme yo de algo para lo que siempre he tenido mujeres a mi disposición, acabo corriéndome en la ducha, aunque, la verdad, no resulta nada satisfactorio.

* * *

Creo haber aprendido la lección. Así que, tras el desesperante desencuentro con Fiorella, algo que no pienso volver a repetir, le he enviado un mensaje a Sonia. Es lo mejor, una sesión de sexo complaciente con una mujer que, si bien no dispone de una inteligencia sobresaliente, al menos no da por el saco con cuestiones ridículas.

De acuerdo, Fiorella por lo visto ha tenido un matrimonio complicado, pero maldita sea, eso no significa que todos los tíos seamos igual de gilipollas, y menos aún que se tome de manera literal unas palabras que solo se pronuncian en determinado contexto.

Sonia me responde con un mensaje cargado de emoticonos, diciéndome que el próximo fin de semana está disponible. Bien, eso son tres días de espera nada más. Perfecto, podré soportarlo.

Aun así, quiero saber más de Fiorella, quién es, detalles, y para ello nada mejor que recurrir a un viejo conocido, al que la verdad es que no me gusta pedirle favores, me recuerda tiempos en los que no tenía yo bien la cabeza, sin embargo, no me queda más remedio.

—Vaya, el hijo pródigo —me suelta, disimulando una sonrisa.

—Gabino, no me toques la moral —replico, acercándome al mueble bar para servirme una copa.

—Hacía tiempo que no te veía el pelo. Te esfuerzas demasiado en fingir que no me conoces, pero luego bien que hacemos negocios juntos. Por cierto, aún no te he agradecido lo suficiente que me enviaras a tu equipo del restaurante para servir en la fiesta.

—La gente venía a follar, no a probar *delicatessen* —replico, cogiendo una botella de *whisky* escocés para servirme un vaso.

—No te creas, muchos me han pedido que repita el mismo servicio de *catering*.

—Pues sintiéndolo mucho no va a poder ser. Si se me ocurre decirle a la chef que tiene que organizar la comida para otra fiestecita de las tuyas, se me despide, pero antes me corta los huevos.

Sonríó pensando en Bea, que aún me la tiene jurada por aquel encargo. Mejor no me arriesgo.

—He venido por otro asunto...

—Por el tono se diría que es algo ¿desagradable? ¿Quieres volver al negocio del entretenimiento?

Gabino es único tocándome la moral, recordándome que hubo un tiempo en el que solo pensaba en pasármelo bien, divertirme con las chicas del local y de paso colocarme hasta las cejas. Día tras día. Me costó Dios y ayuda abandonar aquella rutina destructiva.

Paso por alto su comentario, porque denominar «entretenimiento» a lo que yo hacía es ser cínico hasta decir basta.

—Conoces a todo el mundo, necesito información —digo sin ambages.

—Conozco a quien merece la pena conocer —replica indolente.

Sé que es bien cierto. En su mundo es fundamental codearse con gente que, llegado el momento, puedan echarme un cable, pero para ello tiene que prestar antes cuantos servicios se requieran, sin hacer preguntas.

—Fiorella Vizcaíno, redactora jefa de *Secrets*, una revista femenina.

—No tengo el placer de conocerla. —Gabino arquea una ceja—. Aunque por tu interés deduzco que es alguien importante... al menos para ti.

—Solo necesito saber quién coño es, nada más. No te hagas pajas mentales.

—Vale. Veré qué puedo averiguar.

—Gracias por la copa —digo a modo de despedida.

Lo mejor es permanecer allí el menor tiempo posible. El club que dirige Gabino fue en otro tiempo una especie de cárcel en la que yo mismo elegí encerrarme. Ahora

solo es un negocio, un fondo de inversión.

Regreso a la oficina. Tengo que dirigir un restaurante y, pese a que mis colaboradores saben realizar sus tareas con independencia de si estoy yo o no, prefiero supervisarlos todo.

Saludo a un par de camareros que están organizando las mesas para el servicio de cenas y me dirijo al despacho. Primer objetivo, no pararme a hablar con nadie, conseguido; sin embargo, no he terminado de acomodarme tras mi escritorio cuando llaman a la puerta.

—Adelante —digo de mala gana.

—¿Se puede? —pregunta Bea con una sonrisa que, conociéndola, significa que quiere pedirme algo que no me va a gustar.

—Si te digo que no, ¿me dejarás en paz?

—¡Cómo eres! —exclama, entrando con unos papeles en la mano que deja sobre la mesa para que yo los mire. Les echo un vistazo rápido; más tarde los revisaré con detenimiento.

—Por cierto, aún no te he felicitado —digo, señalando su vientre todavía plano.

Ella sonrío inocente, sin duda encantada con mi cumplido y por supuesto con su estado.

—Gracias.

—Por fin el gran hombre ha acertado... —dejo caer el comentario con retintín.

—No seas malo, en el fondo sé que te alegras.

—Muy en el fondo. En unos meses te cogerás la baja de maternidad y tendré que buscar un sustituto —alego—. Pero conociéndote, supongo que ya tienes a alguien en mente.

—Tranquilo, señor precavido, aunque no venía a hablarte de eso.

—¿Entonces? —Me reclino en el sillón y me preparo para aguantar las tonterías de Bea.

—Quería hablar sobre la entrevista que me propuso Fiorella.

Disimulo mi disgusto, no por el asunto de la entrevista, sino por oír su nombre.

—Ya te lo dije, haz lo que tú quieras —contesto en tono hastiado, con la idea de dar por zanjado el tema.

—Ya lo sé, pero... No sé, me dio la impresión de que esa mujer es importante para ti.

—Joder, ¿y por qué piensas eso? —inquiero mosca.

—Bueno... en otras ocasiones en las que te he visto acompañado, parece que llevas un llavero colgando, no les prestas mucha atención. Sin embargo, la otra noche estuviste pendiente de Fiorella durante toda la cena. No nos pasó desapercibido a nadie, la vigilabas.

«Lo que me faltaba por oír», pienso.

—Imaginaciones tuyas. Como vives en la calle de la piruleta, donde todo es amor y buen rollo, crees que los demás también alucinamos en una nube rosa de algodón

de azúcar —replico malhumorado.

—Ya... claro...

—Bea, ese tonito escéptico no te pega. ¿Algo más?

—Solo quería comentarlo contigo, por si te gusta saber que, por una vez, me cae bien una de tus acompañantes.

—Eso lo dices porque no se comió a Max con los ojos, que yo también me fijo.

Bea sonrío victoriosa y entonces me doy cuenta de que he metido la pata hasta el fondo. Con mis palabras he confirmado sus sospechas. Joder, pues claro que estuve pendiente de Fiorella toda la puta noche, en especial porque ella no me hizo caso.

—Entonces la llamaré antes de que me ponga gorda como un barril para hacer la entrevista.

—Asegúrate de nombrar el Cien Fuegos unas cuantas veces —le digo gruñón.

—De acuerdo.

Se acerca y, como siempre, se despide de mí con un beso maternal en la mejilla que a veces me sienta como un bofetón, porque me recuerda lo que podría considerarse un fracaso. No conseguí tirármela.

* * *

Justo cuando estoy a punto de marcharme, me suena el móvil. Miro extrañado la pantalla, porque Luisa, mi asistente, rara vez me llama. Ella dispone de bastante autonomía para hacer en casa lo que considere oportuno, así que algo grave ha debido de ocurrir.

—Dime, Luisa.

—Están gritando, Xavi, y llevan un buen rato.

—¿De qué narices me estás hablando?

—En el piso de al lado. He oído golpes, ruido como de cosas rompiéndose y gritos, muchos gritos.

—¡Joder!

—No es normal, Xavi —prosigue histérica—. Nunca se oye nada y no paran. No sé qué hacer...

—Nada, no hagas nada. Voy para allá.

Saco el coche del *parking* como si me persiguiera una banda mafiosa al completo y me presento en casa en menos de veinte minutos. Dejo el coche de cualquier manera en la plaza de aparcamiento y rezo para que el ascensor no esté ocupado. Por suerte, consigo llegar al ático enseguida, con un nudo en el estómago y muy tenso, pues no sé lo que me voy a encontrar.

Llamo al timbre de Fiorella, mejor dicho, casi lo reviento. No se oye nada y aporreo la puerta.

Me estoy comportando como un imbécil. Nunca antes he hecho algo tan estúpido como preocuparme por una mujer o, lo que es peor, meterme en medio de un asunto

que no me concierne.

La puerta no se abre, lo cual es mala señal... pero justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, oigo el chasquido de la cerradura.

Fiorella se asoma. No tiene buena cara y tuerce el gesto cuando me ve.

—¿Qué ha pasado? —pregunto acercándome, pero ella mantiene la puerta entornada, dando a entender que no quiere que entre.

—Nada —responde con sequedad—. ¿Algo más?

—A ver... —me paso la mano por el pelo, intentando ser un tipo comprensivo y no empezar a decir obscenidades, porque con el mal rato que he pasado...—, mi asistente me ha llamado preocupada, diciendo que por lo visto en tu casa se había armado la de Dios es Cristo.

—No es asunto tuyo —alega y da un paso atrás.

—Mira, no he venido hasta aquí preocupado, conduciendo como un loco, para que me digas que no ha pasado «nada».

Doy un paso al frente y, sin más preámbulos, empujo la puerta para entrar. Ella se aparta. Me doy cuenta de que es la primera vez que pongo un pie en su ático. No hace falta ser un as para darse cuenta de lo ocurrido. Ella estaba barriendo los restos de los objetos rotos durante la bronca.

—Quiero estar sola.

—Joder, Fiorella, ¿es que ni siquiera vas a mostrar un poco de agradecimiento?

—No te he pedido que te preocupes por mí. No quiero héroes a mi alrededor. Así que si eres tan amable... —Me señala la puerta.

—Eres de lo que no hay. Maldita sea. ¿Tanto te molesta que alguien se interese por ti? ¿Tan mal te parece que quiera saber qué cojones ha pasado?

—¡Te repito que no es asunto tuyo! —exclama cabreada—. Sé que a algunos os gusta el rollo ese de ir de salvadores, pero te puedes ir a la mierda con tu complejo de caballero.

Resoplo. Si ya sabía yo que meterme donde no me llaman solo podía traerme problemas, no obstante, me niego a largarme de su casa sin al menos saber por qué es tan hostil conmigo.

—Suponía que tú y yo éramos algo más que vecinos...

—No te confundas, un par de polvos no te dan derecho a nada. ¡A nada! Es mi vida, y no voy a darte explicaciones, ni a ti ni a nadie. Eso ya se acabó.

—Manda huevos... —mascullo, sin dar crédito a la conversación que estoy teniendo.

—¿Esperabas acaso que llorase sobre tu hombro? ¿Que te contase mi vida para darte lástima? Pues vas listo...

Nos miramos, no sé muy bien qué está ocurriendo, por qué se muestra tan arisca y desagradable. Salta a la vista que ha llorado y es evidente que quien le ha provocado todo esto es su ex. Fiorella se cruza de brazos en silencio, dando por concluida la conversación.

—Lo pillo, tranquila, solo sirvo para quitarte las telarañas —digo sarcástico—. Pues nada, la próxima vez que tengas movida en casa, procura ser silenciosa. Luisa, mi asistente, se preocupa, ya ves tú, y con ruidos de fondo no me plancha bien las camisas.

Sin esperar su réplica, doy media vuelta y me marchó a mi apartamento.

Se acabó, me digo. Se acabó hacer el gilipollas, preocuparme por una mujer y, por supuesto, pensar en ella. Pues anda que no hay peces en el mar.

Quitar telarañas... Y una mierda.

Que se las quite otro.

* * *

Cuando recibo una llamada de Gabino diciéndome que si quiero puedo pasarme un rato por el club para «charlar» un rato, tengo la tentación de mandarlo a paseo. He quedado con Sonia y es lo único que debería ocupar ahora mi cabeza. Sin embargo, soy masoquista y le envío un mensaje a mi cita avisando que llegaré un poco más tarde.

—¡Buenas tardes, señor Quijano! —La vecina con la que no quiero hablar en este preciso momento, me asalta, casi literalmente, al salir del ascensor.

—¿Cómo le va, señora Galiana? —Preguntarle algo así a una anciana viuda significa correr un riesgo muy alto, ya que te puede poner al día de todos sus achaques y, teniendo en cuenta su edad, serán unos cuantos.

—Conmocionada, hijo, conmocionada. Toda la comunidad habla de ello. Lo comenté con tu asistente y me lo confirmó. Por lo visto, Fiorella recibió la visita de su exmarido y este intentó convencerla para que volviera con él —me explica negando con la cabeza—. Tuvieron una pelea terrible...

—Lo lamento, de verdad, pero tengo un poco de prisa...

Lo que menos quiero es escuchar ahora los cotilleos de vecindario, por muy fidedignos que parezcan. Tengo una cita, bueno, en realidad dos.

—Usted siempre tan ocupado. No es bueno trabajar tanto, debe tomárselo con más calma.

—Sí, tiene toda la razón —convengo para que me deje tranquilo.

—Vaya, vaya; ya hablaremos otro día.

Sonríó a la señora Galiana a modo de despedida y me dirijo hacia mi coche, que hoy tengo aparcado en la calle.

Tardo menos de cuarenta minutos en llegar al club, y Gabino, como siempre, me recibe con una sonrisa irónica. He saludado a algunos clientes y me he dado cuenta de su cara de sorpresa al verme, sin embargo, no me he detenido a hablar con nadie.

—¿Qué has averiguado? —pregunto sin perder tiempo.

—Qué mal tratas a las viejas amistades...

—Tengo un compromiso y sabes que odio llegar tarde.

—¿Con Fiorella Vizcaíno? —inquire con retintín.

—No —murmuro.

—No te creo. Rara vez muestras interés por una mujer hasta este extremo, por lo general solo quieres averiguar su número de teléfono —dice burlón.

—Al grano.

—Muy bien. Tu amiguita se licenció en Ciencias de la Información, es de madre italiana y padre español. Empezó como becaria en un periódico hasta que se casó con Jaime de Almeida, consejero delegado de un importante grupo empresarial dedicado a la comunicación...

—Ahora es la redactora jefa, todo encaja...

—De hecho, se rumorea que él, como regalo de bodas, no solo la ascendió de becaria a periodista, sino que además le financió la creación de la revista que dirige. El tipo tiene fama de cabrón y sobre todo de ser controlador y extremadamente celoso. También se rumorea que le gusta sacar la mano a pasear... ya me entiendes.

—Un dechado de virtudes... —murmuro, intentando que toda esa información no me afecte.

—El ex pertenece a una familia adinerada, nunca ha tenido que esforzarse por nada y dudo que alguien sepa pararle los pies —añade Gabino, hablando con cierta indolencia. Supongo que está acostumbrado a ver a tipos similares en su local, por lo que ya poco o nada lo sorprende—. ¿Y ahora vas a decirme por qué te interesa tanto esta mujer?

—Quiere hacerle una entrevista a mi chef —respondo, recurriendo a la verdad para desviar la atención.

—¿Solo por eso? —inquire suspicaz.

—¿Qué otro motivo puede haber?

—Tarde o temprano lo averiguaré, aunque, apelando a nuestra amistad, espero que seas tú quien me ponga al corriente.

—Espera sentado —sentencio y como ya no tengo nada más que hacer allí, me despido con un gesto y me dirijo a casa de Sonia.

Mientras conduzco, pienso en la información que me ha dado Gabino. Me faltan pocas piezas para terminar el rompecabezas. Lo cierto es que desearía escuchar la versión de Fiorella, pero como el tabique que separa los áticos podría considerarse el muro de Berlín, no hay posibilidad de averiguar nada más. Y, sinceramente, es lo mejor.

Decir que Sonia me espera con los brazos abiertos no es exagerar, más bien son las piernas, pero no me importa tomarme antes una cerveza bien fría.

—¿Qué tal te ha ido? —le pregunto, no porque me interese, sino por charlar de algo; al fin y al cabo la chica se esfuerza por ser amable.

—Regular. El trabajo de azafata era una mierda, demasiadas horas de pie con unos tacones imposibles, aguantando la mirada de unos cuantos babosos.

—Deduzco que no han aparecido tipos elegantes y con dinero —comento,

mientras dejo mi americana colgada en la silla, pues no quiero que se arrugue.

—No, por desgracia no... —musita.

Sonia me conoce y sabe que no he venido a pasar una velada agradable charlando. Así que se acerca a mí y empieza a tocarme, a besuquearme y a, en una palabra, insinuarse. Le pongo una mano en el culo y la acerco más. Tendrá que esforzarse un poco si quiere que se me ponga dura, pero confío en las habilidades de esta mujer para ponerme a tono.

Me coge de la mano para llevarme al dormitorio y, una vez allí, comienza a desnudarme. No hago nada, dejo que ella se encargue de todo. Cuando me roza la entrepierna, todavía no está la cosa muy animada, así que voy a lo seguro, le pongo una mano sobre el hombro y la empujo hacia abajo.

No se hace la tonta y se deja caer de rodillas. Va directa a por el cinturón y enseguida noto sus manos sobre mi polla. Respiro, cierro los ojos, me concentro, pero no hay manera. Joder, ahora solo falta que no se me ponga dura, con las ganas que tengo de echar un polvo de esos sin complicaciones, como he hecho siempre.

—¿Xavi? —ronronea, deshaciéndose del resto de mi ropa—. ¿Ocurre algo?

—No —respondo con sequedad y luego me doy cuenta de que ella no tiene la culpa.

—Pues no lo parece...

Estoy a punto de mandarlo todo a paseo y largarme, sin embargo, la boca de Sonia empieza a animarme y poco a poco noto todos los síntomas de una prometedor erección. Enredo una mano en su pelo y embisto ligeramente.

No solo me la chupa, sino que además me acaricia las pelotas con delicadeza, aunque siendo sincero me gustaría un poco más de agresividad.

—Desnúdate —exijo, porque viendo un poco de piel seguro que la cosa se anima mucho más y el cuerpo de ella es espectacular.

Sonia es obediente y se pone un instante de pie para deshacerse de su vestido, que la tapa lo justo sin ser vulgar. Tararea algo para darle emoción, y se lo agradezco con una media sonrisa. Lleva un conjunto de lencería espectacular. Sé que se gasta medio sueldo en trapitos, pero ella lo llama inversión. Bueno, tampoco la criticaré por ello, mis trajes de Hugo Boss no son baratos.

—Ven... —me dice, moviendo las caderas y un dedo al ritmo de una música imaginaria.

—No, mejor no...

Me siento en la cama y me masturbo despacio, mientras ella continúa con su baile erótico. He de reconocerlo, tiene un cuerpo magnífico y sabe cómo utilizarlo. Espero que termine cazando a ese marido rico que tanto busca, se lo merece.

Cuando Sonia lo considera oportuno, se sitúa entre mis piernas y de nuevo se arrodilla, aparta mi mano y joder, qué pasada. Me dejo caer hacia atrás y disfruto de una buena mamada, que falta me hace.

Su boca podría definirse como sublime, presión justa, roce de los dientes

ocasional para hacerme contener el aliento y una mano juguetona tanteando mis pelotas. La ecuación perfecta.

Solo una cosa empaña el momento y es de lo más inoportuna, porque tiene bemoles que me surja ahora, precisamente ahora, la duda de cómo la chupará Fiorella. La sola idea de imaginármela así, de rodillas, metiéndose mi polla en la boca hace que me revolucione como un adolescente ante su primera vez.

* * *

Estoy acostado boca arriba en la cama, recuperándome tras haberme corrido. Debería haberme vestido ya y dejado a Sonia, pero la chica se lo ha currado, así que me siento generoso y me acerco a ella. Empiezo a acariciarle las piernas por la parte interior mientras Sonia permanece tumbada a mi lado, expectante. No voy a jugar con ella, así que me inclino y empiezo a besarla justo por encima de sus pechos de diseño (la conocí poco después de que se hiciera los implantes) para ir acomodándome sobre su cuerpo. Siento sus manos en mis hombros, sé que está excitada y que si quiero puedo penetrarla ya, sin embargo, se merece algo más que un polvo rápido. Le meto un par de dedos, percibo su tensión, gime y le muerdo con suavidad un pezón.

De reojo veo cómo estira el brazo para coger un condón (aunque podría follar a pelo con ella, no termino de fiarme) y me lo entrega.

—Fóllame ya —ronronea.

—Como quieras —convengo, ya que si no quiere que me esfuerce más allá de cuatro empujones, ¿para qué lo voy a hacer?

Me pongo el preservativo con rapidez y medio minuto más tarde se la estoy metiendo. Embisto con fuerza, esto va a ser un visto y no visto. Es lo que Sonia quiere. Perfecto, con un poco de suerte estoy de vuelta en casa antes de medianoche.

Sigo empujando, giro las caderas para cambiar el ángulo. Sonia jadea cada vez más alto. A veces tengo la sensación de que finge. Bueno, si lo hace peor para ella. A mí me falta poco.

—Xavi... —gimotea—. Estoy a punto...

—Me alegro —murmuro sin perder fuelle.

Cuatro arremetidas bruscas, profundas y me corro. Sonia se retuerce y me aprieta con las piernas, así que supongo que no he sudado en vano.

Me retiro con rapidez para quedarme tumbado boca arriba. Podría besarla, decirle alguna palabra cariñosa, pero no se me ocurre nada aceptable, así que me dedico a relajarme. Ella se mueve, supongo que querrá vestirse, me importa bien poco. Sin embargo, me toca, así que abro un ojo y observo qué se trae entre manos.

—¿Qué coño haces? —pregunto, sospechando lo peor.

—¿No lo adivinas? —replica, utilizando mi abdomen para prepararse una raya.

—Joder, creía que lo habías dejado —mascullo, con unas ganas tremendas de unirme a ella y mandar a la mierda tres años de esfuerzos para estar limpio.

—Y yo —responde riéndose—. Pero de vez en cuando lo necesito para seguir adelante. Llevo una semana de mierda...

Se mete la primera raya. Yo cierro los ojos e inspiro, porque para semana de mierda la mía.

—Joder, Sonia...

—No me mires así, tío, no es la primera vez que lo hacemos, antes te gustaba esnifar sobre mis tetas.

—No me lo recuerdes... —gruño y con la poca fuerza de voluntad que me queda, la aparto y me limpio el abdomen.

—Eh, tío, que no la regalan —protesta, pero no estoy para zarandajas y comienzo a vestirme.

Tendría que haberme dado una ducha; sin embargo, son tantas las ganas que tengo de salir de ahí para evitar cometer una estupidez, que me marcho como alma que lleva el diablo y pongo rumbo a mi apartamento.

Menos mal que el trayecto a casa ha sido rápido, porque no estoy para sutilezas. A pesar de haberme follado a Sonia, sigo tenso, con una especie de inquietud interior que me pone de muy mala hostia. Supongo que un rato bajo el chorro de agua me ayudará. Al menos eso espero.

No he terminado de vestirme tras la ducha, que suponía relajante, cuando alguien dispuesto a tocar los cojones llama al timbre. Es lo que se me pasa por la cabeza mientras camino malhumorado hacia la puerta.

—Una ofrenda de paz —murmura Fiorella mostrándome una carátula de DVD—. No he traído palomitas. Sé que no te hacen mucha gracia.

Mantengo la puerta entornada. No quiero, mejor dicho, no debo dejarla pasar. La miro en silencio. Como me descuide, se carga la endeble relajación que he logrado con la ducha, porque follar con Sonia ha sido incluso contraproducente.

—Vengo a disculparme.

—¿Por qué? —inquiero, cruzando los brazos en una actitud un tanto indolente.

—Por lo del otro día —aclara—. Lo que te dije estaba fuera de lugar. Pagué contigo mi enfado.

Inspiro hondo sin apartar la vista de su cara. Se ve a la legua que lo está pasando mal. Tiene ojeras, lleva el pelo recogido sin ningún glamur y viste un chándal color caqui y una camiseta de tirantes.

—¿Has cenado? —pregunto, sorprendiéndome hasta yo por haber dicho algo así.

Fiorella niega con la cabeza.

—Yo tampoco.

La dejo entrar y me sigue hasta la cocina. Una vez allí, saco diferentes envases del frigorífico. Cuando termino de servir una ensalada de pasta, me suelta:

—Me casé con Jaime por interés.

Arqueo una ceja; queda mucho más elegante que atragantarse con el vino.

—Ajá...

—Él es quince años mayor que yo —añade, aunque no sé muy bien de qué sirve ese dato.

—Si esta conversación es un patético intento de darme pena, te aseguro que vas mal encaminada —le advierto, levantándome un instante para buscar un aliño a la altura de la ensalada.

—Lo conocí en una fiesta del periódico en el que trabajaba como becaria. El gran jefe. Yo tenía veintidós años. Una oportunidad única.

—Sigues sin impresionarme —comento encogiéndome de hombros.

—Nunca me habrían dado un puesto como el que tengo de no haber estado casada con Jaime. Su familia controla varios medios de comunicación —prosigue a pesar de mi tono desapasionado.

He dejado muy claro que me importa una mierda.

Inspiro. Otra vez. Parezco un pez fuera del agua. Si pretende ablandarme, va por mal camino, se lo he advertido. Yo también sé jugar a este juego. No sabe con quién se enfrenta.

—Una vez iba tan pasado de coca que le di un puñetazo a una tía que sin querer me tiró al suelo la raya que me estaba preparando, le rompí el tabique nasal —digo como si tal cosa y continúo comiendo.

Ahora es su turno de sorprenderse. Abre los ojos como platos. Está procesando la información.

—Me he prostituido durante diez años por un trabajo —afirma, mirándome a los ojos.

Tiene agallas, me gusta. Yo también las tengo.

—Eso no es nada. Durante mucho tiempo yo me he ganado la vida buscando tías buenas, aspirantes en su mayoría a modelo o a actriz, para divertir a tipos ricos... —Fiorella da un respingo—. Ni que decir tiene que yo me encargaba antes de comprobar lo «divertidas» que podían ser.

—Prácticamente durante todo mi matrimonio fingía los orgasmos para no enfadar a Jaime y no herir su orgullo masculino.

—Eso es patético —le digo con una mueca.

Continuamos cenando en silencio. Parece que ha habido un empate. Disfrutamos de las exquisiteces que he traído del Cien Fuegos hasta que ella, tras probar la *mousse* de chocolate blanco semifrío, dice:

—Con algo así es difícil fingir...

Y no solo lo dice con un tono marcadamente erótico, sino que además lame la cuchara de una forma obscena y peligrosa.

Joder, si al final me va a poner cardíaco.

—¿No vas a hacer ninguna confesión más? —la provoco.

—Dame otra ración y te lo cuento todo —responde y yo se la sirvo.

Fiorella mete la cuchara, me mira y emite una especie de gemido que me hace resoplar.

—Desembucha —exijo, haciendo amago de retirarle el postre.

—Cuando me quedé embarazada, en vez de decírselo, aborté en secreto y fingí estar indispuesta. Aproveché uno de sus viajes de negocios para que no se percatara de nada —confiesa y, a pesar de su tono neutral, intuyo que es un tema peliagudo.

Achico los ojos. Juego duro.

—Puedo superarlo.

—Lo dudo. Jaime creó *Secrets* solo para mí. De cara a la galería le gusta presumir de tener una mujer trabajadora, de éxito; sin embargo, es controlador, manipulador, taimado y en privado odia que lo contradigan y mucho menos que le repliquen.

La señora Galiana y su red de información son fiables al cien por cien.

Si además Gabino lo ha corroborado, sé que no miente. Un punto a su favor por ser sincera.

—¿Te pegaba?

—Sí —afirma sin dramatismos—. Nunca he sabido callarme a tiempo o guardar mis opiniones.

Cómo me jode oír algo semejante. Típico de muchas mujeres que creen ser culpables.

—Sigues sin impresionarme —contesto fingiendo indiferencia.

—Nunca le fui infiel. Ganas y oportunidades no me faltaron.

—No me sirve.

—Dudo que puedas superarlo —me desafía.

—A cabrón despiadado te gano. Engañé a Bea para que se ocupara del *catering* de una fiesta privada... —Sonrío de medio lado. Doy un trago al vino. Creo expectación—. Muy privada. De hecho, era una orgía organizada por mi antiguo socio.

Da un respingo.

—Me rindo, tienes razón. Eres un cabrón con todas las letras.

Levanto mi copa en un brindis silencioso y sonrío.

—Te lo he advertido.

—Tienes que darme la receta de esta *mousse* —me pide cambiando de tema.

No sé a qué se debe, aunque la imagen de Fiorella chupando la cuchara se va a directa a mi imaginario erótico personal.

—Lo siento, soy un inepto para la cocina. Habla con Bea, ella es la artista.

—Aún no me ha respondido a mi propuesta de entrevista.

—Es cosa de ella —le digo sincero.

La conversación ha llegado a su fin, así como la cena. Ya no tiene sentido continuar alargando la velada. Ha estado bien, no la jodamos. Recojo los platos, pero al terminar no sé por qué cojones digo:

—¿Con qué esperpento cinematográfico pretendes torturarme hoy?

Señalo el estuche de DVD y no tengo que esforzarme mucho en fingir que no me va a gustar.

—*Jet Lag* —murmura—. Una comedia romántica francesa.

Pongo cara de fastidio y ella se ríe. No ando muy desencaminado al pensar que disfruta haciéndome sufrir con sus gustos cinéfilos.

—¿Es necesario?

—Está incluida en la colección de cine que regalamos cada mes con *Secrets*.

—Que sea lo que Dios quiera...

* * *

El problema ahora no es si me apetece o no ver una película romántica y encima francesa, la cuestión es que de nuevo me he dejado liar, Y de qué manera. Mi lado emocional tomando el control. Traducido: Fiorella está sentada a mi lado, no nos tocamos, pero soy tan consciente de su presencia que hasta la oigo respirar. Es imposible ignorarla. La observo de reojo y veo que me está mirando. Salta a la vista que la película es lo de menos.

—Seguro que te sientes como en casa, el protagonista es un cocinero de fama mundial.

—Que trabaje en un restaurante no significa que sepa cocinar y mucho menos que me interese aprender. Es un negocio más —contesto sin adornar la realidad.

—Vaya, eso es estar comprometido con la empresa —replica ella con sarcasmo.

—Ya que hemos decidido ser sinceros... no tiene sentido mentir. Ah, y por cierto, esta película tampoco me convence.

—Desde luego, contigo nunca acierto. Eres sibarita hasta para el cine.

—Me lo tomaré como un cumplido —murmuro.

Estoy cansado, pero no solo físicamente, es más bien un agotamiento mental de tanto soportar esta tensión con ella al lado, y sabiendo lo que sé es todavía más difícil.

Por fin la película acaba. Bostezo y Fiorella también.

Se pone en pie.

—Gracias por la cena, por escucharme y por no mandarme a paseo —dice.

—De nada.

Nos quedamos de pie, mirándonos como dos panolis. Un claro silencio incómodo. Yo debería acompañarla hasta la puerta, darle las buenas noches y listo.

Ella se acerca y me da un beso en la mejilla, un gesto fraternal. Me jode bastante esa actitud hacia mí. Sé que está pasando por un bache, se nota que está hecha polvo y no debería importarme lo más mínimo.

—Quédate esta noche a dormir —me oigo decir.

Todo sin tocarla. Nada de abrazos que pretenden ser amistosos y comprensivos. No vayamos a tentar a la suerte.

—Es una mala idea —musita.

—Tranquila, no te tocaré.

Fiorella arquea una ceja.

—Esta tarde he follado con una amiga, así que se podría decir que hoy soy «manso».

—¿Manso? —repite riéndose.

—Sí —le confirmo, aunque añado por si acaso—: Pero solo hoy.

—Sigue siendo muy mala idea.

—Pero tú hoy no quieres estar sola —alego, echándome un farol en toda regla.

—No, no quiero estar sola —admite inspirando hondo.

No hacen falta más palabras. Contra cualquier buen juicio, Fiorella me acompaña al dormitorio. Pese a que su apartamento está al lado, ejerzo de buen anfitrión y le presto un cepillo de dientes y le cedo el uso del cuarto de baño. Mientras, saco una camiseta limpia y se la dejo en el borde de la cama.

Nos estamos comportando con demasiada educación a la par que normalidad; no sé hasta qué punto es buena señal. Cuando ella sale del aseo, me mira y veo que aún no está convencida, sin embargo, no le digo nada, que haga lo que le venga en gana. Ahora es mi turno de cepillarme los dientes así que la dejo a solas para ocuparme de mis cosas. Eso sí, me quito la camiseta y la dejo caer en la butaca. Puede que no sea tan manso como le he dicho. Si después quedo en evidencia, pues... bueno, mejor pecar por exceso que por defecto.

Una vez acostados, yo con la ropa interior puesta y ella con mi camiseta y sus bragas, apago la luz. Debería darle la espalda, pero no, me acerco a ella y la abrazo, quedándonos pegados.

—Creía que mentías, sobre lo de ser manso, me refiero —musita, al sentir mi cuerpo junto a suyo.

—Si continúas moviéndote de esta manera, terminaré por empalmarme y quedaré en evidencia —replico sin soltarla.

—Xavi... —susurra al cabo de un rato.

—¿Sí?

—Gracias.

A pesar de toda la situación poco o nada propicia para conciliar el sueño, termino durmiéndome y supongo que ella también.

* * *

A primera hora de la mañana noto un movimiento en la cama. Fiorella intenta escapar a hurtadillas. Me jode, aunque tengo que aceptarlo, ella tiene sus prioridades.

—No tienes por qué salir a escondidas, soy mayorcito, no me voy a sentir mal por no despedirme de ti —murmuro impertinente.

Ella abandona la cama, me mira arqueando una ceja y dice:

—Solo pretendía prepararte el desayuno y traértelo a la cama, como detalle por la cena de anoche.

—Ah, joder... —mascullo sintiéndome idiota, aunque no tengo por qué admitirlo —. Espero que incluyas zumo natural y, por supuesto, que me lo sirvas sin camiseta.

—Desde luego... —Levanta los brazos y se quita la prenda para tirármela a la cara y mostrarme un buen par de tetas—. ¿Algo más?

—No, de momento no —respondo sonriendo, sosteniendo la camiseta como si fuera una preciada posesión.

Fiorella sale despacio del dormitorio y yo me quedo tumbado, pensativo, intentando interpretar este gesto. ¿Después del desayuno ocurrirá algo memorable?

Me quedo acostado y me llevo la camiseta a la nariz para olerla. Una estupidez como una catedral, pero que me hace sentir bien. Además, nadie me ve, por lo tanto puedo comportarme como me plazca.

Pienso en ella moviéndose por mi apartamento solo con unas bragas y tras dormir abrazados, porque no la he soltado en toda la noche, comportándome con envidiable contención. Es el momento de dejar que mis deseos salgan a la luz y el primero es ya más que evidente. Sonrío mientras levanto la sábana. No pierdo el tiempo y empiezo a tocarme despacio, no quiero precipitar nada. Cuando ella vuelva con la bandeja del desayuno, a ver qué opina de mi polla dándole los buenos días.

—¿¡Quién es usted?! —oigo que grita una voz familiar sacándome de mis fantasías.

—¿Y usted? —replica otra voz más calmada que también reconozco.

—¡Yo he preguntado primero! —exclama Luisa y suspiro resignado.

Joder, qué oportuna.

Me levanto de la cama antes de que en la cocina se produzca una pelea de gatas y alguna resulte herida. Cuando llego, las veo a las dos mirándose. Fiorella tranquila, con una taza de café en la mano, y mi asistenta con cara de horror y dos de mis trajes colgando de su mano con las fundas de la tintorería.

—Luisa, hoy no tenías que venir, ¿qué haces aquí? —pregunto con amabilidad.

Pero ella no puede apartar la vista de mi vecina. Supongo que se ha quedado en estado de *shock*, ya que rara vez, por no decir ninguna, ve mujeres en mi casa y ella, de alguna manera, se considera la dueña y señora.

—Yo... Bueno, ayer no me dio tiempo de traer los trajes... —titubea y miro de reojo a Fiorella, que sonrío.

Entonces me doy cuenta de que, con las prisas, he salido del dormitorio solo con los bóxers y una erección digna de estudio.

—No tenías por qué traerlos hoy —le digo a Luisa, agarrando las perchas y de paso cubriéndome un poco con los trajes para que la pobre no termine bizca.

—Creía que los necesitabas...

—Gracias, Luisa, de verdad —digo con media sonrisa para que no se sienta más violenta. Y también espero que se largue, que yo tengo planes que no incluyen a una asistenta mirona *voyeuse*.

—¿Un café? —propone Fiorella y yo la fulmino con la mirada—. Acabo de

prepararlo.

—No... No gracias —balbucea Luisa dando un paso atrás y otro y otro, hasta que se marcha dejándonos a solas.

—Vaya, otra mujer dispuesta a todo por ti —murmura Fiorella dándome la espalda para centrarse en el exprimidor—. No ha dejado de mirarte el paquete.

Dejo los trajes a buen recaudo, porque ya que Luisa se ha molestado, no voy a arrugarlos.

—¿Tú también me lo has mirado? —pregunto situándome tras ella, no para observar cómo exprime media naranja sin mucho arte, la verdad.

Se encoge de hombros. Intuyo que la promesa de un buen desayuno ha sido un farol, pues esto de la cocina se le da de pena, sin embargo, puede suplir sus deficiencias como cocinera con otras artes.

Acerco la pelvis a su culo. Presiono. A ella se le derrama el poco zumo que había conseguido exprimir. No me rechaza. Subo las manos por sus costados. Permanece quieta. Llego a sus pechos, se los elevo para después apretarlos hasta que ella emite el primer gemido, lo que me pone todavía más cachondo.

—Estás consiguiendo que se me caiga todo... —protesta.

—Luego lo limpias —respondo y sé que semejante comentario le ha escocado.

—¿Me pongo una bata y la cofia? —pregunta con sarcasmo.

—Como prefieras...

Empiezo a besarla en el cuello. Paso la lengua por la zona. Araño con los dientes. Todo sin dejar de amasar sus pechos de una forma un tanto grosera. Fiorella se deja hacer.

—¿Te follas a tu asistente?

La pregunta pretende descolocarme, y lo consigue durante un instante, lo que tardo en reaccionar.

—¿Quieres los detalles más morbosos? —replico sin responder a la cuestión, que piense lo que quiera.

—Por cómo te ha mirado, está claro que la tienes a tus pies —aduce echando la cabeza hacia atrás, mientras yo le aprieto los pezones con más fuerza de la recomendable, aunque por cómo inspira, está claro que no quiere delicadezas.

—Desde luego, tienes un harén envidiable —añade gimiendo.

—¿Te incluyo?

—Hummm...

—Buena respuesta —comento, aunque me hubiera gustado un poco más de precisión. Sin embargo, lo que ahora deseo es tirármela, así que deslizo una mano hacia abajo hasta posarla en su culo y comienzo a deshacerme de sus bragas.

Ella apoya las manos en el borde de la encimera. Se muestra demasiado sumisa y no me fío, pero de momento aprovecharé la ventaja... Y vaya si le saco partido, pues la desnudo por completo y yo me ocupo también de mis calzoncillos.

Ambas prendas quedan olvidadas en el suelo de la cocina.

Subo una mano por su columna hasta llegar a la nuca y, apretándosela ligeramente, la obligo a bajar la cabeza, de ese modo su trasero queda más expuesto. Mantengo la presión. Fiorella emite un pequeño murmullo, aunque no tengo muy claro si es de protesta. Me tiene sin cuidado, quiero follármela ya, ahora, en mi cocina. Se acabó la tontería del hombre comprensivo, llevo un buen rato empalmado y digo yo que me he ganado el derecho a disfrutar un poco.

—Xavi... —jadea mi nombre cuando me coloco tras ella.

—¿Hummm?

Empujo solo un poco, quiero tentarla, desesperarla. Mueve el culo, intenta liberarse. Siento su humedad en la punta de la polla. Siseo de gusto.

—Los condones —me recuerda, aguándome la fiesta.

—Tranquila —musito—, solo te la voy a meter un poco. Quiero sentirte...

—Joder... —protesta intentando apartarse, pero no se lo permito.

Adelanto las caderas al tiempo que con una mano froto su clítoris, un paso más y estoy dentro.

—¡Qué pasada! —exclamo cuando por fin la penetro hasta el fondo. Me quedo quieto sintiéndola. Cierro los ojos. Hacía siglos que no follaba a pelo.

—Maldita sea... ¡No puedes hacerme esto!

—Respira —exijo—. No me correré, solo vamos a disfrutar un ratito.

Empiezo a moverme despacio. Entrando y saliendo. El ritmo preciso para ver el cielo, pero no para descontrolarme. No voy a arriesgarme a tanto.

—¿No has oído nunca eso de que antes de llover chispea? —dice en tono quejica, aunque, si quisiera, me dejaba plantado ahora mismo con un calentón de mil demonios.

—Fiorella, no pienses... Déjate llevar.

—No me cuentes milongas —continúa quejándose.

Pero yo sé que el contacto le resulta tan placentero como a mí. Sigo penetrándola, gozando de la fricción, todo sin dejar de masturbarla. Cada vez jadeamos con más intensidad.

—Déjate llevar... —repito, gozando tanto como ella del roce de piel con piel, sin barreras.

Aprieto los dientes, continúo acariciándole el clítoris para que sienta al máximo.

—¡Xavi! —grita mi nombre sacándome de la ensoñación sexual que había creado—. Aparta, maldita sea.

—Joder, vale, vale...

Me retiro a duras penas y nada más abandonar su calor y su humedad, pienso que en cuanto sea posible tengo que tirármela sin látex de por medio, algo que por cierto hace siglos que no me atrevo a hacer.

No quiero que por un detalle tonto se enfade y se rompa el clima creado, así que tiro de ella para que se dé la vuelta y tenerla cara a cara.

Fiorella me mira con los ojos entornados. Puede darme un bofetón y yo no me

quejaría, sin embargo, reacciona como a mí me gusta, tomando las riendas. Alza el brazo y me agarra de la nuca para que me incline y la bese. Lo hago con ganas, con todo el deseo acumulado, succionándole la lengua, mordiéndole el labio y ella hace igual conmigo, lo que me excita sobremanera.

—Vamos al dormitorio —gruño, antes de que mande al cuerno los principios del sexo seguro (otra vez) y acabe lo que he empezado, sin sopesar las consecuencias.

—Llévame —me pide con un tono de falsa sumisión que me encanta.

No soy muy dado a estos esfuerzos cuando por lo general ellas solas se meten en la cama y se abren de piernas; lo de los gestos heroicos puede dejarte los riñones para el arrastre y no es lo mío, no obstante, con Fiorella me apetece tirarme el rollo.

La sujeto por el culo y ella se aferra a mis hombros. Camino así hasta el dormitorio, disimulando, ya que me ha costado más de lo que pensaba, pero nada más sentir sus manos arañándome el pecho se me olvida todo para centrarme solo en Fiorella.

Saco a toda prisa un condón y ella me lo arrebatada para encargarse de ponérmelo, entreteniéndose más de lo que yo desearía. Inspiro mientras sus manos juegan con mi polla. Nos miramos fijamente. Fiorella se tumba, arrastrándome con ella.

—Después del esfuerzo y de tenerme empalmado un buen rato, lo menos que podrías hacer es currártelo un poco —digo, chupándole un pezón, algo de lo que no me canso, incluso llego a mordérselo.

—Como quieras... —acepta y reajustamos posiciones.

* * *

—Llevas un buen rato mirándome el culo —murmura y es cierto.

Ella está tumbada boca abajo, desnuda, y yo me entretengo recorriendo con la yema del dedo su espalda, su trasero y en especial la separación de sus glúteos. Por la cabeza solo se me pasa una idea, pero sé que a muchas las espanta el sexo anal, así que de momento lo dejaremos pasar. Además, tras el polvazo que hemos echado hace un rato, digo yo que me puedo sentir satisfecho.

—¿Te molesta? —pregunto, sin dejar de tocarla.

—No, pero me pregunto cuál es el motivo. ¿Es obsesión? ¿Una especie de fetichismo? ¿O sencillamente quieres sexo anal y no te atreves a planteármelo?

Me río entre dientes.

—¿Tú qué crees?

—Sin duda la tercera —afirma y percibo cierto resentimiento.

Le doy un beso justo al final de la espalda antes de decir:

—¿Te obligaba a hacerlo?

Al oír la pregunta ya no se muestra relajada, yo la sigo acariciando, pero Fiorella quiere apartarse. No se lo permito, me inclino hacia ella y la obsequio con un buen puñado de besos cariñosos, relajantes, para recuperar el clima sereno que habíamos

creado sin buscarlo. Algo que, por cierto, nunca o casi nunca dejo que ocurra con otras mujeres.

—Sí —murmura finalmente en respuesta, tras una buena dosis de besos.

—Comprendo entonces que no te sientas muy cómoda —contesto.

—Ahórrate el discurso comprensivo. Jaime nunca admite un no por respuesta, así que...

Se encoge de hombros como quitándole importancia.

—Joder, yo soy un cabrón cuando me lo propongo, pero nunca he llegado a tanto.

—Tranquilo, por suerte, por norma general resuelve la corrida antes de entrar en la plaza —añade suspirando.

—Eso no debería ser un consuelo.

—Si te soy sincera, aprendí a soportarlo, y como viajaba a menudo, sé que se buscaba compañía por ahí y yo solo tenía que aguantarle de vez en cuando.

—¿Y lo dices así, tan pancha?

—Oye, todos tenemos un pasado. Tú acabas de decir que eres un cabrón, así que no te rasgues las vestiduras.

—Mira, una cosa es ser un cabrón como yo, que, de acuerdo, nunca me implico con las mujeres con las que follo, pero siempre es todo consentido. No hay engaños. Desde el principio saben que es temporal mientras me apetezca estar con ellas. —Y añadido muy serio, porque el tema no admite otro tono—: No confundas las cosas.

—¡Vaya, el señor indiferente en vivo y en directo! —se mofa y le doy un azote.

Como su ironía me ha tocado la moral, decido dejarle las cosas claras.

—Admito que no me implico emocionalmente, es lo mejor, porque evita un sinfín de complicaciones. Eso sí, desde el primer momento dejo clara mi forma de ser. Además, salgo con mujeres que van a lo mismo que yo. —Si se da por aludida no me importa, pues es verdad—. Y, por supuesto, elijo con cuidado con quién quiero relacionarme.

—¿Y qué pretendes contándome algo así?

—Que entiendas la diferencia. Tú aguantabas abusos, no entiendo por qué, eso es cosa tuya —digo muy serio, ya que este tema me pone de muy mala hostia.

—Muy bien, hablemos de ti. Ayer, por ejemplo, me dijiste que habías follado con una amiga...

—Pues sí —confirmo sin andarme con rodeos—. Sonia es una buena amiga. Nada más.

—¿Y ella lo acepta? —pregunta suspicaz.

—Sonia busca un marido digamos peculiar e invierte todo lo que gana en sí misma para lograrlo. Mientras lo consigue, pasamos buenos ratos. No tiene por qué implicar nada más.

—¿Como con tu asistenta?

—No metas a Luisa en el saco, que no me la he tirado —le aclaro sin enfadarme.

Fiorella se da la vuelta, privándome de su exquisito trasero. No me quejo, pues se

tumba boca arriba ofreciéndome un apetecible par de tetas; sin embargo, no me lanzo en picado. Me gusta este clima de confianzas que hemos creado, es novedoso para mí, ya que por norma general evito hablar de mis intimidades.

Me acerco y me limito a acariciarle el costado con delicadeza, un gesto que no es necesariamente sexual.

—Pues será porque no quieres —replica—. En la cocina te ha devorado con los ojos y a mí casi me arranca los pelos.

—No voy a perder a una buena asistenta por echar un polvo. Te aseguro que es más complicado encontrar una empleada del hogar competente que a una tía para follar —afirmo sin ambages y ella se echa a reír.

—En eso estoy de acuerdo. Así que te buscas mujeres poco o nada problemáticas...

—Lo intento, por eso me veo con Sonia. Ella no busca una relación estable, no al menos conmigo. Tiene un solo objetivo y se esfuerza por lograrlo: cazar a ese marido rico que le dé una vida de lujo.

—Pues que tenga cuidado, hay mucho hijo de puta ricachón suelto —espeta con una mueca.

—Tú tienes más experiencia que yo en ese aspecto —replico sin ser sarcástico en exceso.

—Pues sí... —suspira con pesar—. Y dime, ¿nunca se te ha resistido ninguna?

—Eso pertenece al secreto de sumario... —respondo con una sonrisa, mientras recorro con la yema de los dedos la suave piel de su estómago—, pero sí, alguna se me ha resistido.

—¿Sabes que son las cuatro de la tarde y aún estamos en la cama?

—Y lo que es peor, sin probar bocado, porque tu intento de prepararme el desayuno ha resultado nefasto —contesto y miro de reojo para tener controlado un condón por si termino animándome.

—Pues entonces tendremos que asaltar tu frigorífico... —propone mimosa.

—¿Estás intentando que te invite a comer? —pregunto, situándome encima de ella con intenciones poco o nada gastronómicas.

—No me extraña que te las lleves de calle, con esas *delicatessen* que escondes...

—De acuerdo, comeremos algo...

Así que terminamos abandonando la cama con intención de vestirnos; sin embargo, primero pasamos por el cuarto de baño y lo que empieza siendo un asunto higiénico necesario, acaba convirtiéndose en un polvo pasado por agua, bastante complicado desde el punto de vista de la postura, pero nos terminamos apañando.

Fiorella me ha dejado sin aliento empujándome contra la pared de azulejos para después agarrarme la polla y comenzar a sacudírmela. No ha sido amable ni mucho menos considerada, más bien todo lo contrario. Ha sido brusca, tanto que he temido por mi integridad física, pero no he podido detenerla y menos aún cuando ha caído de rodillas para acabar de torturarme con la boca. Me ha llevado al límite. Me he sentido

como si estuviera agarrando un cable eléctrico de alta tensión.

Y mira que me han hecho mamadas, mejores y peores, divertidas, con caramelos mentolados, con cubitos de hielos, dos bocas al mismo tiempo... ya ni me acuerdo, pero Fiorella no sé cómo se las ha apañado que me ha dejado seco. Qué boca, qué lengua, qué manos enredando entre mis piernas. Me ha chupado de arriba abajo. Por supuesto, sé cómo compensarla, y muy bien además... En mi frigorífico seguro que encuentra algo que la hace suspirar.

Le presto ropa limpia, pese a que ella puede ir a su apartamento a por la suya, pero prefiero no arriesgarme a que me deje solo, pues puede cambiar de idea y no volver.

No soy muy proclive a comer en el salón, porque por mucho cuidado que se ponga siempre se mancha algo, pero Fiorella lo ha sugerido y no me ha quedado otra que aceptar.

Tras una comida rápida, hemos vuelto a la cama; no para follar, aunque me cueste creerlo, sino para echarnos una siesta. ¡Una siesta! Joder, hacía años que no lo hacía.

Era eso u otra película y, sinceramente, debo admitir que somos incompatibles cuando se trata de cine. Ni loco voy a pasar de nuevo por una sesión de las suyas.

Anoche tuve suficiente.

Así que nos hemos desnudado, metido en la cama y, para mi sorpresa y supongo que para la de ella también, la he abrazado. Un gesto cariñoso que en principio no tiene por qué significar nada.

Pero no soy tan obtuso, algo está pasando, pues yo rara vez, por no decir ninguna, me comporto de este modo y más sabiendo que lo más probable es que Fiorella termine marchándose y esto se quede en nada. Bueno, es lo que yo siempre busco, así que mejor no darle más vueltas.

El caso es que al final nos hemos dormido.

* * *

—Cuéntame cómo era tu trabajo...

—¿Hummm? —murmuro, pues aún no me he despertado del todo.

Abro los ojos y bostezo. La siesta me ha sentado de puta madre. Fiorella esta tumbada a mi lado, mirándome de una forma un tanto rara.

—Tu trabajo engatusando mujeres —apostilla con un deje de burla.

La miro arqueando una ceja.

—Yo no engatusaba a nadie —le digo.

—Llámalo como quieras, pero cuéntamelo —me pide amable, demasiado amable me parece a mí, mientras su palma se mueve sobre mi abdomen.

Me paso una mano por la cara, necesito despejarme y de paso organizar un poco las ideas, porque no me parece muy acertado contarle esa parte de mi vida. Pocos la conocen, solo quienes en aquel momento estaban cerca de mí y ni siquiera saben

todos los detalles. Me he esforzado en dejarlos atrás y ahora Fiorella me pregunta por ellos.

Claro que el culpable soy yo, por haberlo mencionado en un alarde de gilipollas bocazas, por jugar al chico malo. Bueno, para ser sincero, no era un juego, era la pura realidad.

—Estoy esperando... —canturrea.

—No utilices tus artimañas sexuales para sonsacarme —bromeo, deseando por supuesto que lo haga, pero solo lo digo para ver cómo reacciona—. Después de lo de la ducha, me has dejado satisfecho, así que o te esfuerzas mucho o no surtirá efecto.

—Estás intentando desviar la conversación —me acusa riéndose.

Inspiro. Me cubro los ojos con el brazo. De acuerdo, allá vamos...

—Cuando acabé la universidad, decidí no seguir en el negocio familiar. Los recambios agrícolas, por mucho mercado que tengan, no son lo mío, así que conseguí trabajo en una discoteca. Lo ideal para mí: un buen sueldo, diversión... Allí conocí a Gabino, un tipo curioso y no me lo pensé dos veces, me asocié con él. Mis conocimientos empresariales y su dinero... —Hago una pausa para ordenar los recuerdos—. Y nos hicimos cargo de un club venido a menos.

—Vaya, el típico caso de gente emprendedora —comenta irónica, haciéndome sonreír.

—Sí, así fue, pero no solo se trataba de que fuera un club rentable, queríamos que fuera exclusivo y así surgió el Exit. Como todo local que se precie, se preservaba la identidad de los clientes, me refiero a los clientes VIP, por supuesto. Por eso decidimos crear dos zonas, una abierta al público en general y otra restringida, a la que solo accedían los que, además de pagar una cuota, podían ofrecernos algo, como por ejemplo atraer a más clientes exclusivos.

—¿Y cuándo decidiste no ocuparte únicamente de la parte empresarial? —pregunta en tono un tanto serio, muy alejado del sarcasmo que ha venido utilizando hasta ahora.

—La gente con dinero no solo quiere lujo, lo quiere todo. Se puede encaprichar de cualquier estupidez y, si no lo tienen, se enfadan y eso crea mal ambiente. Y una de las cosas que más buscan es sexo.

Fiorella arquea una ceja.

—¿Sexo?

—Pues sí. Pueden pagarse las putas más caras; sin embargo, son tan caprichosos que prefieren tontear con mujeres que son capaces de todo por estar con un tipo rico y famoso. Te sorprenderías de la cantidad de chicas que cada noche pagaban su entrada y se pasaban todo el tiempo exhibiéndose para ver si por casualidad alguien se fijaba en ellas.

—Y tú te fijabas en ellas...

—Lo primero, me aseguraba de que fueran mayores de edad. Yo no las juzgo, si quieren abrirse de piernas con un famoso que solo quiere follar un rato, por mí

perfecto, pero no debíamos correr riesgos. Ya tuvimos un par de problemas por confiados —le explico y abandono mi postura distante para ponerme de lado. Ella escucha y no parece cuestionarme—. Así que nos volvimos más cuidadosos en todos los aspectos; por ejemplo, algunas pretendían hacer fotos con el móvil para después publicarlas. ¡Imagínate!

—Algo habitual por desgracia.

—Así empezamos a controlar más cosas. No podíamos arriesgarnos a que una niña, por muy buena que estuviera, se acercara a la zona VIP. Teníamos que ser exclusivos en todo. Buscamos que no solo tuvieran un buen cuerpo, sino también un poco de cabeza.

—¿Funcionó?

—A la perfección. Puede que los tíos pensemos con la polla, no te lo discuto —admito con una sonrisa y ella imita el gesto—, pero nos gusta encontrar algo más. No solo se trata de meterla en caliente.

—Para eso están las prostitutas —me recuerda.

—Exactamente. Hacen lo que haga falta por gustarle al cliente y muchos hombres no quieren eso. Así que para mí era un «trabajo» sencillo.

—¿Y cómo lo hacías? ¿Te acercabas a una chica interesante y...?

Niego con la cabeza.

—No hacía falta —digo suspirando—. Ellas saben muy bien a quién buscar.

—Según lo cuentas, parece un quid pro quo. Esas mujeres saben a lo que van, buscan un tipo que pueda resolverles la vida y ellos pasar un buen rato.

—Visto así... —murmuro observándola.

Seguimos desnudos en mi cama, hemos dormido la siesta y ahora le estoy contando detalles que no me hacen sentir muy orgulloso.

Fiorella extiende la mano y me acaricia el pecho. No sé si tomármelo como un gesto insinuante o comprensivo, en ambos casos me desconcierta, no soy aficionado a las conversaciones que impliquen emotividad y esta se acerca bastante.

—Así que tenías dónde elegir y además aprovechabas para hacer contactos —dice sin dejar de acariciarme.

Miro hacia abajo, controlo su mano, si desciende por debajo de mi ombligo, me lo tomaré como una clara invitación sexual.

—Sí —suspiro en respuesta—. Sin embargo, todo empezó a descontrolarse. Podía follarme una tía cada noche, incluso dos o más. Juntas o por separado. No tenía ni que esforzarme para llevármelas al huerto. Asistía a fiestas exclusivas donde no había límites. Ganaba mucho dinero y no me importaba nada más.

—No me das pena —me advierte cuando adopto una actitud seria.

—Y empecé a disfrutar de la barra libre —apostillo y Fiorella arquea una ceja.

—Doy por sentado que la barra libre no era tan solo de bebida —dice, sabiendo muy bien de lo que habla.

Asiento.

—Y me eché a perder —finalizo.

—¿Qué te hizo reaccionar?

Inspiro hondo. Pocas personas conocen la historia.

—Mi madre. Vino a verme sin avisar. Tenía llaves y entró en casa un sábado por la mañana. Me pilló en la cama con dos amigas. Pero eso no fue lo peor.

—Hombre, para una madre ver a su hijo enredado con dos mujeres sí debe de ser un *shock* —me dice riéndose.

Niego con la cabeza.

—Mi madre es aún joven y entiende que tenga mis rollos, el problema es que por toda la casa quedaban «restos» de la fiesta de la noche anterior, por no mencionar que justo al abrir la puerta, una de las mujeres se estaba metiendo una raya y yo esperaba mi turno.

—Joder...

—Ella venía con la intención de arreglar las cosas con mi padre, no me llevo bien con él y luego se acercó a verme. Tomó el mando, echó a las dos chicas sin contemplaciones y me pegó dos bofetadas, luego tiró por el retrete toda la coca que me quedaba. Imagínate cómo me sentí...

—Como un niño pequeño al que agarran de la oreja —apunta ella.

—Ni cuando me pilló en mi cuarto a punto de mojar con una compañera del instituto se enfadó tanto. Así que no me quedó más remedio que cambiar de hábitos.

—Nadie deja los vicios así por las buenas. ¿Cómo consiguió enderezarte?

—Amenazó con venirse a vivir conmigo —respondo con una mueca y ella se ríe—. Adoro a mi madre, pero en casa todo el día...

—Lo entiendo. Así que el tipo follador y vicioso se reforma... ¡Qué interesante!

—No te burles, me costó un triunfo —contesto, sosteniéndole la mirada e intentando que mi tono no suene demasiado trascendental, quiero seguir manteniendo un aire despreocupado.

—¿Te desvinculaste del todo?

—¡Joder, no! —exclamo—. Sigo manteniendo mi participación. Que haya decidido abandonar los vicios no significa que no pueda lucrarme con las perversiones de los demás —asevero haciéndola reír.

—Me parece justo —murmura—, pero no has abandonado todos los vicios...

—Follar no es un vicio —la corrijo.

—No, no lo es... —corroboro acercándose de manera que podría considerarse peligrosa, porque puedo besarla sin esforzarme.

Lo que no tengo tan claro es si debo hacerlo, pues si empiezo no sabré detenerme. Como si no hubiera tenido sexo en unos cuantos días.

Además, ya he hablado más de la cuenta...

Fiorella me sonrío y deja la mano posada sobre mi pecho. Mantiene el contacto, pero nada más. No es un rechazo, aunque me conviene interpretarlo así. Debo procurar que mi polla no tome el control.

—Y ahora tienes un restaurante... —comenta, reconduciendo la conversación.

—Yo solo lo dirijo. Pertenece a una sociedad de inversión —le aclaro—. Supongo que mi currículum era el adecuado para el puesto y me va bien.

Ella deja de tocarme y se tumba boca arriba, rompiendo también el contacto visual. Suspira, se estira, me muestra su cuerpo desnudo sin ningún pudor. Yo me sorprendo de mí mismo, de mi reacción: pienso en sexo, por supuesto, pero no me lanzo a por ella. La deseo, pero también la escucho, la valoro.

—Quiero ir —dice tras un largo silencio.

—¿Perdón?

—A ese club, quiero ir, verlo.

Me incorporo de repente, perplejo y la miro fijamente. No he debido de oírla bien.

—Al Exit —prosigue, sentándose también en la cama—. Pero no a la parte pública, seguro que tienes acceso a todo el recinto.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

Soy gilipollas.

Es lo que me pasa por la cabeza por aceptar.

No niego que voy por el club, pero a ser posible cuando no está abierto al público. Y ya solo me falta que Gabino se vaya de la lengua al reconocerla.

—De acuerdo, te recojo en una hora —digo cuando la acompaño hasta la puerta.

—¿Y no puede ser al revés?

—¿Cómo dices?

—Ha sonado un poco presuntuoso. También puedo pasar yo a recogerte —me aclara, dándome unos toquitos en el pecho desnudo, ya que solo me he puesto un pantalón de deporte.

—Muy bien, pasa a recogerme en ¿una hora te viene bien? —pregunto con retintín.

—Perfecto —susurra y me da un beso en la mejilla que me revoluciona—. Ponte guapo y... no necesitaremos el coche, pediré un taxi.

Me deja plantado en la puerta de mi apartamento y la devoro con la mirada mientras camina los cuatro pasos que hay hasta su ático. Ella ni se digna mirarme. Solo cuando oigo el chasquido de la cerradura reacciono y me meto en casa.

Tengo una cita.

Con mi vecina.

Con la que he estado follando y compartiendo confidencias y hasta me he echado la siesta.

¿Es o no es para flipar?

* * *

Para mi «cita» elijo uno de los trajes que me ha traído Luisa, a la que por cierto tendré que decirle algo a modo de explicación el próximo día que la vea. Es lógico

que se haya sorprendido, pues nunca traigo mujeres a casa, detalle que no he querido comentarle a Fiorella para que no lo malinterprete.

Miro el reloj, han pasado cuarenta y cinco minutos. Yo estoy listo, pero al mismo tiempo no lo estoy, pues aparecer por el club cuando sé que lo encontraré en su apogeo es tentar demasiado a la suerte. Tengo las cosas claras sobre los errores que no debo volver a cometer, pero uno nunca se recupera del todo. Me miro por última vez en el espejo del vestidor. Prescindo de la corbata. Miro la cama revuelta y de nuevo me recorre una corriente eléctrica.

No tengo muy claro si es buena señal.

Cuando oigo el timbre, camino despacio hasta la puerta. A pesar de que me gustaría correr, nada de dar muestras de lo que considero debilidad.

—Hola, ¿listo para la aventura? —me pregunta Fiorella, escaneándome.

Claro que yo hago lo mismo. Se ha puesto un vestido ligero, sencillo, azul oscuro, y unos zapatos de tacón que, de ser posible, espero que sea lo único que lleve al final de la velada.

—¿Lo estás tú? —respondo con aire chulesco.

—Sí —murmura, pulsando el botón del ascensor.

Podría cogerle la mano, ofrecerle el brazo... Cualquier gesto que implicara tocarla; sin embargo, me meto las manos en los bolsillos y me limito a permanecer a su lado. La miro de reojo, sonrío de una forma un tanto extraña.

—Pero ¡¡qué alegría verlos juntos!! —exclama la señora Galiana nada más abrirse la puerta del ascensor en la planta baja.

«Joder, la que faltaba», pienso, esforzándome por sonreír de manera cordial.

—Buenas noches, señora Galiana —dice Fiorella, dándole dos besos en las mejillas como si fueran amiguísimas de toda la vida.

—Creía que no hacían buenas migas... —añade nuestra vecina, con tono de señora mayor con impunidad para meterse en la vida de los demás—. Pero ya veo que lo están intentando.

—Solo salimos a tomar una copa —alego en mi defensa y me doy cuenta de que suena peor que si hubiera dicho: «Me la llevo a un club de gente adinerada, donde me la puedo follar de maneras muy creativas».

—Me alegro mucho, señor Quijano. Ya estaba perdiendo la esperanza con usted, hasta su madre me lo comentó el otro día... «Este chico no se echa novia...».

—¿Qué tal se ha portado hoy *Pepe*? —pregunta Fiorella, señalando al pequeño perro que ni nos mira. El pobre está mayor y solo quiere quedarse en casa tumbado.

—Bien, pero cada día le cuesta más salir a la calle —responde la mujer, afectada—. No sé qué voy a hacer cuando me falte. Es la única compañía que tengo...

—No se preocupe, *Pepe* es un perro fuerte —la consuela Fiorella.

Disimulo como puedo. *Pepe* es un yorkshire de kilo y medio, lo que viene a ser un perro de bolsillo. Fuerte lo que se dice muy fuerte no es, pero tampoco es plan de desanimar a la mujer.

—Bueno, no les entretengo más. Que disfruten juntos de la velada —nos dice, esbozando una sonrisa—. ¡Tengo un presentimiento con ustedes dos, seguro que al final nos dan la sorpresa!

—Ya se verá —contesta Fiorella amable.

—No sea tonta, hija, no desperdicie la oportunidad de estar con un buen mozo. Los años pasan rápido y no es bueno estar sola, se lo digo por experiencia.

—El taxi nos espera —digo, para salir de allí pitando, antes de que la señora Galiana nos lea las amonestaciones.

Nos despedimos al fin y, porque me sale de la punta del capullo, cuando Fiorella abre la puerta del taxi le coloco una mano en la espalda, ayudándola a subir. Ella no dice nada.

Le doy la dirección al conductor. Tengo que controlar mi nerviosismo.

Llegamos al Exit enseguida.

—Por aquí —le indico, cogiéndola de la mano—. No pensarías que íbamos a entrar por la puerta principal.

Camino con ella sin soltarla hasta llegar al acceso privado, en una calle lateral. Es el que utilizan muchos clientes importantes cuando quieren evitar a la prensa.

—Por aquí llegamos directos a la zona VIP —digo y Fiorella asiente, mientras yo desbloqueo la cerradura con la tarjeta.

—¡Qué nivel! —se guasea apoyándose en mí.

Al observarla de reojo, me da la impresión de que finge ser una cabeza hueca, una mujer sin dos dedos de frente. Emocionada, hasta me aprieta el brazo.

—Si te pones así solo con ver la puerta, no me imagino qué dirás cuando pongas un pie en la sala principal.

Al entrar, saludo con un gesto a los dos guardias de seguridad. Por la mirada que me dedican, adivino lo que están pensando: que he vuelto a las andadas.

Fiorella y yo caminamos sin decirnos nada. A medida que nos acercamos, el volumen de la música va aumentando. Al pasar por delante de las habitaciones cerradas, ella las señala y yo sonrío de medio lado. Me acerco y le susurro:

—Hay que reservar...

—Pero tú tienes influencia —me insinúa en el mismo tono.

—Todo a su tiempo —contesto zanjando el tema, pues no sé si es el momento de que nos encerremos en una de esas estancias equipadas para divertirse de muchas maneras.

Una vez en la sala principal, me dirijo a la zona donde se ubican los reservados y nos sentamos en uno que está libre. Enseguida se acerca una camarera. Joder, ya podría haber aparecido otra.

—Bueno, bueno, bueno, cuánto tiempo sin verte, querido Xavi —canturrea y dirige una fugaz mirada a Fiorella, sin duda sacando conclusiones precipitadas.

—Buenas noches, Verónica —digo, antes de que empiece a meterse donde no debe—. ¿Qué quieres tomar? —pregunto, dirigiéndome a mi «cita».

—Lo que tú quieras, cielo —me responde ella en tono cursi.

Vale, me está poniendo a prueba. Le pido a Verónica dos combinados y espero a que no haya oídos indiscretos para replicar:

—¿A qué ha venido eso?

Fiorella se encoge de hombros.

—¿Superó las pruebas de admisión?

—Joder, no sé para qué te cuento nada —mascullo, pero no puedo enfadarme, ya que aparece Verónica con las copas y prefiero que se largue cuanto antes. Por fortuna así es.

Observamos en silencio a la concurrencia. Yo reconozco a unos cuantos clientes habituales, divirtiéndose como siempre con mujeres dispuestas a ello. Fiorella no se pierde detalle. A su favor he de decir que no se muestra sorprendida. Entonces frunzo el cejo y una sospecha se me pasa por la cabeza.

—¿No pretenderás escribir un artículo sobre esto?

—¿Bromeas? ¡No me permitirían publicarlo! —exclama negando con la cabeza, hasta que se queda con la boca abierta—. ¿Ese no es el tertuliano del canal...?

Sigo la dirección de su mirada y asiento.

—Joder, está con otro tío...

—No me digas ahora que te sorprende ver a dos tíos juntos —murmuro.

—Deja de decir sandeces. Lo curioso es que ese tipo echa pestes de todo lo relacionado con el colectivo gay. Pero ¡si una vez proclamó que eran enfermos mentales! Y míralo, comiéndole la boca a un negro.

—Pues tal como yo lo veo, no es lo único que le va a comer esta noche —apostillo como si tal cosa—. Y ni se te ocurra mencionar nada de lo que veas aquí.

—Tranquilo, no soy tan tonta. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—No —respondo con cautela.

—¿Conoces a todos los socios?

Nada más oír la pregunta, sé por dónde va. No ha dicho «socias», pues queda implícito que desea saber si su ex viene por aquí.

—No puedo darte esa información y lo sabes —contesto en tono de advertencia, pues una cosa es contentar a una tía para tirártela y otra muy distinta poner en riesgo el negocio. De todas formas, no tengo la certeza, aunque lo averiguaré.

—Pues vamos a bailar.

No estoy por la labor, sin embargo, accedo.

Suena *Quietly*^[1], de Guano Apes. No me parece lo más idóneo, pero me veo en medio de la pista, rodeado de gente. Fiorella me mira, me hace burla, me provoca y finalmente se da la vuelta y se pega a mi cuerpo. Mi reacción es sujetarla de las caderas.

Todo esto es una puta locura. Cierro los ojos un instante y al final me dejo llevar. Comienzo a moverme junto a ella. Me arrimo un poco más y parece encantada. Vale, puedo hacerlo, esto no significa perder la cabeza, significa ponerme cachondo, nada

más y nada menos.

Me está matando lentamente con este jodido baile. Noto que nos miran. Imaginarán que se trata de una de tantas chicas que me dejan el currículo y que después podrán acercarse a ella.

«Ingenuos», pienso, ya que solo se están fijando en lo evidente y lo curioso es que, desde el punto de vista físico, Fiorella no es lo que podría denominarse una mujer espectacular. En la sala hay unas cuantas más atractivas, con mejores tetas (de pago o naturales) y con mejor cuerpo, sin embargo, no desprenden, ni de lejos, el atractivo que solo una mujer como ella puede irradiar.

Pero ¿qué clase de gilipollas estoy hecho?

¿Por qué se me pasan por la cabeza esta sarta de chorradas a cada cual más cursi?

Estoy cachondo y se me está insinuando.

«Déjate de consideraciones», me digo, clavándole los dedos en las caderas mientras sigo el ritmo de la música bien adherido a ella.

No somos los únicos, el ambiente está bastante caldeado. Quizá debería ir pensando en buscar un sitio más privado, pero cuando estoy a punto de sugerírselo, diviso a Gabino, al que sin duda le han ido con el cuento («Gracias, Verónica») de que estoy aquí.

* * *

Living for love^[2] es lo que suena a continuación. Gabino nos observa con una mirada interrogativa. Creo que ya sabe quién es mi acompañante. No me hace mucha gracia, pues sacará conclusiones equivocadas.

Fiorella, ajena a todo lo que nos rodea, continúa bailando. Ahora se ha dado la vuelta y me mira sonriente. Se humedece los labios y a la mierda todo, le rodeo la cintura para atraerla hacia mí y poder besarla. Sí, delante de todo el mundo, que opinen lo que les dé la real gana. Ella enrosca los brazos en mi cuello y todo se empieza a descontrolar.

—Llévame a una de esas habitaciones —ronronea en mi oído, antes de chuparme el lóbulo.

—No —respondo categórico.

—¿Por qué? —insiste melosa.

—Porque aún no sé si quiero que nos vean follar.

Ella se echa hacia atrás y me mira con los ojos abiertos como platos. Yo asiento para que entienda lo que he querido decir.

—¿De verdad?

—Cada sala cuenta con las instalaciones más confortables y equipadas que puedas imaginar.

—¿Mazmorras y esas cosas? —inquire curiosa.

—No, son habitaciones acondicionadas como una *suite* de lujo. El uso que se les da depende de cada socio. Pero el denominador común es que todas cuentan con espejos de doble cara y te aseguro que cada noche hay más gente interesada en mirar que en participar —le explico al oído.

Continúo sujetándola de las caderas, pegándoselas a las mías. En cuanto ella se aparte quedaré en evidencia, pues con la tontería del bailecito me he empalmado.

—Vaya...

—Ya te he dicho que no —le repito por si no ha quedado claro la primera vez—. No creo que estés acostumbrada a follar con público.

—Alguna vez tendrá que ser la primera...

—¿Podrías hacerlo sabiendo que hay tíos cascándosela mientras tú gimes? ¿Te sentirías cómoda desnuda, expuesta, mientras yo juego contigo y otros imaginan que ocupan mi lugar?

—Me estás poniendo cardíaca —gime—. ¿Es una nueva arma de seducción? ¿Dejarme con la miel en los labios?

—Joder... Fiorella, no voy a llevarte a una de esas habitaciones.

Continuamos con los preliminares rodeados de gente y con la ropa puesta. Suena algo de Depeche Mode, creo que *It's no good*^[3]. Seguro que el muy cabrón de Gabino ha dicho que la pongan. Da igual, yo ahora solo pienso en salir de aquí cuanto antes y llevarme a Fiorella al hotel más cercano, pues no sé si aguantaré hasta llegar al apartamento. Hacía mucho que no me dejaba llevar en público de esta manera.

Soy consciente de las miradas que nos dedican, en especial algunas chicas con las que he tenido relación y que pululan por aquí; nunca me he comportado de este modo con ellas. Sí, bailaba un poco, pero no mucho más. Si permitía que alguna llegara a tanto, era más bien por entretenimiento del público, ya que un buen cuerpo moviéndose al ritmo de la música caldea el ambiente y ellas, de paso se exhiben; una forma como otra cualquiera de lanzar el anzuelo.

—Xavi...

—No insistas —gruño.

—Pues entonces ve pidiendo un taxi y vámonos a casa —exige y a esto último no puedo poner ninguna objeción.

No pierdo el tiempo y, con ella de la mano, me importa un carajo lo que opinen de mí quienes me conocen, me dirijo hacia la salida trasera, pero antes de poner un pie en la calle, la empujo contra la pared para besarla con verdadero énfasis. Y Fiorella responde de igual modo, jugando con su lengua, recorriendo mis labios y apretándose contra mí de una manera muy deliciosa.

No me conformo con besarla y mordisquearle el cuello y, por su actitud, intuyo que ella tampoco quiere quedarse en los preliminares. Le deslizo una mano por debajo del vestido para ir buscando poco a poco su sexo y comprobar lo excitada que está. Fiorella ya tiene constancia de lo duro que estoy yo, pues no deja de restregarse contra mi entrepierna, y no solo eso, ha logrado meter la mano entre nuestros cuerpos y presiona mi miembro, haciéndome jadear y volviéndome aún más imprudente.

—Al final voy a tener que llevarte a una de esas habitaciones... —jadeo.

—Hummm... Por mí perfecto —replica, justo cuando la acaricio por encima del tanga.

Pero cuando estoy a punto de perder la puta cabeza, oigo las risas de una pareja acercándose y me doy cuenta de que estamos en un lugar de paso. No me apetece que nos vean, ya me he lucido bastante durante la noche.

—Vámonos —gruño apartándome de mala leche y besándola una última vez de forma agresiva antes de salir y buscar un maldito taxi.

Por suerte, apenas tenemos que caminar cien metros para dar con uno libre.

Nos acomodamos y ella me sonrío. Me paso una mano por el pelo. Estoy sudando, nervioso, cachondo, cabreado. Una combinación explosiva y contradictoria. Solo debería pensar en follar y listos, pero no, estoy siendo sensato. Y lo que más me

jode es que no sé cuál es la razón.

Fiorella se acurruca a mi lado. Un gesto a mi entender demasiado cariñoso, cómplice incluso. A estas horas de la noche tardaremos poco en llegar a casa. Miro por la ventanilla y me tenso al notar una mano sobre mi muslo derecho. Una mano que por cierto no tiene intención de quedarse en ese punto, pues sigue ascendiendo hasta llegar a la bragueta. Miro al conductor, parece ajeno, pero va a terminar por darse cuenta de la maniobra.

Inspiro y Fiorella me baja la cremallera. Sigue apoyada contra mi costado, dando la impresión de ser una chica cariñosa y poco más.

—¿Qué haces? —siseo nervioso, cuando empieza a masturbarme.

—Adivínalo —ronronea, apretándome la polla de una forma un tanto dolorosa, pero que me termina gustando.

Intento relajarme, echo la cabeza hacia atrás. El sentido común me dice que la aparte, que no todos los taxistas toleran estos comportamientos y que nos podemos meter en un lío, sin embargo, resulta tan excitante la idea de correrme así, que no digo nada. Intento no poner cara de tío al que le están haciendo una paja, pero tal como mueve ella la mano sé que voy a fracasar estrepitosamente.

Nunca un fracaso podría ser más cojonudo.

Cruzo la mirada con la del taxista a través del retrovisor. Sabe lo que está ocurriendo y sonrío. Joder, si al final vamos a tener público.

Me tenso de arriba abajo. Aprieto los puños. Termino cerrando los ojos.

—Si pudiera te la chupaba aquí mismo —musita Fiorella, acelerando hasta desesperarme.

—Jo... der...

—Sí, me gustaría lamerte entero.

—Para —suplico, intentando levantar las caderas como un loco para terminar con esta maldita agonía cuanto antes.

—Estás a punto de correrte. En mi mano. Delante de este señor tan silencioso —prosigue ella ronroneando y sin dejar de meneármela.

—Me las vas a pagar —acierto a decir, porque justo en este momento exploto.

No recuerdo haberme sentido tan aliviado y violento al mismo tiempo. Faltan como mucho cinco minutos para llegar a casa y yo con la polla fuera...

Fiorella, toda eficacia, saca un pañuelo de papel y antes de que el taxi se detenga frente a nuestro edificio, tengo los pantalones abrochados y ella se ha limpiado la mano. También se encarga de pagar la carrera.

—¡Buenas noches, parejita!

Estoy tentado de borrarle al taxista la sonrisilla bobalicona que se le ha quedado. Seguro que luego se pajea recordando la escena.

—Quédese con el cambio —le dice ella.

—Gilipollas —mascullo yo, cerrando de un portazo.

—¿Ahora te vas a poner tiquismiquis? —me pregunta Fiorella caminando a mi

lado.

—Perdona, pero que me hagan una gayola en un taxi me pone tenso —alego, quedándome tras ella cuando abre la puerta de abajo.

Se echa a reír.

—Ay, pobrecito...

* * *

—¿No vas a invitarme a entrar? —pregunto cuando nos detenemos junto a la puerta de su ático.

—Pensaba que con lo del taxi ya habías tenido suficiente —dice ella, recorriéndome el pecho con un dedo hasta detenerse en la hebilla del cinturón.

Achico los ojos. Espero a que se apaguen las luces. Si no me muevo mucho, el sensor no volverá a encenderlas y entonces Fiorella comprobará si soy rápido recargando o no.

La acorralo contra la puerta y nos quedamos a oscuras.

—No te muevas ni un milímetro —ordeno, agarrándola del culo para después, todo lo despacio que puedo, tocárselo hasta oírla gemir—. Estoy seguro de que has mojado las bragas, que no puedes pensar en otra cosa que en follar conmigo. ¿Por qué si no me has estado provocando toda la noche?

—Si te refieres a lo del taxi..., es que estabas tan tenso...

—Claro. Y mucho, además, pero por tu culpa —le espeto sin el menor remordimiento, pues ella es la culpable de mi estado.

Pero ya no es momento de hablar, ahora toca actuar.

No me lo pienso ni medio segundo, le meto la mano dentro de las bragas sin importarme nada en absoluto si se las reviento. Sé que algunas se ponen petardas con eso de la lencería fina, pero espero que a Fiorella le traiga sin cuidado.

La encuentro mojada, empapada, y rozo su sexo con la yema del dedo, arriba, abajo, evitando deliberadamente el clítoris, de esa forma se desespera mucho más, que es lo que yo pretendo.

Gime, me clava las uñas en la nuca. Arquea la pelvis.

—Si quieres más... —le meto un dedo a modo de incentivo—... abre la puerta e invítame a entrar.

—Eres malo... Me pones cachonda, pero no rematas —me acusa sin apartarse un milímetro.

La beso, mejor dicho, le devoro la boca sin dejar de jugar con su coño, porque me encanta llevarla al límite.

—Donde las dan las toman —replico todo chulo—. La pelota está en tu tejado, aunque, ya puestos, si quieres follar aquí, en el rellano de la escalera, solo tienes que decírmelo.

Me empuja, rompiendo el contacto y entonces se encienden las malditas luces,

pero no hay mal que por bien no venga, pues la mirada de Fiorella me deja sin aliento.

—¡Abre la jodida puerta ya! —casi grito, respirando cada vez con mayor dificultad.

Antes de obedecer, me agarra de la pechera y tira de mí para darme otro beso brutal. Me encanta tanta agresividad y, por supuesto, va a ser correspondida.

Fiorella mete la llave en la cerradura, conmigo pegado a su espalda, controlándome a duras penas para no arrebatarle las llaves, porque, a mi juicio, está tardando demasiado. Al fin estamos dentro, pero no todo lo dentro que yo quisiera. Cierro de un portazo. Ella tira el bolso en el aparador y yo me quito la chaqueta del traje. Ni me preocupo de dónde cae. Caminamos a trompicones por el pasillo. Su ático tiene una distribución similar al mío, por lo que, a pesar de haber estado ahí solo una vez, no titubeo y llegamos al dormitorio.

Fiorella enciende una pequeña lamparita y, al inclinarse para hacerlo, le doy un buen azote en el culo. Ella se vuelve para sacarme la camisa de los pantalones, agarrándola con fuerza. Otro conato de agresividad. Cómo voy a disfrutar.

—Ven aquí y ponte de rodillas —me exige, sentándose en el borde de la cama.

Va abriendo despacio las piernas todo lo que le permite el vestido y al darse cuenta de que no es suficiente, se lo quita por encima de la cabeza y lo lanza sin miramientos.

Se queda ante mí sin las bragas, porque finalmente se las he roto, solo con el sujetador y los tacones. No es la pose sugerente que adopta, no es la mirada de deseo, no sé qué cojones es, pero caigo ante ella. Agacho la cabeza y la meto entre sus piernas. Ella me enreda las manos en el pelo y tira levemente.

Una pizca de dolor que me hace temblar.

—Demuéstrame lo malo que eres —me provoca, adelantando sus caderas.

Cuando por fin la tengo a mi alcance, sé que me está poniendo a prueba. Puedo empezar a acariciarle el sexo con la lengua, ir a lo seguro, que se corra y después metérsela. No opondrá resistencia, de ahí que opte por morderle la parte interior del muslo. Mordiscos suaves aunque muy significativos. Fiorella no deja de peinarme con las manos, pidiéndome más.

Puedo dárselo, y lo haré, pero a pesar de estar de rodillas, yo marco los tiempos. Apoyo las manos en sus rodillas y hago que abra más las piernas. Estoy llegando a su coño, me muero por saborearla.

—Xavi...

—Todavía estoy siendo buen chico —contesto alzando la cabeza para mirarla un instante. Pongo mi mejor cara de seductor y ella arquea una ceja.

Está muy excitada, sonrojada, expectante, y me contagia, pese a que yo he tenido un pequeño desahogo en el taxi.

Inspiro y le doy un último mordisco. Mantengo la presión sobre sus piernas, forzándola a mantenerlas abiertas, y cierro los ojos justo en el momento en que

realizo la primera pasada con la lengua. Siento sus uñas clavándose en mi cuero cabelludo, lo que solo puede significar que voy por buen camino.

Pero yo sé que puedo hacerlo muchísimo mejor y me pongo a ello. Sin utilizar los dedos, recorro con la punta de la lengua cada pliegue hasta llegar al centro. Tanteo, me acerco, lo evito. Vuelvo al punto de partida. Cada gemido es combustible para mí.

—Sigue, por lo que más quieras, sigue.

—¿Estoy siendo lo bastante malo?

—Ni te imaginas cuánto... —suspira.

Ya he jugado con ella, con su excitación, ahora viene el plato fuerte. Succiono, presiono, justo en el lugar exacto. Trazo diferentes dibujos con la lengua, como si fueran letras. Se retuerce, cada vez tengo que sujetarla con más fuerza para no perder el contacto. Jadea, me tira del pelo.

—¡Joder, sí! —grita al correrse.

No me aparto de inmediato, prefiero ir bajando el ritmo hasta apenas rozarla, que se relaje por completo. Solo entonces me incorporo. Ella se ha tumbado y cuando quedamos cara a cara me sonrío y me acaricia la mejilla.

—Ni te imaginas cuánto lo necesitaba —susurra cariñosa.

—Es que una buena dosis de chico malo siempre viene bien.

—Nunca lo he dudado —contesta lamiéndome los labios.

—Pero los chicos malos no nos conformamos con tan poco, tenemos que llegar hasta el final —indico sugerente.

—Lo suponía —dice mimosa.

Me incorporo para desnudarme, mientras ella no me quita la vista de encima. Procuro hacerlo de forma elegante, controlando la impaciencia. Cuando me bajo los pantalones, Fiorella arquea una ceja y se relame.

—¿Qué esperabas?

—No me estoy quejando. —Rueda sobre la cama para llegar al cajón de la mesilla y sacar los condones—. ¿Crees que con media docena tendrás suficiente o voy buscando una farmacia de guardia?

—Dímelo tú...

* * *

Por norma general no me importa despertarme en una cama extraña y sin compañía cuando la noche anterior ha sido movida y he disfrutado de un buen revolcón (para ser sinceros, más de uno), así que cuando me despierto y soy consciente de dónde estoy, en principio debería estirarme, sonreír y empezar a buscar mi ropa para marcharme tan pancho.

Hasta puedo ser educado e invitar a la chica de turno a desayunar. Cuesta muy poco dejar un buen recuerdo, pese a que desde el principio siempre aclaro las condiciones. De ahí que en mi agenda rara vez tenga que borrar un nombre por haber

acabado mal.

Hoy sé que es diferente. Quiero que lo sea.

Que Fiorella no esté en la cama no significa que haya huido, más que nada porque es su casa, simplemente doy por hecho que estará ocupándose de algo, aunque espero que sea mi desayuno. Joder, me ha dejado desfallecido. Aunque volvería a repetir todo lo que ha ocurrido, incluido lo del taxi, minuto a minuto.

Aparto la sábana para levantarme e ir al cuarto de baño para cambiarle el agua al canario. Tras ocuparme de ello, regreso al dormitorio. Ahora sí dispongo de tiempo para observar la decoración, que por cierto es muy sencilla; se nota que no lleva mucho tiempo instalada. Funcional, sin adornos.

«Al menos es ordenada», estoy pensando aquí, desnudo, de pie delante de la cama, cuando aparece ella envuelta en una toalla. Me mira medio segundo y va directa al armario. Ni rastro del desayuno o del «buenos días» que yo esperaba.

—¿Ocurre algo? —pregunto acercándome.

—Tengo prisa, nada más —responde Fiorella, dejándome más confuso aún.

Saca ropa del armario y la deja bien puesta sobre la cama.

—¿Prisa para qué? Hoy es domingo.

—Tengo una comida importante. Son más de las doce.

Miro la hora, es cierto. Con tanta actividad sexual he dormido más de lo habitual. Hasta ahí puedo entenderlo, lo que se me escapa es lo de la comida importante.

—Que yo sepa, las redactoras jefe no trabajan los domingos.

—No es una comida de trabajo —responde seca.

Evita mirarme y eso solo significa culpabilidad o que quiere evitarme. Me inclino a pensar que es lo segundo y me molesta bastante.

—Ah, muy bien —comento apartándome de ella.

Ha vuelto a ser la tía fría, distante y orgullosa. A la porra el buen rollo de ayer.

—Mira, Xavi, entiéndelo; no es fácil para mí.

—Pero ¿de qué coño estás hablando ahora? —pregunto recogiendo mi ropa del suelo, porque por lo visto mi misión como quita telarañas ha finalizado por hoy. Pero estoy tan cabreado que acabo por soltar de mala leche mis pantalones y me encaro con ella—: Ya estoy harto de tus cambios de humor, de tus rarezas. De repente apareces toda encanto para dejarme sin aliento, para volverme loco, pero al día siguiente, no sé por qué, parece que me odies o que me quieras perder de vista.

Espero a que me mire, porque me repatea hablarle como si lo hiciera con la pared. Fiorella se da la vuelta, sigue solo con la toalla. Mira su ropa y después a mí.

—Hoy tengo una comida con la familia de Jaime —explica y no aparta la vista para darme el golpe definitivo—: Voy a volver con él.

—Es broma, ¿verdad?

Niega con la cabeza.

—Joder...

Me peino con los dedos. No puede ser cierto. Me está poniendo a prueba.

—No, no es broma —corroboraba seria y deja caer la toalla para empezar a vestirse.

—De verdad, hay veces que, sinceramente, no comprendo a la gente —digo sin salir de mi estupor—. Vienes, me cuentas una milonga sobre lo que tu marido hacía, sobre cómo te trataba y ahora me sueltas que vuelves con él... ¡Cojonudo!

Termina de ponerse la ropa interior antes de responder.

—Tú no lo entiendes...

—¡Pues explícamelo, joder, si tienes huevos, porque no creo que puedas! —estallo elevando el tono, porque me cabrea su comportamiento.

—Jaime es consejero delegado de un grupo empresarial importante al que pertenece la editorial que publica *Secrets*, pero él aspira a mucho más y quiere ser presidente del consejo de administración —me dice, abrochándose su elegante blusa gris.

—¿Qué tiene eso que ver contigo?

—En ciertos círculos, con un fracaso matrimonial a cuestas te consideran una especie de persona incapaz de cumplir tus compromisos.

Resoplo ante tal estupidez.

—¿Y?

—En la próxima junta, Jaime va a presentarse al puesto. Su familia posee la mayoría de las acciones, pero aun así quiere tenerlo todo controlado —prosigue.

Me pongo los pantalones e intento no soltar cuatro voces, algo que me resulta harto complicado. Me hierve la sangre. Pero me doy cuenta de que ella no ha aceptado volver con él así por las buenas.

—¿Qué te ha ofrecido? —pregunto, dejando implícito que, en efecto, así ha sido.

—Un contrato blindado. Solo tendré que permanecer con él dos años. Pasado ese plazo, seré libre y mantendré mi puesto.

—Vaya, prostitución de lujo en vivo y en directo —apunto con ironía y, antes de que pueda disfrutar viendo su cara, Fiorella me abofetea.

—Cabrón —masculla.

Me froto la mejilla.

—Pues tú dirás cómo llamas al hecho de estar al lado de un tío solo por mantener un trabajo, y encima soportar que te toque o lo que quiera...

No hace falta decir que me refiero a los malos tratos.

—Tú no tienes ni puta idea de cómo es mi vida —me espeta rabiosa—. Ni puta idea.

—Me encantaría ver cómo finges con él, cómo aguantas que se te acerque. Como suele decirse, en el pecado llevas la penitencia.

—Mira, lárgate, ¿de acuerdo? Es mi vida, yo decido. Y sí, voy a volver con un hombre al que no soporto, al que desprecio, pero que tiene la sartén por el mango, me guste o no; Jaime tiene el control y de nada me sirve mostrarme muy digna para acabar de patitas en la calle. Al menos obtengo un beneficio.

—¿Y si no cumple su parte del trato? —pregunto con maldad.

—Esta vez lo hará —afirma categórica.

—Eso quiere decir que te ha engatusado más veces —apostillo, con la firme intención de herirla, porque ella me ha dado una patada en los huevos.

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo.

—¿Sabes?, me alegro por ti, me alegra ver cómo una mujer hecha y derecha, inteligente, trabajadora, segura de sí misma, para conservar un trabajo se deja dar por el culo por un tío que seguramente no tiene ni media hostia. ¡Sí, señor, esa es la actitud a seguir por todas! —exclamo riéndome sin ganas.

—Para ti es fácil hablar... —dice en tono acusatorio—. Pero a mí no me queda otra opción. ¿Crees que me gusta agachar la cabeza?

—¡Pues no lo hagas!

—No seas iluso, por favor. Si no acepto, Jaime se encargará de que no encuentre trabajo en ningún medio de comunicación, ni siquiera de becaria.

—Pues nada, disfruta de tu éxito profesional, estoy seguro de que te hará falta cuando tengas que abrirte de piernas para un tipo que te trata como una mierda. Ya puedes tener un buen sueldo, porque los psiquiatras no son baratos precisamente.

—¡Vete a la mierda!

—No, tranquila, me voy a mi casa —replico y me acerco para añadir—: Que te vaya bien. Compraré el siguiente número de *Secrets* y echaré cuentas.

Antes de ganarme otro bofetón, abandono su apartamento y me largo al mío. No merece la pena perder el tiempo.

Se acabó.

* * *

Va lista si piensa que voy a deprimirme, a hacer estupideces por ella o a mostrarme abatido. La mejor forma de pasar página es retomar la rutina y en eso estoy. Sentado en mi despacho, miro por encima las anotaciones que me ha dejado Bea sobre unos nuevos proveedores. Dice que los actuales funcionan bastante bien, pero como ha habido un par de problemillas con los suministros, quiere tener un plan alternativo. A mí me parece estupendo. Ella sabe que en los temas culinarios no me meto, dispone de plena autonomía, yo solo me ocupo de la administración y la gestión.

—¿Se puede? —pregunta una voz cantarina llamando a la puerta.

Reconozco que la he evitado. Bea me cae bien, pero vive en un mundo de fantasía y a veces me resulta cansina con eso de los finales felices, cree que como a ella le ha ido bien, a los demás nos va a ocurrir lo mismo.

—Adelante —respondo con sequedad, a ver si se da cuenta de que no estoy humor.

—¿Has mirado lo que te pasé?

—Estaba en ello —contesto observándola.

—Xavi, te lo di hace diez días —me recuerda y tuerzo el gesto.

Tiene razón, reconozco que no he estado todo lo atento que debería.

—Ya sabes que no te hace falta mi aprobación para estos asuntos —digo para olvidarme del tema—. ¿Algo más?

—Oye, ya sé que no te gusta que me meta en tu vida; sin embargo, no soy la única que se ha dado cuenta de la situación...

—Si ya lo sabía yo... —murmuro—. Bea, déjalo.

—Vale, lo dejo, pero te pongas como te pongas, estás mustio. ¿Cuánto hace que no sales con alguna de las chicas de tu agenda?

—Desde que a ti no te importa —replico, advirtiéndole con la mirada que no continúe tocándome la moral. Ella levanta las manos en señal de disculpa—. Por cierto, ¿qué tal va tu embarazo?

Bea sonrío y se lleva las manos al vientre. Yo me recuesto en el sillón. Aunque me importan poco los detalles, cambiar de tema es la mejor opción para no seguir hablando de mí.

—Apenas se me nota —dice emocionada—. Tengo unas ganas de lucir barriguita...

—No hay quien entienda a las mujeres. Cuando engordan medio kilo hacen un drama épico y ahora resulta que quieres lucir tripa. —Niego con la cabeza.

—Pues sí, lo admito, paradojas de la vida —contesta divertida.

—Y ya que estamos con el tema, ¿has pensado en alguien para sustituirte?

—Pues no, la verdad, porque si me organizo bien, prácticamente estaré hasta el último día.

Sonrío de medio lado y niego al mismo tiempo.

—Vas lista si piensas que vas a venir por el restaurante y trastear en la cocina con un barrigón que no te va a permitir ni llegar a los fogones. Por no mencionar que si Max me pilla por banda, me cortará las pelotas —le digo en tono de advertencia.

—¡Qué exagerado eres! En mi primer embarazo trabajé hasta un mes antes de dar a luz.

—Bea, no digas estupideces. Eras más joven y, por lo que sé, estabas sola, pero ahora la situación es muy diferente.

Ella tuerce el gesto ante mis desagradables palabras, aunque muy ciertas.

Abandono la comodidad de mi sillón y me incorporo para acercarme a ella.

—Bueno, ya veré lo que hago —se obstina.

—Ni lo sueñes —asevero quedando frente a frente con ella—. Vas a cogerte la baja en cuanto te corresponda, así que deja de tocarme la moral y ve pensando en un sustituto temporal.

—Lo dicho, estás insoportable —me espeta con falsa amabilidad y se despide con su típico beso en la mejilla, el cual por cierto cada vez odio más, pues me deja una sensación extraña, como si Bea estuviera siendo condescendiente conmigo.

Pero tras la charla he sacado una conclusión evidente: tengo que retomar mi rutina y eso incluye tirar de agenda. Casualidades de la vida, oigo el tono del móvil

avisándome de la entrada de un mensaje. Es de Sonia y me pregunta si podemos quedar esta noche para cenar. No me apetece, pero ella añade que es importante, así que termino aceptando.

Me ha resultado un tanto extraño llevar a Sonia solo a cenar. Lo habitual es que acudamos después a algún evento. Hasta ella se ha sorprendido cuando al final he aceptado.

Podríamos haber quedado en el Cien Fuegos, es cómodo y, además, si aparezco con Sonia del brazo, Bea dejará de darme por el saco, le demostraría que he olvidado a Fiorella; sin embargo, he preferido llevarla a otro local. Un restaurante nuevo que me han recomendado. Reconozco que, aparte de intimidad, mi elección responde a una intención que no mencionaré en voz alta: observar a la competencia.

—Me gusta este sitio —murmura Sonia tras echar un buen vistazo a su alrededor y yo asiento.

—Lleva abierto quince días —le informo.

—Y también me gusta salir contigo así, sin más.

—Tú me has llamado —le recuerdo con una sonrisa amable. No tengo por qué hacer pedazos su ilusión—. ¿Y de qué querías hablarme?

—Hace tiempo que nos conocemos...

Disimulo, esa frase no entraña nada bueno. Doy un sorbo al excelente vino que he pedido y le hago un gesto para que siga hablando.

—Y sé que desde el principio me dejaste claro, muy claro, qué tipo de relación iba a existir entre nosotros —prosigue y le noto un aire melancólico—. No te mentiré, hubo momentos en los que pensé que quizá cambiarías de parecer.

No me gusta el cariz que va tomando la conversación, si me descuido, esto se pone demasiado personal y yo siempre evito llegar a este punto.

—No creo haberte dado nunca muestras de querer cambiar —digo con cautela.

—Lo sé —admite, dejando patente su resignación—. Hace tiempo que perdí la esperanza de que eso fuese posible.

Prefiero, y es sin duda alguna más prudente, no decir nada, porque nada tengo que decir. Sonia no parece molesta ante mi silencio.

—Por eso quiero decirte que... —Hace una pausa. Si pretende crear expectación va por mal camino, ya debería conocerme... Bueno, será mejor que dejemos de vernos. He conocido a alguien y...

—¿Es lo que buscabas? —pregunto sin inmutarme, para nada molesto.

Si Sonia pensaba que reaccionaría de diferente modo, desde luego estaba equivocada.

—Me gustaría pensar que sí.

—¿Le conozco?

—Puede... No sé. —Se encoge de hombros—. Lo conocí en el club, uno de esos días que había quedado contigo y que llegaste tarde. Es representante deportivo.

Su crítica me resbala. Si llego tarde es porque tengo cosas que hacer, aparte de

lucir palmito.

Hago memoria, pero al estar bastante desvinculado del Exit (solo me interesan los beneficios, no los socios) no identifico a nadie que responda a ese perfil. Aunque no me sorprende, pues es habitual que los representantes vigilen a sus «estrellas» y de paso hagan lo mismo que ellas.

Lo que sí me llama la atención es que Sonia haya aceptado lo que se podría denominar una presa de segunda fila. Hasta donde yo sé, ella no solo busca bienestar económico, también ansía notoriedad pública. Puede que sea un paso intermedio hasta que el representante le presente a sus clientes.

—Me alegro mucho —digo y me doy cuenta de lo sincero que he sido. De hecho, yo mismo le he presentado a muchos tipos «con posibilidades» y ella me ha acompañado a eventos donde poder tantear el terreno.

—Gracias. Se podría decir que has cumplido tu parte del trato —contesta con aire irónico.

La conversación me va importando cada vez menos, porque el hecho de que quiera romper nuestro acuerdo tácito no me altera, lo que de verdad hace que me suban las pulsaciones es que acaba de entrar en el restaurante la única mujer a la que no me apetece ver ni en pintura y menos aún acompañada.

* * *

Fiorella camina tranquila junto a un tipo que por cómo se comporta y por su aspecto deduzco que es su marido. Mantiene una expresión neutra. No se da cuenta de mi presencia. Mejor, no me apetece fingir que todo es perfecto. Se sientan donde les indica el *maître*; ella me queda de perfil, tendría que volverse para verme y no creo que lo haga, pues se les une una pareja.

—¿Decías? —me dirijo a Sonia.

Ha estado hablando, pero no tengo ni puta idea de qué.

—Te comentaba que voy muy en serio con él. Arturo no sabe nada de mi forma de vida, solo que trabajo como azafata en eventos.

Estoy a punto de preguntarle si el tipo es gilipollas, ya que encontrársela en el Exit, en la zona VIP, es lo habitual en las «azafatas».

—Lógico —contesto, más pendiente de la otra mesa que de Sonia.

—Por eso he pensado que lo mejor es que tú y yo dejemos de vernos.

—Ya veo...

—Sí, muy en serio —corroboro y la miro un instante para que no se percate de la poca atención que le estoy prestando.

—Así pues, esto es una despedida —añado indiferente.

—Esa es mi intención.

Ver a Fiorella a menos de diez metros hace que mi lado más vengativo y cínico tome el control y pago mi frustración con Sonia.

—Entonces mejor no perder el tiempo... —Saco la tarjeta de crédito y estoy a punto de levantar una mano para llamar al camarero y abonar la cuenta, cuando Sonia dice muy digna:

—Xavi, no tengo intención de acostarme contigo.

Arqueo una ceja.

—Sonia, una despedida que se precie debe ser completa, ¿no crees?

—Eres un cabrón —sisea, fulminándome con la mirada.

Ni que decir tiene que no me ofende en absoluto. Ahora intenta comportarse con dignidad.

—Vas a dejar tu pasado atrás, y por mí perfecto, te garantizo que no sufriré, pero ¿también vas a dejar atrás tus vicios?

—Vete a la mierda, Xavi. Sabía que eras un hijo de puta sin sentimientos, pero nunca pensé que tanto —me recrimina sobreactuando.

—Ni se te ocurra —le advierto cuando, furiosa, agarra su copa con brusquedad, dispuesta sin duda a echarme encima el contenido y montar una escenita para ponerme en evidencia—. Porque soy capaz de hacerte hacer el ridículo delante de todo el local.

—Lo dudo —murmura desafiándome.

—Sé que en el bolso llevas lo justo para pagar un taxi, por si no consigues engatusar a nadie que te proporcione transporte de regreso a casa. Este restaurante no es *low cost* y tienes la costumbre de pedir lo más caro de la carta. Así que si no quieres que me largue pagando solo mi parte, te sugiero que dejes esa copa en su sitio y pidas postre si quieres.

Sonia inspira hondo, mueve la copa y, al final, consciente de que no tiene escapatoria, bebe un buen trago y yo sonrío. Soy un cabrón, lo admito, pero no voy a dejar pasar ni una.

—Hijo de puta...

—Respira, esta noche no te acompañaré a casa.

Por extraño que parezca, terminamos la cena en paz. Sonia ha entendido su papel y lo cumple hasta el final. Como le he prometido, al terminar me limito a esperar que llegue un taxi y, una vez que se ha subido en él, me vuelvo y, para despejarme, opto por dar un paseo.

Podría quedarme en las cercanías, como un perro apaleado, esperando a que Fiorella abandone el local, o, peor, fingir un encuentro y comprobar qué cara pone al verme, pero no soy masoca y termino por irme al Exit.

Por supuesto, ni se me ocurre acercarme a la zona pública. Me voy al despacho de Gabino. Mi socio es bastante tocapelotas cuando se lo propone, pero esta noche necesito a alguien que me las toque un poco, en sentido figurado, para no acabar perdiendo el norte.

—Toma, anda, bebe —me dice, tendiéndome una copa—. Que el mal de amores deja hecho polvo.

—¿Lo dices por experiencia? —pregunto, aceptando la bebida mientras me acomodo en uno de los cómodos sillones de la oficina, más pensados para el placer que para los negocios.

—Lo digo porque es cierto. ¿Por qué no sales ahí, das una vuelta, pillas a la primera que te resulte atractiva, te la follas y vuelves a casa desahogado?

—Buen plan, no te quito la razón, pero no estoy de humor para aguantar estupideces de una desconocida.

—¡Joder, eso tiene fácil solución! —exclama Gabino—. Llama a alguna de tus amiguitas, una de esas que se quitan las bragas nada más verte, llévatela a un hotel, tíratela y deja de tocarme los huevos.

—Puede que lo haga... —digo reflexivo, pero me doy cuenta de que miento—. Aunque cada vez tiene menos gracia eso de las mujeres fáciles.

—¿Te has vuelto a meter? —pregunta frunciendo el cejo.

—No, joder. Aunque ganas no me faltan... —Suspiro echando la cabeza hacia atrás y cierro los ojos en un intento de relajarme; sin embargo, intuyo que no voy a tener éxito.

—De verdad, Xavi, estás empezando a preocuparme —dice Gabino sarcástico—. Pero tengo un negocio que supervisar, ya que mi «socio en la sombra» prefiere ocuparse solo de los libros contables.

—No te quejes, que te encanta; vives para ello —replico sin mirarlo.

—Pues yo sí voy ahí fuera. A mí no me importa seguir tanteando el terreno y ver cómo está el patio.

—Me parece estupendo, pero antes sírveme otro de estos.

—Estás de loquero, tío...

Gabino me deja solo en su despacho. Él sigue llevando la misma vida de siempre, la misma que yo hace un tiempo. No parece que vaya a cambiar a corto plazo. Que lo disfrute, es lo único que puedo decirle.

* * *

Haberla visto, aunque sea de lejos, me ha afectado más de lo que me gustaría admitir. Siempre he pensado que yo nunca me vería en una situación similar, es decir, comportándome como un gilipollas por una mujer. No es la primera ni será la última que me manda a paseo, véase por ejemplo Sonia; sin embargo, lo que me pasa con Fiorella, y lo que más me jode es que no sé por qué, me tiene cabreado. Quienes están a mi alrededor sufren las consecuencias. No saben el motivo, pero creo que lo intuyen, aunque yo no he mencionado nada.

Llevado por una malsana curiosidad, he realizado averiguaciones sobre el marido de Fiorella. Vale, es un pez gordo (eso ya lo sabía) y no solo por pertenecer a una de esas familias que ostentan, desde hace tiempo, poder y renombre, sino por la importancia de sus propios negocios, que abarcan diferentes sectores. Se podría decir

que picotea en varios sitios.

Lo extraño es que no se le conocen escándalos, ni económicos ni de otra índole, cuando lo habitual en gente como él es creerse impunes y hacer de su capa un sayo abusando de su situación privilegiada; sin duda el rey de la discreción.

Sobre la violencia doméstica, solo sé lo que me contó Fiorella, un motivo para dejarlo en evidencia, pero al no haber denuncias, queda en el ámbito privado y dudo que salga de ahí.

De todas formas, esto tiene que acabar de una jodida vez, yo no quiero seguir así. No puedo permitirme el lujo de dedicarle ni un minuto más, la causa no lo merece. Fiorella ha tomado una decisión: ha elegido una vida en la que no estoy incluido. Escuece, no lo niego, se pasa mal una temporada, pero me lo tomaré como si fuera una medicina. Un pequeño daño colateral para salir reforzado. Punto final.

Por suerte, el resto de mi vida va como siempre. Prescindir de Sonia como amiga no me supone ningún contratiempo. Ella es quien ha querido cortar cualquier vínculo, cuando podríamos haber quedado la mar de bien. Allá ella.

Hoy es mi día libre, pero aun así he pasado a primera hora por el restaurante, es la costumbre. Después he aprovechado para correr unos kilómetros, a ver si la mala leche se queda por el camino, aunque ya he empapado la camiseta y nada, sigo cabreado, en especial conmigo mismo.

Tras hora y media de carrera, regreso a casa ansioso por darme una buena ducha, sin embargo, todo se va al traste cuando me encuentro de frente con la señora Galiana, que sale del ascensor apoyada en una muleta.

Me temo que no voy a poder escabullirme...

—¡Señor Quijano, qué alegría verle! —exclama emocionada y yo sonrío con amabilidad—. Hacía mucho que no coincidíamos.

—Buenos días —murmuro en respuesta, mirando de soslayo la escalera como una vía de escape.

—Da gusto verle así, tan lozano, tan lleno de vida... —comenta—. No como yo, cada día más achacosa... Los años no perdonan.

No me interesa averiguar qué le ha ocurrido, pero termino preguntando por educación:

—¿Y esa muleta?

—Ay, hijo, la cadera. Casi ya no puedo andar... —se lamenta—. Hoy he tardado casi el doble en ir a misa. Ya ni puedo sacar a *Pepe* a pasear.

—¿No lo hace su asistenta?

—No, *Pepe* no se lleva bien con ella —me explica y arqueo una ceja, porque la cosa tiene bemoles. Ese perro cabe en un bolsillo—. Menos mal que todas las tardes se acerca la señorita Vizcaíno y le da un paseo. Se han hecho muy amigos.

Creo que se refiere al perro, pienso con ironía.

De repente me pongo en guardia. ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? ¿Fiorella viene por aquí todas las tardes?

—¿Cómo dice? —me arriesgo a preguntar, aunque sé que hacerlo es igual que darle un vaso de vino a un abstemio.

—Es una mujer tan atenta, tan cariñosa —dice ella con ternura.

Cruzo los brazos, tengo que enterarme de todos los detalles.

—Viene después del trabajo y se encarga de *Pepe*, luego pasamos un rato hablando, tomamos té con pastas... Es como una hija para mí.

Pero ¿qué clase de locura es esta?

—¿Todos los días?

—Sí, sin faltar uno —corroborra ella—. Me llevé una tremenda desilusión cuando supe que se mudaba. Pero ha sido su decisión. Yo creía que ustedes hacían buenas migas, sin embargo no ha sido posible, una verdadera lástima. Fíjese si soy una vieja tonta que hasta pensé que podían unir los dos áticos y crear un hogar confortable...

A la señora Galiana se le escapa una lágrima, lo que me lleva a pensar que sí, en efecto, tenía depositadas muchas esperanzas en nosotros. Lo que me inquieta es qué explicación le habrá dado Fiorella sobre su marcha.

No sé qué decir, pues la mujer me mira con cara de pena, como solo los ancianos saben hacer para ablandar a quien haga falta. No obstante, yo sigo mudo.

—Sé que a Fiorella la va muy bien en su trabajo —prosigue ella ante mi mutismo—. Intento que me hable de su situación en casa, ahora que ha vuelto con su esposo, pero... —niega con la cabeza—, siempre sonrío con tristeza y desvía la conversación. Me da tanta lástima, con lo buena chica que es. Yo esperaba que usted y ella al menos continuaran siendo amigos.

—No, no somos amigos —le aclaro por si acaso, sin el menor remordimiento. No creo que Fiorella y yo consiguiéramos ser amigos.

—Reconozco que en esta ocasión me ha fallado la intuición —admite con pesar.

—No se preocupe tanto por los demás —le digo sonriendo comprensivo—. Y piense en usted, en lo importante.

Niega con la cabeza.

—A mí me quedan dos telediarios, tres siendo optimista, así que para mí es un placer poder ayudar a los que me rodean.

«Vaya, si al final voy a terminar ablandándome», pienso torciendo el gesto.

—Debe cuidarse...

—No voy a desistir, quiero verle casado con una buena mujer.

Arqueo una ceja y me recorre un escalofrío. Nunca he querido pensar en bodas ni nada semejante.

Quiero decirle que no se esfuerce tanto, que soy un caso perdido, pero me doy cuenta de que la señora Galiana, aparte de aburrirse, se preocupa por mí.

Tras esta reveladora conversación, consigo despedirme de ella prometiéndole que seré buen chico. Por fin en casa, saludo a Luisa, que está planchando unas camisas, y me voy directo a la ducha. Paso por alto el hecho de que lleva unos *shorts* vaqueros demasiado cortos y apretados para realizar labores domésticas, y no solo eso, la

camiseta tiene un escote que, como se descuide, me salta un ojo con una teta.

Luisa ha canturreado un «buenos días, Xavi» y yo me he limitado a responder con un gesto. No tengo ganas de meterme en más problemas.

Bastante tengo ya con la conversación y las revelaciones de la vecina. Fiorella viene por aquí todas las putas tardes sin faltar una, ha dicho. Joder, qué sangre tan fría.

Y yo, cada día más consciente de lo gilipollas que soy, solo me pregunto a qué hora vendrá exactamente y, para ser aún más patético, acabo meneándomela bajo la ducha pensando en ella.

Es para darme de hostias.

* * *

Hay días que empiezan bien. Al levantarte te das cuenta de que mucho tienen que torcerse las cosas para que acabes subiéndote por las paredes. Esa era mi creencia hoy por la mañana, mientras me arreglaba para ir a trabajar.

Pues bien, todo y todos se han confabulado en mi contra, porque otra explicación no se me ocurre.

Primero, mi discusión con Bea. No ha sido, como se podría creer, por cuestiones de trabajo. Cuando ha aparecido por mi despacho preguntando si necesitaba hablar, he intuido por dónde iban los tiros y, claro, ya me ha predispuesto a comportarme como un borde de cuidado. No ha entendido que si le contesto la primera vez que yo no hablo de mis asuntos privados, no voy a cambiar de parecer por mucho que insista.

Bea ha venido en plan «coleguitas» para charlar de asuntos personales, en concreto de los míos, lo que ni borracho pensaba tolerar. Me he tenido que poner en plan jefe cabrón y recordarle que no vamos al Cien Fuegos a parlotear, sino a trabajar. Me ha mirado en plan madre que intenta amedrentar a su hijo y hasta me ha arqueado una ceja. Y no contenta con eso, ha empezado a decir sandeces.

—Xavi, reflexiona. Llámala, no seas orgulloso —ha dicho, poniéndome de mal humor.

—Lárgate antes de que pierda la paciencia —le he advertido.

Y ella nada, erre que erre.

—Sé de lo que hablo, merece la pena esforzarse, ceder. A veces hay que luchar con uñas y dientes por la persona que quieres.

Yo he torcido el gesto.

—¿No estás dando demasiadas cosas por sentadas?

—A mí no me engañas. Fiorella no ha sido solo un rollo —ha aseverado, adoptando un tono de psicóloga barata—. Puede que al principio fuera un ligue más, pero después... —Niega con la cabeza—. A mí no me engañas.

—Se acabó —he dicho, apremiándola a largarse de mi despacho. Incluso he abierto la puerta para que me dejase en paz.

—Te estás obcecando, Xavi, de verdad. Recapacita.

—¡Que te largues!

Al fin he conseguido quedarme solo, con la cabeza como un bombo por culpa de tantos topicazos seguidos. Y luego, cuando estaba cogiendo el ritmo de trabajo, he recibido una llamada que ha terminado de sacarme de mis casillas.

Discutir con un proveedor entra en mis obligaciones, hasta ahí todo perfecto, pero la cosa se ha complicado más de la cuenta. No me gusta amenazar, sin embargo, me he visto obligado a ello, pues no puedo permitir que un fallo se repita.

Así que tras el segundo contratiempo del día, me he dicho: «Ahora ya no se pueden complicar más las cosas». Pero no hay dos sin tres y en ese momento he recibido una llamada de quien menos me esperaba: mi madre.

Y no ha sido una llamada de esas sencillas, para charlar un rato sobre nada en particular, no, nada de eso. Viene a verme. ¡Joder! Y rara vez viaja sola, lo que significa que mi padre también aparecerá. No me apetece disimular delante de él para no enfadar a mi madre, que ella lleva fatal lo de nuestros constantes enfrentamientos.

He intentado disuadirla con las excusas de siempre, exceso de trabajo, reformas en casa, no tenemos ascensor y vivo en un ático... pero nada, no se ha desanimado y la tendré aquí la semana que viene.

Así que, incapaz de permanecer sentado en mi despacho y de concentrarme en los papeles, he cogido la bolsa de deporte y me he largado al gimnasio, porque, aunque me apetecía salir a correr, no está hoy el clima muy a mi favor.

Mientras me ejercitaba, aparte de recordar la sarta de topicazos que me ha soltado Bea, he hecho cábalas sobre los posibles motivos por los que mi madre ha decidido venir. Por lo general solo nos vemos en las fechas señaladas, a no ser que haya algún evento familiar, pero que yo sepa no hay ninguno a la vista... Total, que su decisión me deja intranquilo.

Me ha venido bien la hora que he pasado quemando calorías y mala hostia en el gimnasio así que me voy para casa con la firme intención de darme una ducha y después evitar a la humanidad hasta el día siguiente. No quiero ver a nadie y para eso nada mejor que quedarme en casa y desconectar el móvil, que siempre hay algún tocapelotas dispuesto a jorobar los planes.

Al entrar en el portal, he terminado de convencerme de que no es mi día. No funciona el ascensor por tareas de mantenimiento. Así que no me queda otra que subir hasta el ático a pie.

—Cojonudo —mascullo, recolocándome la bolsa de deporte—. ¡Con las ganas que tengo de ducharme!

Refunfuñando como una vieja a la que le pisan un juanete, comienzo la ascensión. Decir que el día se me está haciendo cuesta arriba, en este momento es una ironía, pero me va al pelo.

Lo bueno de estar en forma es que no me supone un gran esfuerzo, es solo un poco más de ejercicio, pero me quejo porque me joroba que esto pase justo el día que

más ganas tengo de llegar a casa.

Nada más me falta una planta, cuando oigo un ruido muy característico. Miro a mi alrededor, no hay nadie, así que el sonido de una llave girando en la cerradura tiene que venir del ático.

Enfilo el último tramo de escalera y lo primero que veo son unas piernas hundidas en unas medias negras.

—¡Qué susto me has dado! —exclama Fiorella al verme aparecer.

La miro. Joder, joder, joder.

Mira que me las he ingeniado para evitarla, procurando no aparecer a la hora que se supone que viene a ver a la señora Galiana. Algunos días hasta he dado tres o cuatro vueltas a la manzana con el coche como si buscara aparcamiento, cuando resulta que tengo una plaza en el edificio.

—Hola —es todo cuanto digo y en un tono desagradable, no he podido evitarlo.

Busco las llaves en la bolsa, quiero entrar en mi apartamento cuanto antes.

—He venido a...

—Me importa una mierda a lo que has venido —la interrumpo grosero.

Fiorella arquea una ceja ante mi tono. Me importa un carajo, la verdad. Le doy la espalda, mejor no mirarla.

Lo que debo hacer a continuación es muy fácil. Meter la llave en la cerradura, hacerla girar, empujar la puerta y se acabó, estaré dentro, a salvo. Fin de los problemas.

No sé si es mi subconsciente, o Bea que me ha metido pájaros en la cabeza y me ha sugestionado, o yo que estoy muy mal de la cabeza, pero dejo caer la bolsa de deporte al suelo y me acerco a Fiorella para acorralarla contra la pared.

Y ella, en vez de empujarme o mandarme a paseo, se humedece los labios y me mira fijamente.

Este es uno de esos momentos en los que haga lo que haga la voy a pifiar, no me cabe la menor duda.

* * *

—No me apetece darme una ducha fría —susurro con mi boca casi pegada a la suya.

Fiorella se muerde el labio, ni parpadea.

No sé cómo tomármelo, ¿no es un poco extraño que no replique?

Inspiro hondo. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Hasta siento frío, quizá porque llevo la ropa aún empapada de sudor tras mi sesión de gimnasio.

Tanto silencio me inquieta y excita a partes iguales.

—Tal como están las cosas —murmuro, ya que ella sigue muda—, solo tienes dos opciones. La primera y más sensata es dar media vuelta y largarte por donde has venido.

Fiorella coge aire y yo me revoluciono. Me acerco todavía más. Le aparto el pelo para pegar los labios a su oreja.

—La segunda, entrar en mi casa, arrodillarte y chupármela hasta que me corra en tu boca.

¿Ha gemido o son imaginaciones mías producidas por mi estado de excitación?

La ropa de licra que llevo se me pega al cuerpo y no puedo ocultar que estoy cachondo. Y mucho además. Fiorella es muy consciente de ello, pues me aprieta contra ella, encajando casi a la perfección en su pelvis. Si separa un poco más las piernas... hasta me podría restregar como un perro. Maldita sea, qué bajo estoy cayendo.

—Yo tengo una tercera sugerencia —murmura en mi oído, poniendo una mano sobre mi erección. No aprieta, deja que el simple contacto me vuelva loco.

Joder, qué lista es.

Gimo sin poder evitarlo y trago saliva para preguntar:

—¿Cuál?

Fiorella hace conmigo lo que quiere, a las pruebas me remito.

—Podría... —Hace una pausa. Me muerde el lóbulo de la oreja con suavidad, a modo de promesa. Definitivamente estoy perdido—... Observar cómo te das esa ducha... fría.

—Joder... —Jadeo, porque su mano se vuelve más resolutiva. Me manosea a su antojo, logrando convertirme en un títere.

—Tú decides —añade con un toque de lo más perverso.

Esto de ponernos a tono en el descansillo se está convirtiendo en un hábito peligroso, pero tan excitante que la única reacción posible es dejarse llevar por la tentación.

Y lo hago. Deslizo una mano por debajo de su falda, recorriéndole ansioso la pierna hasta llegar a sus bragas. Así, al tacto, deduzco que lleva uno de esos *culottes* que resultan tan sexis. No pierdo el tiempo e introduzco la mano dentro para meterle un dedo, siendo muy consciente de lo brusco que he sido.

Fiorella jadea. No parece disgustada por mi toque rudo, más bien todo lo contrario, pues me muerde el cuello. Yo quiero devorar su boca y con la mano libre la agarro de la nuca, obligándola a mirarme para poder besarla. Ella se muestra todo lo receptiva que necesito para proseguir.

Continúo tocándola entre las piernas, solo con un dedo, no voy a permitir que se corra; quiero sacar un poco de ventaja, pues sé que en cuanto estemos dentro de casa, seré yo quien caiga a sus pies. Con la lengua recorro cada recoveco de su boca, la muerdo incluso arqueándome, como si de verdad me la estuviera follando.

—Ya no hay marcha atrás —gruño al alcanzar un nivel de excitación muy difícil de soportar.

—Pues abre la puerta o fóllame aquí —replica ella y no puede ser más explícita.

A pesar de que la tentación de hacerlo es muy fuerte, me queda un mínimo

sentido común y me aparto, torciendo el gesto al perder el contacto.

Le acerco a los labios el dedo con el que he estado masturbándola y Fiorella lo chupa.

No albergo dudas.

Abro la puerta con ella pegada a mi espalda, siguiéndome sin vacilaciones.

Una vez dentro, me lanzo como un animal en celo. Creo que hasta le he hecho daño al empujarla contra la pared. A trompicones, llegamos hasta el cuarto de baño de mi dormitorio; no voy a ser tan idiota de ir al otro y arriesgarme a que recapacite, aunque por cómo me mira y jadea, dudo mucho que se largue dejándome empalmado.

—Levanta los brazos —ordena, tirando de mi camiseta deportiva.

Obedezco y después ella se encarga del resto de la ropa. Yo mismo me quito las zapatillas y los calcetines mientras abre los grifos.

Tengo una erección que debería ser atendida cuanto antes, pero no pasa nada por asearme antes del sexo oral.

—Su baño está listo, señor —me indica Fiorella en un tono servil tan falso que me hace sonreír de medio lado.

—¡Joder! —grito al notar el agua helada sobre la piel. Con el recalentón que tengo es como si fueran alfileres.

—Una ducha fría, tal como has pedido —murmura, regodeándose ante mi cabreo y mira de reojo mi polla por si acaso se ha visto afectada.

—Ven aquí... —digo con voz ronca y ella se percata de un hecho irrefutable: la venganza es inmediata y además se sirve fría.

Antes de que se me escape, la sujeto del brazo y tiro para meterla dentro conmigo.

—¡Cabrón! —chilla, intentando apartarse, lo que, por supuesto, no voy a permitir.

—Lo tomaré como un cumplido —replico besándola.

Aparte de la satisfacción que me produce tocarla, tenerla a mi disposición, es un añadido verla en la ducha con la ropa empapada. Hay una razón más, sin duda la más sibilina y rastrea, no lo niego: pensar que quizá no disponga de ropa seca para cambiarse y se vea obligada a quedarse toda la noche.

Tras besarla a conciencia, pese al agua fría, me ocupo de regular el agua. A los pocos segundos la temperatura resulta agradable, mucho más acorde con el ambiente sexual que se respira.

Nos miramos a los ojos. Con la elegante blusa empapada, Fiorella resulta aún más excitante si cabe. No pienso quitársela. Me gusta. Me aparto el pelo mojado de la cara de un manotazo. Me desharé solo de lo imprescindible y mis manos van directas a la cremallera de la falda, que arrastro hacia abajo junto con el *culotte* azul marino. Se queda solo con las medias y la blusa.

—Levanta una pierna —ordeno, empujándola hasta que queda bien pegada a la pared del fondo—, y rodéame con ella la cintura.

—¿Así? —pregunta coqueta, pasando las manos por la parte superior de sus muslos, justo la porción que no cubren las medias.

—Más o menos —gruño, por mostrarse tan poco predispuesta a dejarse guiar, a la par que desafiante—. Pero si quieres que esto salga bien, necesito un poco más de colaboración.

—Te seré sincera —ronronea sin dejar de tocarse—. Lo de follar en la ducha debe de tener su encanto, no lo pongo en duda.

Arqueo una ceja mientras me acerco a ella, dispuesto a tomar el mando.

—Da la impresión de que no lo hayas hecho nunca —me aventuro a decir.

—Pues no, señor Quijano. No todo el mundo dispone de su excelso currículo.

—Reconozco que no es fácil —admito, besándola en el cuello para que nada se enfríe.

—No niego que es una fantasía muy recurrente, pero ¿es seguro? —inquire, agarrándome la polla.

—¿Seguro?

—Me refiero a si no acabaremos rompiéndonos la crisma, porque esto resbala —contesta, señalando el plato de ducha.

—Tú déjame a mí —digo.

Lo que tiene que hacer uno por echar un polvo...

* * *

—¿Así es como van a funcionar las cosas a partir de ahora?

—¿Hummm? —musita Fiorella estirándose a mi lado en la cama, en una pose sugerente aunque un tanto ensayada.

Echa los brazos hacia atrás y permanece con los ojos cerrados. Yo me quedo acostado de medio lado, observándola. Puedo buscar mil razones para no hacerlo, la principal es que, llegados a este punto, pocas cosas me sorprenden, sin embargo, sigo con atención cada uno de sus movimientos.

—Contesta —la apremio, recorriendo la distancia que va desde el canalillo hasta el ombligo una y otra vez.

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de que eres una mujer casada, para empezar.

—Ni se te ocurra decir que pertenezco a otro —me advierte con voz serena, aunque su tono delata que es un tema importante para ella.

—No soy tan arcaico —me defiende y ella frunce el cejo—. Llámame quisquilloso, pero me gustaría saber si vas a aparecer por aquí; a ser posible con suficiente antelación.

—Pues... no sabría decirte. Es la primera aventura extramatrimonial en la que me veo inmersa.

Ahora es mi turno de torcer el gesto ante la fina ironía que destilan sus palabras. Fiorella prosigue:

—Pensaba que tú, al tener más experiencia, podrías ilustrarme.

—Si te lo pregunto —digo pasando por alto el doble sentido—, es para no llevarnos sobresaltos.

—Me parece bien.

No me atraganto de milagro. Cada vez me cuesta más mantener una apariencia calmada cuando por dentro estoy hirviendo.

—Puedes venir siempre que te apetezca o necesites un buen revolcón —yo también puedo ser cruel—, pero si avisas antes, mucho mejor. Con un mensaje me vale.

—¿Tan apretada tienes la agenda?

Fiorella se sienta en la cama, abandonando su postura de modorra poscoital y adoptando otra más combativa. Lo intuyo y me encanta que presente batalla. Es una de las cualidades por las que me tiene loco, aparte de por cómo es en la cama, por supuesto.

Follar con ella es un placer no solo físico. Es un constante reto. Me desafía, me complace, me enerva y me la chupa como hace un rato, de rodillas, a los pies de la cama, en una pose falsamente sumisa mientras yo no he tenido que hacer nada en absoluto; solo gozar.

Porque si bien mi intención inicial era empotrarla en la ducha, no ha sido posible. Y mira que lo hemos intentado, conmigo todo chulo vanagloriándome de saber cómo hacerlo, no obstante, al final se ha impuesto el sentido común y he preferido no acabar con algún hueso roto.

Eso sí, han sido unos preliminares cojonudos, se podría decir que los más alucinantes que recuerdo. Joder, qué pasada. Tocándonos, frotándonos, acariciándonos...

Cómo mínimo ha habido cuatro intentos de penetración, en los que he fracasado. Sin embargo, lo hemos pasado en grande, porque en cada aproximación fallida rozaba con la punta de mi polla cada pliegue y, al no metérsela, la estimulación de la zona ha sido espectacular, tanto para ella como para mí.

Y de propina las carcajadas, las bromas y las miradas cómplices.

—¿No vas a responderme? —exige y me doy cuenta de que me he puesto a recrear cada minuto vivido y me he olvidado de la cuestión.

—¿Mi agenda, dices? —Lo pienso antes de responder—. Pues sí, suelo tener compromisos a menudo, de ahí que me convenga organizar las citas.

—Entendido... —contesta, en apariencia indiferente—. Procuraré avisar con el tiempo suficiente, no te preocupes.

—Gracias —replico, aunque tenga ganas de gritarle algo así como: «¡joder, qué pachorra tienes!».

—Aunque... —se vuelve hacia mí para mirarme reflexiva; se me van los ojos a sus tetas sin poder evitarlo—, en caso de presentarme sin avisar, ¿qué ocurriría si te pillo ocupado?

Vale, lo capto, me está provocando.

—En principio no tiene por qué ocurrir nada. Somos adultos, quedamos para otro día y tan amigos —respondo aparentando indiferencia.

—Sí, me parece bien —dice; sin embargo, algo le ronda la cabeza, lo presiento.

—Ah, y prometo que con las demás usaré condón —apostillo, lanzándole un órdago.

Hoy es la primera vez que hemos follado a pelo. Ha sido ella quien me lo ha permitido, ya que al volver con su marido se ha ocupado del tema de la contracepción.

Por mí cojonudo.

—¿Me dejarías mirar?

—¿Cómo dices?

—Si me presento aquí sin avisarte antes y estás con otra, quiero decir.

—¿Te pondría cachonda ver cómo me follo a otra? —pregunto perplejo.

Se encoge de hombros.

—No lo sé... aunque tengo curiosidad, no lo voy a negar. Compréndelo, yo nunca he visto follar a nadie en vivo y en directo. Supongo que para ti es algo que hace mucho que perdió el interés...

Ya estamos otra vez atacando. No se rinde. Qué pedazo de cabrona.

—¿Solo mirarías? —sigo indagando, evitando, por supuesto, disimular mi desconcierto ante el cariz que está adquiriendo la conversación.

—Mi intención no es incomodar a nadie.

—Te invito a cenar —zanjo la cuestión.

Debería preguntarle primero si puede quedarse toda la noche, pero es mejor ser optimista.

Abandono la cama y me dirijo al armario en busca de ropa cómoda para ambos.

—No me has respondido —me recuerda con aire jocosos.

—Sí, claro que puedes mirar cómo me follo a otra, cómo gime mientras paso la lengua por su sexo, cómo me monta hasta que me corro, e incluso puedo dejar que me la chupes después. Si lo prefieres, llamo a alguna amiga a la que también le gusten las mujeres y así todos contentos.

Fiorella ha dado un respingo ante lo vulgar y explícito de mis palabras. Que aprenda a no llevarme al límite, porque soy de los que mueren matando.

Le paso unos bóxers y una camiseta.

—Gracias.

No sé si me las da por la ropa o por el ofrecimiento.

—De nada —murmuro suspicaz.

Me pongo yo también ropa de estar por casa, no vulgar pero sí cómoda, y me largo a la cocina sin esperarla. Tras una mamada y un polvo, el buen humor se presupone, pero yo estoy muy tenso. Fiorella posee la dudosa habilidad de cabrearme como ninguna antes y al mismo tiempo excitarme hasta un límite peligroso, al menos para mi estabilidad emocional. Nunca me he dejado mangonear por una mujer y no

voy a tolerar que ella, con sus juegos, idas y venidas, lo haga.

Es lo que pienso mientras abro el frigorífico y echo un vistazo al contenido. Dispongo de una cena variada, pero me decido por platos fríos. Oigo sus pasos. Camina descalza hacia mí y se sienta en uno de los taburetes. Soy muy consciente de que me observa.

—Esos pantalones azules te sientan muy bien —dice, refiriéndose a los que he elegido tipo yoga.

Me limito a encogerme de hombros, no soy inmune a sus halagos, pero mejor que ella no lo sepa.

—Enseguida estará lista la cena.

—¿Puedo ayudarte en algo? —se ofrece educada.

—Elige el vino —respondo, señalándole la vinoteca y yo me recreo la vista viendo mis bóxers tapar un estupendo culo, que por cierto un día de estos tengo que follarme. Reconozco que he sido muy cuidadoso a la hora de elegir qué ropa le prestaba, pues le he entregado la camiseta blanca más pequeña que tengo, para que se le marque todo.

Sirvo la cena y charlamos de asuntos banales, algo de política, un poco de trabajo, una pizca de cotilleo, nada que resulte comprometedor.

Con Fiorella no tengo que preocuparme por la comida. Da gusto observarla. Disfruta de unos de los pocos placeres que se pueden tener con la ropa puesta, según mi opinión. Se sirve la comida justa en el plato y sus modales son impecables.

—¿Y de postre? —me pregunta y, aunque me gustaría que su tono implicara algo más, salta a la vista que se refiere a la comida.

Como buen anfitrión, reviso las provisiones y pregunto:

—¿Natillas de naranja o helado de cereza?

—Hummm... Difícil elección. ¿Podría probar los dos? —pregunta con una mirada golosa que me hace sonreír.

—Faltaría más.

Le preparo una ración de ambos postres y yo, que no soy muy aficionado al dulce, me conformo con verla a ella.

Mueve la cucharilla indecisa de un plato a otro. Me hace gracia y me doy cuenta de que gestos quizá tontos como este son los que hacen cómplices a las personas.

Tras este inquietante, sensiblero y sobre todo inusual pensamiento, me concentro en ella. Al final se decide por las natillas. Cierra los ojos, gime y chupa la cuchara de una manera... ¿Qué hombre heterosexual en edad de merecer no reaccionaría?

Dirijo medio segundo la mirada a mi entrepierna y sí, he reaccionado.

—Si vuelves a gemir otra vez de esa forma, vuelco todo el postre sobre tu cuerpo y empiezo a lamerte aquí mismo.

—¿De verdad? —ronronea, antes de atacar el helado de cereza.

La muy bruja no hace nada especial, aparte de chupar más de lo recomendable la maldita cucharilla.

—Haz la prueba...

* * *

Lanzar un desafío semejante debería hacer que me sintiera mejor, pero no es así. No tengo muy claro si quiero que acepte, pues hacerlo significa que ella me tiene en sus manos. No soy tan obtuso. Cualquiera otro tío, al contemplar la posibilidad de follar, sería incapaz de ver más allá, pero a pesar de tenerla bien dura, soy consciente de que me está manipulando.

La cuestión es: ¿me apetece dejarme manipular?

Soy un hombre, ¿qué chorrada de pregunta es esa? Pues claro que sí, ya me arrepentiré (si procede) más tarde.

Cruzo los brazos a la espera de que Fiorella haga el siguiente movimiento.

Ella deja la cucharilla en el plato del helado, se agarra el bajo de la camiseta, se la saca de un solo movimiento, mete los dedos en el helado y se los acerca a la boca. No se los chupa, en vez de eso (como si no fuera ya suficiente desafío) se los desliza por el escote embadurnándose el canalillo y después los unta de nuevo para frotarse los pezones.

—Estoy siendo tan egoísta y desconsiderada... —comenta con un suspiro, mirándome fijamente—. Yo aquí, comiendo como si no hubiera mañana, y ni siquiera te he ofrecido un poco para probarlo.

—Muy desconsiderada, sí —admito mientras recorro a toda mi fuerza de voluntad para permanecer sentado y con actitud indiferente.

—De ahí que quiera compartir, aunque sea una pizca, este estupendo postre...

—Come tranquila, hay más en la nevera —contesto y Fiorella disimula una sonrisa ante mis palabras que pueden parecer un rechazo, pero no lo son.

—Ah, genial —musita y utiliza de nuevo la cucharilla para atacar las natillas, sin embargo, da la impresión de que así, por las buenas, haya perdido sus exquisitos modales, porque «accidentalmente» se mancha aquí y allá.

Aquí significa un pecho y allá el ombligo.

—Necesitas una servilleta —digo, tendiéndole una.

—Gracias —contesta, aunque solo se limpia la comisura de los labios, al más puro estilo niña recatada.

—¿Vas a repetir?

—Sí... tomaré otra ración —murmura sugerente.

Eso implica que tengo que levantarme y sacar del frigorífico más cantidad, amén de acercarme a ella para servírsela en el plato.

—Túmbate sobre la mesa, he cambiado de idea y al final sí me apetece tomar postre —le digo, con una ración de helado en la mano.

Mi tono ha sido lo bastante bajo y ronco como para que resulte evidente mi intención.

Fiorella inspira hondo sin dejar de mirarme y muy despacio se baja del taburete y se acomoda sobre la mesa, dejándose caer con lentitud y ofreciéndose por completo a mí, como si de un ritual *nyotaimori* se tratara.

Yo ya he presenciado antes este tipo de práctica, pero con una profesional entrenada para permanecer inmóvil, y lo he hecho sin ninguna emoción; solo lo disfrutaban los babosos que se fijan tan solo en la desnudez de la mujer.

Lo más interesante del *nyotaimori* es observar las reacciones de la mujer en cuestión, cómo contiene la respiración cuando alguien la roza, cómo se excita e intenta disimularlo o cómo termina moviéndose, saltándose las normas. En el caso de Fiorella, dudo mucho que se contenga y lo más probable es que ya esté cachonda, así que será divertido.

Vierdo parte del contenido del helado sobre su ombligo y ella sisea ante la impresión. Dejo el cuenco a un lado y con la yema del dedo extendiendo el helado llegando hasta el elástico de los bóxers pero sin apartarlos.

Fiorella se apoya en los codos para ver mejor y le sonrío de medio lado. No tengo la más mínima idea de qué hacer, pero no voy a admitirlo. Lo mejor será ir improvisando sobre la marcha. Me entretengo embadurnándola y para ello nada mejor que moverme a su alrededor. No parece hacerle mucha gracia, a juzgar por la cara que pone.

Me inclino y solo le paso la punta de la lengua por un pezón, lo imprescindible para que se vuelva loca. Ella gime y de nuevo se mueve, yo chupo con más ahínco y entonces siento que alguien me azota.

—¿Nadie te ha dicho que debes permanecer lo más quieta posible? —pregunto y ella niega con la cabeza sin dejar de tocarme el trasero.

—No solo quiero tocarte el culo... —responde, tirando de mis pantalones hacia abajo.

Como no podía ser de otro modo, mi polla queda a la vista y su mano empieza a tocarme. Dejo de pensar, cierro los ojos y adelanto las caderas. Jadeo encantado de pie en la cocina. Todo está manga por hombro y yo tan solo me preocupo de una cosa: correrme.

—Si te acercas un poco más... —sugiere, dándome un pequeño tirón.

Entonces me doy cuenta de que de nuevo ha tomado el control y que mi idea de jugar (a lo que se me ocurra) se ha ido al garete. Fiorella siempre logra darle la vuelta a la tortilla.

—Ya jugarás con eso más tarde —murmuro, subiéndome los pantalones y privándola de su entretenimiento—. He dicho que quería postre...

Ella sonrío de medio lado y se reclina hasta quedar tumbada del todo. Pega los brazos al cuerpo y cierra los ojos.

Otra vez su pose de falsa sumisión.

Aprovechémosla mientras dure.

—Abre las piernas —le digo en voz baja y obedece a medias.

Yo dejo caer una más que generosa cantidad de helado en su estómago y empiezo a extenderlo con los dedos. Si Bea supiera lo que hago con una de sus recetas, se pondría colorada y probablemente no permitiría que me volviese a llevar ni media ración a casa. Rodeo sus tetas y dejo que el helado se vaya derritiendo hasta escurrirse por los costados, manchándola hasta las axilas. Continúo en el cuello, los hombros... todo menos un punto. Sigue con su sexo cubierto, no quiero que esto sea tan evidente y ella se inquiete. Ya veremos si lo consigo.

Me inclino y recorro con la punta de la lengua cada línea que he dibujado previamente con los dedos, hasta llegar a su garganta. Estoy de pie a un lado y entonces caigo en la cuenta de que, para tenerla más expectante y desesperada, lo mejor es situarme entre sus piernas abiertas, pero primero me deshago de la camiseta para no embadurnarla.

—Hummm —ronronea al entender mis intenciones.

La agarro con brusquedad por detrás de las rodillas hasta encajar y adelanto las caderas para frotarme contra su sexo. Después me inclino y musito:

—Procura no moverte...

—Esto... una cosa, ¿no deberíamos desnudarnos antes? —pregunta burlona.

—Saber que te mueres por mi polla es sin duda un halago, pero de momento déjame tomar el postre.

—Menos humos, señor Quijano, que si bien no tengo ninguna queja sobre el tamaño y funcionamiento de su miembro viril, debo informarle de que en el mercado existe una variada gama de productos que pueden sustituirle sin problemas —dice con un tono que podríamos llamar académico.

Ambos estallamos en carcajadas.

—Admito, señorita Vizcaíno, que algunos de esos sustitutos me superan en tamaño, flexibilidad y, por supuesto, variedad cromática, no obstante, nada de eso que usted menciona puede hacerle esto...

Y sin más explicaciones voy a por su boca, que beso de forma sensual, sintiendo cómo al apoyarme sobre su torso pringado de helado yo también he acabado manchándome; es increíble cómo resbala.

—Ni esto tampoco —añado, comenzando a chuparle los pezones y mordisqueárselos hasta que empieza a jadear y arquearse pidiéndome más.

Y se lo voy a dar...

Me voy deslizado hacia abajo y siento sus manos enredándose en mi pelo cuando con la punta de la lengua jugueteo en su ombligo.

Coloco las manos en el elástico de los bóxers y contiene la respiración. Los arrastro despacio, descubriendo poco a poco su sexo, aún limpio de helado.

Miro un instante hacia arriba, Fiorella mantiene los ojos cerrados. Perfecto, agarro el bol de helado ya casi derretido y echo todo el contenido entre sus piernas, empapando su coño.

—¡Xavi! —grita.

—¿Sí? —pregunto con cara inocente.

—Espero que lo dejes todo bien limpio —apostilla.

—Pásame la cucharilla...

Fiorella se lo piensa, quizá confusa, y al final me la entrega sin duda contrariada, pues lo evidente es utilizar la lengua. Sin embargo, quiero divertirme y, adoptando una actitud un tanto indolente, utilizo la cucharilla para disfrutar del postre.

Está realmente bueno, eso ya lo sabía, pero toda la situación le confiere un ingrediente extra y excitante. Ni que decir tiene que aprovecho cada vez que cojo helado para rozar sus pliegues, incluso estoy tentado de «rebañar el plato».

—¿Está bueno? —me pregunta con un jadeo entrecortado, porque me las he ingeniado para rozarle el clítoris.

—Exquisito...

Lo voy a disfrutar hasta la última gota.

A Fiorella cada vez le resulta más complicado permanecer quieta. Aprieta los puños y hasta frunce el cejo. Lo está gozando, pero al mismo tiempo sé que quisiera estamparme el bol de cristal en la cabeza.

Cuando me parece que todo está lo bastante limpio, se me ocurre el toque final para volverla loca o que me abandone definitivamente, pero qué cojones, hay que divertirse y jugar.

—Buenísimo... —comento en voz baja.

Así que con el dedo le doy el toque de gracia: recorro su sexo abierto y, con lentitud, para que ella lo vea bien, me lo llevo a la boca y lo chupo exagerando.

—Cabrón... —murmura sonriendo, sin duda elucubrando la forma de devolverme el «favor».

—Gracias, pero todavía lo puedo ser mucho más...

—Palabras, palabras...

Arqueo una ceja y apoyo las manos en la cara interior de sus muslos, obligándola a abrirlos y quedar todavía más expuesta. Me bajo un poco el pantalón, lo justo para provocarla. Ella se tensa, mira a su alrededor buscando algo que arrojarle a la cara, pero no lo encuentra. Le muestro un poco más de piel, traducido: la punta de mi polla. Ambos respiramos cada vez con más fuerza.

Y yo, joder, que soy un tío y ya no puedo más, mando a paseo todo el numerito de seducción y sin más preámbulos me deshago del pantalón, me agarro la erección y se la meto.

—Por fin —suspira, antes de besarme al tenerme a su alcance.

—No puedo estar más de acuerdo —convengo, retirándome para volver a penetrarla, imprimiendo un ritmo constante, porque ya no puedo pensar en otra cosa que no sea correrme.

Y lo voy a conseguir. Fiorella se retuerce, me atenaza con las piernas, gime, me agarra del pelo. Está tan a punto como yo. Cuando me muerde el labio inferior pidiéndome que sea más contundente no dudo en obedecer. Hasta que toda la tensión

se acumula en mis pelotas y gruño al correrme.

Me apoyo en su pecho, resoplando por el esfuerzo. Siento sus manos acariciándome la espalda. Un gesto tierno que me confunde, porque no estoy acostumbrado, pero tampoco quiero sacar conclusiones.

—¿Xavi?

—¿Hummm?

Levanto la cabeza y la miro. Ella sonrío, sin duda satisfecha con el polvo, ¿qué digo polvo?, polvazo que acabamos de echar en la cocina. Yo sigo en su interior, desde luego no hay mejor sitio para mi polla.

Y antes de que pueda apartarme, Fiorella me pasa la mano embadurnada de natillas por la cara, restregándomela a conciencia.

—Pero ¿qué...?

—Por si querías un poco más de postre.

* * *

Cuando salgo del baño recién duchado, con la intención de vestirme para ir a trabajar, Fiorella ya se ha puesto su ropa arrugada y está toda digna mirándose al espejo.

—Si quieres te acerco con el coche a casa.

—No, es mejor que llame un taxi —me responde y me doy cuenta de que a pesar de que hemos pasado la noche juntos y revueltos, ella va a volver a su casa.

—Como quieras —murmuro, dirigiéndome al vestidor.

Cuando me estoy abrochando la camisa, Fiorella se acerca y dice:

—La semana que viene no voy a poder verte.

Si me llega a dar una patada en los huevos, me habría dolido menos.

—Vale, como hablamos anoche, basta con que me avises —respondo, tragándome la mala hostia.

Ella se acerca y me deja aún más confuso, y sobre todo cabreado, cuando me acaricia la mejilla, me mira y termina acercándose para besarme en los labios.

—Tampoco es fácil para mí.

Con esa frase lapidaria se despide y a mí no me queda más remedio que ir a trabajar, pese a que me gustaría pasar por el gimnasio y dar golpes a algo para desfogarme.

* * *

Por suerte, en el restaurante todo parece funcionar como siempre. Como tengo que sacar de alguna manera la mala leche, voy en buscar de Bea para provocarla, por supuesto. Le mencionaré algo sobre su helado y disfrutaré viendo cómo se sonroja. La encuentro charlando con quien menos me espero. Aprieto los puños. A la mierda la normalidad, hasta en mi trabajo tienen que tocarme los cojones.

—Mira, aquí está —dice Bea al verme.

—Hola, mamá —respondo con poco entusiasmo, pues no me hace ni puta gracia que haya venido.

—Bueno, Candela, encantada de haberte visto —añade Bea cariñosa y ambas se despiden con un beso.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunto a mi madre y me doy cuenta de que he sido un poco desagradable, pero es que la actitud de Fiorella me ha dejado descolocado, gruñón y con ganas de meterme con alguien.

—Hace quince minutos. Ya sé que no te gusta que aparezca por tu trabajo.

Le digo que me acompañe al despacho. Ella tiene razón, no me gusta que la vida personal se mezcle con la profesional. De no imponerme, en vez de un restaurante tendría aquí un patio de colegio, con madres, maridos, primos y demás familia pululando por el local.

—¿Qué tal papá? —pregunto solo por cortesía.

—No lo sé —responde en voz baja y me deja perplejo, pues mi madre vive y respira por él.

—¿Y eso?

—Me ido de casa.

—¿Perdón? —La miro sin dar crédito.

—He pasado dos días en casa de una amiga, pero ya no puedo quedarme más...

—Joder... —mascullo, preparándome para lo peor, es decir, mi madre necesita un techo.

—Xavi, por favor, no hace falta que seas grosero. Ya has dejado claro en multitud de ocasiones que no te gusta compartir tu espacio con nadie —me recuerda en tono severo—. Así que tranquilo, no voy a pedirte que me acojas en tu casa. Me alojaré en un hotel hasta que decida lo que voy a hacer.

Vale, mi madre acaba de echarme un rapapolvo y con razón. Ella nunca se ha metido en mi vida, no más de lo necesario en todo caso, y estuvo junto a mí en los momentos más difíciles, cuidándome con infinita paciencia. A pesar de que vivir a mi edad en la misma casa que mi madre es un claro paso atrás, no puedo dejarla en la calle.

Así que, antes de arrepentirme, saco un juego de llaves de repuesto y se las entrego. Por increíble que parezca, ella apenas me ha visitado en un par de ocasiones, por lo que le anoto la dirección.

La acompaño hasta la calle, donde la espera un taxi que le he pedido, y me despido de ella advirtiéndole seriamente que no se le ocurra preparar cena.

El resto del día lo paso ocupado con mis asuntos. Recibo una llamada de Gabino pidiéndome que me pase por el Exit para revisar las cuentas, pero le digo que no puedo. Que me mande las hojas de cálculo y ya las miraré cuando tenga un rato. Además, sé que hay beneficios, porque de otro modo Gabino no hubiera utilizado un tono tan alegre. Y cuando digo beneficios, me refiero a unos buenos ingresos. Es lo

que tiene el vicio, que rara vez deja de ser rentable.

Pero dejando a un lado el éxito de los negocios, hay dos pensamientos que me joden, y mucho. Por un lado Fiorella, caliente de noche, fría de día. Estoy hasta los mismísimos de su actitud, por no mencionar el detalle de que me he convertido en el «otro». Maldita sea, no es la primera casada a la que me follo, pero hasta la fecha me importaba un pimiento el estado civil de la mujer en cuestión, es más, hasta me resultaba morboso. Sin embargo, ahora existe una razón muy evidente para notar la diferencia: las otras, las que conocía en el club o en lugares similares eran una diversión, formaban parte de lo que se podría denominar un guion más o menos establecido. Ellas querían echar un polvo y yo también. Con Fiorella ha habido momentos de intimidad en los que no solo estábamos desnudos. Joder, si hasta me he tragado películas infumables por estar con ella.

Y por si mi inquietud por esa mujer no es lo bastante importante, ahora aparece mi madre.

¿Qué demonios habrá pasado entre mis padres?

Maldita sea, llevan casados casi cuarenta años. Mi madre besa el suelo por donde él pisa, lo cuida, lo mimas, es su sombra, y él encantado, por supuesto.

En fin, durante la cena no me quedará más remedio que hablar con ella y averiguar los detalles, porque ni loco llamo a mi padre para preguntarle.

A pesar de habérselo advertido, cuando llego al ático encuentro a mi madre en la cocina, charlando animada con Luisa, que sin duda le habrá contado detalles que ninguna madre necesita saber.

—Buenas noches, a las dos —digo con ironía, advirtiéndoles con la mirada que no admito tonterías.

No haber recibido ni un mensaje de Fiorella en todo el día me ha puesto de muy malas pulgas. De acuerdo, no tengo ni pajolera idea de cuándo volveré a verla, pero qué menos que un mensaje o algo. Yo no he querido enviarle uno, primero por orgullo y segundo por sensatez, pues puede que le complique la vida.

—Gracias por todo, Luisa —le digo para que se largue, que hoy ha hecho por lo menos tres horas extra.

—Adiós, Xavi —se despide ella con su ronroneo habitual.

Mi madre hace como que no se da cuenta.

—No te esperaba tan pronto —comenta mi madre con cautela después de que Luisa se vaya.

—No todas las noches acabo de farra por ahí —respondo con sarcasmo y me dirijo al dormitorio para cambiarme de ropa.

Cuando regreso a la cocina, ella ya ha puesto la mesa y servido la cena. Opto por no discutir y me siento. Ha cocinado ella, lo sé en cuanto miro los platos, como también sé, sin abrir la nevera, que ha ido a comprar al supermercado. Hábitos que no voy a lograr cambiarle, pese a que le haya explicado mil veces que no tiene por qué servirme, que para eso está Luisa.

—Ya recojo yo, tranquila —le digo al acabar.

No hemos hablado de nada importante. Me ha puesto al día sobre la familia. Una prima a la que no veo desde hace quince años se ha casado. Pues muy bien.

—Ahora vas a decirme lo que ha ocurrido en casa —le pido tras la charla insustancial.

—¿Tienes un lío con tu asistenta? —me replica, y yo resoplo.

—¿Con Luisa? ¡Joder, no! ¿Por quién me tomas?

—Eres un hombre y ella... salta a la vista que le gustas, además ha puesto de vuelta y media a una de tus amiguitas.

Tengo que hablar con Luisa y decirle que o se comporta o se va a la calle.

—Dejemos mi vida y dime qué ha pasado.

—No aguanto más a tu padre. —Arqueo una ceja—. No me pongas esa cara, es la verdad. Desde que se ha jubilado está insoportable. Lo tengo todo el día en casa, no me deja hacer nada, todo lo critica. Se aburre y no entiende que yo quiera hacer cosas por mi cuenta.

—Vamos a ver... —murmuro, pasándome las manos por la cara—, hasta donde yo sé, a ti te encanta cuidarlo.

—No lo niego, pero a mi manera. Él se marchaba a trabajar y yo sabía que debía ocuparme de todo, pero sin agobios. No me importaba hacerlo. Sin embargo, con él cerca es imposible. Se pasa el santo día preguntándome por qué hago esto o lo otro. Me acompaña al supermercado y me hace perder el tiempo porque quiere verlo todo. No puedo ir a jugar con las amigas al club, pues si lo dejo solo se aburre en casa... ¡No le soporto!

—Está bien, tranquila. Pero sabes que va a venir a buscarte.

—No lo creo, es un cabezota y cuando esta tarde le he dicho que estaba contigo, me ha colgado el teléfono —dice y sonrío con disimulo.

—O sea, ¿qué me estás utilizando para cabrear a papá?

—Un poco —admite.

—Lo que me faltaba...

* * *

Una semana más tarde, mi vida parece hacer sufrido una regresión. Vivo con mi madre, que está encantada, pues yo me marché a primera hora y ella puede ir y venir a su antojo. Se lleva más o menos bien con la asistenta y mi padre no ha dado muestras de querer recuperarla, lo cual es una mala noticia para mí, porque al final me veré obligado a intervenir; no puedo mantener esta situación de forma indefinida.

Y para colmo de males, por fin recibo un mensaje de Fiorella. Esta noche quiere verme y yo no tengo dónde colocar a mi madre, así que me veo obligado a decirle que no puedo, que estoy ocupado.

Reconozco que he sentido un malsano placer cuando ella ha respondido: «De

acuerdo, ya nos veremos en otra ocasión, pásalo bien». Por supuesto, no sabe que la cita de esta noche para cenar y ver la tele es con mi madre, que tiene bemoles la cosa.

Así que termino en mi apartamento, cenando con ella y escuchando lo bien que se vive así, y que ya está empezando a buscarse un piso pequeño para ella sola, porque de ninguna manera va a volver a ser de chacha de nadie.

No sé cómo se las estará apañando mi padre solo, y lo más curioso es que hablan todos los días, como si fueran dos amigos. Yo estoy mosqueado, pues aparte de no poder hacer lo que me venga en gana, hoy he renunciado a estar con Fiorella y me apetecía mucho, joder, que llevo una semana sin tocarla.

Y, no sé, con mi madre durmiendo en la habitación de invitados me parece un poco extraño meneármela.

—Hoy he bajado a pasar la tarde con la señora Galiana.

Doy un respingo. No me gusta nada de nada que mi madre y la vecina se junten.

—Me parece bien —digo con cautela.

—La pobre está tan pachucha. Menos mal que viene una joven a cuidarla.

Otro respingo. O sea, que Fiorella sigue atendiendo a la señora Galiana... Joder, eso es ser perversa y lo demás son tonterías. Porque, de acuerdo, yo a esas horas estoy trabajando, pero podría salir antes y encontrarme con ella...

No sé dónde, porque en mi apartamento hay visita, pero ya vería el modo. Es una pena que Fiorella decidiera vaciar su piso y devolver las llaves a la agencia inmobiliaria para que lo arriende de nuevo.

—¿Ah, sí?

—Xavi, hijo, no te hagas el tonto —me reprende.

—Tengo que repasar unos asuntos de trabajo, me voy a mi cuarto —me excuso y le doy un beso de buenas noches.

Sin embargo, no he dado ni dos pasos cuando suena el timbre.

No espero visita, pero me doy cuenta de que solo una persona puede aparecer a estar horas. Joder, no me apetece lo más mínimo enfrentarme a mi padre, no obstante, si quiero volver a recuperar mi independencia tendré que afrontarlo.

—Abro yo, tranquila.

Camino hacia la puerta respirando despacio para mentalizarme de que no debo intervenir, que ellos son mayorcitos y deben apañárselas.

Respiro. Tengo que templar mis nervios.

Abro la puerta.

—Buenas noches, he venido a... mirar...

Cierro los ojos. Me cago en todo lo que se menea. La última persona a la que esperaba está delante de mi puerta y vestida como para caer de rodillas, con su aspecto más profesional, incluso lleva aún el maletín de trabajo. A mí se me dispara la imaginación.

—¿Quién es a estas horas? —pregunta mi madre saliendo de la cocina.

No puede ser. No está ocurriendo. Miro por encima del hombro y mi cara de

culpabilidad lo dice todo.

—Eh, una amiga —digo y sé que aparte de ridículo suena poco convincente.

Entonces pienso que la señora Galiana ya las habrá presentado, pero por cómo se miran salta a la vista que no han coincidido. No sé si sentirme aliviado.

Fiorella me mira arqueando una ceja, sin duda esperaba pillarme en la cama con otra dale que te pego.

—¿Una amiga? Muchas amigas tienes tú.

—Buenas noches, señora. Soy Fiorella Vizcaíno y he venido porque el señor Quijano no ha respondido a mis llamadas.

Joder, que me he puesto cachondo con eso de señor Quijano. Yo aquí, en medio de las dos y pensando con la polla. Genial.

—Buenas noches, soy Candela, la madre de Xavi.

—Encantada, Candela —dice mi amante, porque lo es, acercándose a mi madre para darle dos besos.

—¿Le apetece tomar algo? —pregunta mamá, educada.

—No, muchas gracias, solo he venido para ver si tiene listo un encargo que le hice —explica Fiorella señalándome y, ante el desconcierto de mi madre, añade—: Dirijo una revista, *Secrets*, y su hijo se comprometió a escribir un artículo para la misma.

—¿Es eso cierto, cariño? —pregunta orgullosa.

—Sí, me temo que sí —murmuro, advirtiéndole a Fiorella con la mirada que no se pase ni un pelo—. Si nos disculpas...

—No sabía que Xavi escribiera. Pero hijo, tienes que cumplir, si has quedado con esta señorita... ¿Es un asunto del restaurante?

—No, se trata de un artículo más personal... —dice Fiorella y se detiene a tiempo.

—En mi ordenador tengo un borrador... —miento, para deshacerme de mi madre.

—¿Y de qué tiene que escribir?

«Invéntate algo», ruego en silencio.

—Sobre los errores que se cometen en la primera cita. *Secrets* es una revista dirigida al público femenino.

—¿De verdad? —pregunta ella entre la sorpresa y la satisfacción—. Mi hijo sabe mucho de eso, desde antes de cumplir la mayoría de edad...

—Sí, mamá —la interrumpo, antes de que le haga un resumen pormenorizado a Fiorella—, pero ahora déjame atender a la señorita Vizcaíno, por favor.

—De acuerdo. Encantada.

Me dirijo al dormitorio, donde tengo la tableta, no porque haya escrito el jodido artículo, sino para que Fiorella me siga y así poder hablar. Una vez medianamente seguro de que mi madre no oirá nada, la fulmino con la mirada por atreverse a ponerme en este aprieto.

—¿Qué parte de «esta noche no puedo estoy ocupado» no has entendido?

Contiene sus risas para responder.

—Lo siento, de verdad, creía que... bueno, no sería muy descabellado pensar que estabas con otra.

—¿Celos? —pregunto burlón.

—Quizá —admite.

—Pues no tienes ningún derecho. Tú has elegido esta situación, así que apechuga —le reprocho sin miramientos, aunque me pregunto si su ropa interior será tan formal como la exterior.

—Tienes razón, pero me apetecía verte. Jaime se ha ido de viaje, estará fuera quince días.

—No he escrito ni una línea del artículo. —Prefiero no prestar atención a la información que acaba de darme.

—Me gustaría pasarlos contigo —añade.

—Me pondré con ello cuando tenga un hueco —miento.

—Podría buscar un hotel discreto...

—No —digo categórico—. Ni hablar.

—¿Entonces? —inquieta, acercándose hasta quedar frente a frente.

Ambos miramos de reojo la cama, pero sabemos que no podemos ni siquiera pensarlo, aunque tendría un morbo de la leche follármela estando mi madre en la cocina. No obstante, me doy cuenta de que no quiero un polvo rápido.

Pero no puedo dejarla marchar sin besarla.

Le rodeo la cintura con un brazo y la atraigo hacia mí. Le separo los labios despacio con el pulgar para acariciárselos, antes de besarla. Ella gime ante el primer contacto. Yo también.

Qué difícil es todo esto, disfrutar acariciándola superficialmente y controlándome para no ir más allá. Quiero estar con ella, desnudarla, abrazarla, azotarla incluso por toda la maldita situación. De ahí que solo se me ocurra una salida.

—El club, nos veremos en el club.

* * *

—¿No habrás vuelto a las andadas? —me pregunta mi madre cuando a la noche siguiente me ve salir del dormitorio arreglado.

—Mamá, solo voy a ocuparme de mis negocios. Tranquila, ¿de acuerdo?

—Es que ese ambiente... es una tentación. Mujeres y otras cosas fáciles y tu fuerza de voluntad puede flaquear.

—He dicho que no te preocupes. Hace tiempo que aprendí la lección. No voy a cagarla —afirmo contundente.

—No me quedo tranquila en casa, te esperaré despierta.

—Ni se te ocurra —le advierto.

—Pues bajaré un rato a hacerle compañía a la señora Galiana.

—No sé qué es peor...

Le doy un beso de despedida y cojo las llaves del coche junto con la cartera, en donde llevo la tarjeta que me permite el acceso al club.

Fiorella me espera en una cafetería cercana. De nuevo se ha negado a decirme su dirección. No entiendo el motivo, no soy uno de esos tíos que se van a poner en plan pelma y van a perseguir a la chica. Podría haber ido a su trabajo, bombardearla con mensajes o cualquier otra artimaña, no obstante, he respetado su decisión; aunque me jorobe, todo hay que decirlo.

Ella me ve llegar en el coche y se acerca sin apresurarse. Me saluda con un «hola» que me suena un tanto formal, teniendo en cuenta lo que vendrá a continuación. Podríamos llenar el silencio con una conversación estúpida o hablar de los detalles del club, sin embargo, prefiero que esto último sea toda una sorpresa.

En el coche llevo sintonizada una emisora de éxitos de los ochenta, suena *Little Lies*^[4] y ella sigue la letra, lo que me da a entender que sabe inglés.

No tardamos mucho en llegar al Exit. Dejo el coche en una de las plazas reservadas para empleados. Fiorella se baja del coche sin esperar a que yo le abra la puerta. Podría haberme esforzado y ser más atento, pero eso a ella parece darle igual.

—Por aquí —le indico, pues vamos a ir directos a la habitación, pasando solo por la zona administrativa; no quiero cruzarme con ningún cliente.

El personal del Exit nunca menciona nada sobre a quién ve o con quién. La única excepción es Gabino, que con tal de tocarme los cojones habla más de la cuenta.

—¿No vas a invitarme primero a una copa?

—En la habitación tienes un mueble bar de lo más surtido —replico, caminando sin detenerme, con ella cogida de la mano—. Además, deduzco que tienes que querrás regresar a tu casa lo antes posible y que por tanto no has venido a beber.

Me mira y sé que mi comentario ha estado fuera de lugar y que podría estropear la noche, sin embargo, ella parece entender que tengo derecho a mi pequeño rebote.

Desbloqueo la puerta de acceso a la habitación, entro yo primero y enciendo las luces. Fiorella observa la decoración, que así, a primera vista, no dista mucho de la que se puede encontrar en un hotel aceptable. La única diferencia es el enorme espejo que decora todo un lateral.

Se detiene frente a él, dándome la espalda.

—¿Crees que ya hay gente observando?

—Lo más probable —miento, pues me he encargado de que nadie pueda mirar.

Los clientes no lo saben, pero todos los espejos pueden oscurecerse para que lo que ocurre en una habitación no sea del dominio público.

—Empecemos entonces con el espectáculo —propone descalzándose y dejando su bolso en uno de los sillones.

—¿No querías tomar una copa? —le pregunto desde el mueble bar.

Ella niega con la cabeza.

—Muy bien, como quieras...

Antes que darle tiempo a decir nada, estoy pegado a su espalda, manoseándola por encima de la ropa. Fiorella echa la cabeza hacia atrás y se reclina en mi hombro, lo que significa que me da acceso libre.

Perfecto, no pienso desaprovechar la oportunidad.

La arrastro hasta la cama y la tumbo boca abajo, aprisionándola con el peso de mi cuerpo, obligándola a levantar los brazos. Ella parece una marioneta y acata la silenciosa orden. Sin muchos miramientos, pues no estoy para lentas y sofisticadas maniobras de seducción, le subo la falda hasta dejar su trasero a la vista.

—No llevas bragas —comento anonadado.

—Sé a lo que vengo —musita con voz amortiguada.

Paso una mano por sus nalgas, por la separación entre ambas, preguntándome si llegará el día en que me deje follármela por detrás. No es algo que se pregunte, debe surgir de forma espontánea, pero tampoco quiero obligarla.

Todo llegará...

Me echo un poco hacia atrás para desabrocharme el cinturón e irme preparando, me la voy a tirar así, con rapidez, sin pasos intermedios, sin preliminares, y para ello me basta con comprobar si está húmeda. Así que meto la mano entre sus muslos y con un dedo tanteo su sexo.

—¿Te pone cachonda saber que alguien se la está meneando mientras le enseñas el culo?

—Sí —responde con sencillez.

—Ya lo veo... Apenas te he tocado y mira cómo estás...

—Llevo bastante sin follar, ¿qué esperabas?

La tentación de preguntarle si su marido no hace nada es muy grande, pero me muerdo la lengua, para no encabronarme prefiero seguir ignorando la realidad.

—Pues no esperes más.

Me bajo los pantalones solo lo imprescindible para liberar mi erección y le indico que levante el trasero. Nada más adoptar la postura, la penetro hasta el fondo. Fiorella gime y agarra el borde del colchón, yo gruño encantado.

Pero no me voy a limitar a eso, quiero mucho más y por eso empiezo a follármela siendo agresivo, tirándole del pelo, recordándole que nos están viendo a través del espejo. Le digo que si yo quiero, puedo abrir la puerta y que más de uno se una a nosotros. Que podría jugar con ella y presentársela a algún amigo para que se fuera bien follada a casa.

Fiorella no parece escandalizada ante mis comentarios, más bien lo contrario, pues cada vez que suelto alguna «perla», reacciona gimiendo más alto o apretándose en su interior. No sé en qué estado se encuentra, pero yo no voy a poder aguantar ni un segundo más.

—Más vale que estés a punto de correrte —le advierto.

—¿No debemos alargar el espectáculo? —inquieta entre jadeos.

Ante tal réplica, no dudo en ser mucho más contundente.

—Tienes toda la razón —corroboro y azoto su trasero antes de aumentar el ritmo.

—Xavi... —jadea, arqueando todo el cuerpo.

Lo interpreto como a mí me da la gana y vuelvo a sacar la mano a pasear, y no solo eso, también me inclino hacia delante y, tras agarrarla del pelo, obligándola a tensar el cuello, le digo con voz ronca:

—Ahora mismo hay un par de tíos a punto de correrse imaginando que te la están metiendo por el culo.

—Cállate —replica con aire ofendido.

—Esto es lo que querías, ¿verdad?

—Xavi, joder...

—Ser el centro de atención —prosigo sin soltarla y sin dejar de metérsela con toda la fuerza de la que soy capaz—, comportarte como una puta bien adiestrada...

Fiorella grita y se retuerce intentando soltarse. Se lo permito y vuelvo a enderezarme, de esa forma, con las manos bien ancladas en sus caderas puedo concentrarme en mi propio orgasmo hasta que me corro.

Ni siquiera me he parado a pensar si ella lo ha conseguido.

Se aparta y se tumba boca arriba, yo caigo a su lado y me quedo en la misma postura. No me atrevo a mirarla. No ha sido tanto lo que le he dicho, sino el tono despectivo que he utilizado. Joder, una vez más la frustración que me crea esta jodida situación hace que me comporte como un gilipollas insensible.

—La próxima vez, quítate el cinturón, estoy segura de que me has dejado marcas en el muslo mientras empujabas como un campeón —comenta y la miro de reojo.

No da la impresión de que esté muy cabreada.

Ella se pone de lado y señala la hebilla.

—La próxima vez tendré más cuidado. —Tuerzo el gesto en señal de disculpa.

—O te daré yo con ella —añade divertida. Después dirige una mirada de soslayo al espejo—. ¿Todavía nos miran?

Estoy tentado de decirle la verdad...

—Puede que sí, quizá piensen que ahora me la vas a chupar.

—Sírvenme una copa y veremos qué pasa.

* * *

Y así llevamos casi un mes. Viéndonos dos o tres noches por semana en el club, porque mi madre sigue en casa y Fiorella continúa firme en su decisión de no abandonar a su marido. Podría buscar un hotel discreto, pero creo que el tiro me ha salido por la culata, ya que ella cada vez se ha vuelto más atrevida y disfruta imaginando que la miran mientras folla conmigo. Yo sigo ocupándome de que los cristales se oscurezcan.

El único que parece enfadado con la situación, aparte de mí mismo, es Gabino, ya que algunos socios han protestado, pues nunca antes se había ocultado a los ocupantes de una habitación.

En el restaurante sigo lidiando con los problemas habituales y el principal ahora es encontrar un sustituto para Bea. Ella insiste en que no es necesario, pero no pienso ceder, además, estoy hasta las narices de su felicidad maternal.

Se ha mantenido al margen y no ha venido a darme la lata, otra vez, con el tema de que debo esforzarme por la mujer que supuestamente es la mujer de mi vida. Bea es así de cursi, no puede evitarlo.

También sé, no porque ella me lo haya contado, que ya ha hecho la entrevista con Fiorella, solo falta la sesión fotográfica, pero como piensa que me enfadaré, no se atreve a pedirme que sea en el restaurante, cuando resulta que esa publicidad es impagable. Yo, que soy un poco cabrón, no se lo he sugerido y estoy esperándola. Por supuesto, la haré sufrir por tocarme las pelotas.

Otro frente que tengo abierto es el de mi casa. No he tenido valor de decirle a mi madre que se vaya y ahí sigue, encantada de la vida, con asistenta pagada, libertad de movimientos y un hijo al que cuidar cuando le apetece.

Y lo más curioso del caso es que sigue hablando por teléfono con mi padre como si fueran los mejores amigos del mundo. Yo estoy tentado, cada día más, de llamarlo y pedirle por favor que vuelva con ella, que hablen, que se entiendan, lo que sea, pero que me la quite de encima.

Fiorella me dijo hace dos días que se va de viaje con su marido, por obligación, me recalcó, y como voy a estar casi dos semanas sin verla, me gustaría pasar la noche juntos en casa, tranquilos. No tiene por qué ser todo sexo, incluso me apetece hacer lo

del principio, ver una película horrible y criticarla delante de ella.

Entre esto y lo de mis padres me estoy volviendo un gilipollas de cuidado. Desde luego, si alguien, por ejemplo Bea, se entera, me torturará y se burlará indefinidamente. Y con razón, pues me he pasado la vida despotricando contra los enamoramientos, las situaciones románticas, deseos insatisfechos y demás memeces en las que ahora me veo inmerso.

—Tienes visita —me dice uno de los camareros.

Miro el reloj. Hoy no espero a nadie.

—¿Te ha dicho quién es? —pregunto, mientras busco una excusa si no me apetece atenderlo.

—Sí, dice que se llama Anselmo Quijano.

—Joder... el que faltaba.

—¿Le digo que no estás?

Sería lo mejor, lo sé a ciencia cierta, pero no sé si estoy pasando por un período blandengue o que me estoy haciendo mayor, el caso es que digo:

—Hazle pasar, gracias.

Me pongo en pie. Mi padre es, por decirlo de alguna manera, un tipo hecho a sí mismo, que ha trabajado toda su vida, que montó un negocio partiendo de cero, que ganó mucho dinero y que no entiende que todo eso se vaya a perder porque su único hijo, o sea yo, se niegue a seguir con la empresa. Los recambios agrícolas han sido su pasión.

Para él, dirigir un restaurante de lujo es un fracaso. Nunca mencionamos lo del Exit, porque lo considera motivo de excomunión.

—Hola, papá —lo saludo amable cuando entra en la oficina.

Es la primera vez que pone un pie en ella y, como es lógico, lo examina todo.

—Te veo bien, aunque tu madre diga lo contrario —es su saludo.

—Ya veo que te tiene al corriente de todo —contesto con sarcasmo.

Porque el asunto tiene bemoles, todo sea dicho. Se separan, pero hablan de mí y de mis asuntos como si tuviera quince años y fuera un adolescente problemático al que hay que meter en vereda.

—Tu madre se preocupa por ti —dice serio—. Y yo también.

—Pues no es necesario, ¿algo más? —pregunto cortante.

Mi padre suele ser bastante arrogante, lo ha demostrado con sus comentarios, por eso me extraña que se siente y se pase una mano por el pelo. Parece cansado.

—¿Estás bien?

—No, Xavi, ¿cómo voy a estarlo si tu madre me ha abandonado?

Joder, justo el tema que no quiero tocar.

—Es temporal.

—No mientas, maldita sea. Hablo con ella a menudo y se la ve contenta. Vive contigo, lo cual no entiendo, pues siempre te esfuerzas por marcar las distancias.

—Es mi madre, no voy a dejarla en la calle —alego, controlando un poco el tono.

—Ya... ¿Tan tonto me crees? Si has permitido que viva contigo es solo por un motivo: tocarme a mí la moral.

—¡Joder! —exclamo sin poderme contener—. No soy tan retorcido.

—Pues explícame entonces por qué.

—No, no tengo que explicarte nada, papá. Eres tú quien ha de darlas. Mamá vino a verme, bastante deprimida y sintiéndose culpable, pero por lo poco que me ha contado tiene parte de razón.

—¿Tú qué sabes?!

—Siempre la has tratado como a una chacha. Eso sí, ha dispuesto de dinero, pero nunca te has preocupado por ella. La mujer necesita su espacio y ahora que estás jubilado, la atosigas.

Mi padre me mira abriendo mucho los ojos, no solo por lo que he dicho, sino porque es la primera vez en mucho tiempo que le dirijo tantas frases seguidas.

—¿De verdad piensas eso? —me pregunta alicaído.

—Escucha, no te negaré que me gusta vivir solo y que preferiría estar al margen de vuestros asuntos. Soy tu hijo, joder, hay cosas de las que no tengo por qué enterarme —protesto.

Para mi más absoluta sorpresa, mi padre sonrío.

—Vaya, al parecer tu madre tiene razón... parece que has cambiado.

—No desvíes la conversación. Haz lo que tengas que hacer, mamá seguro que vuelve contigo.

—Ese es el problema, que no sé qué debo hacer...

—Pues a mí no me lo preguntes, soy el menos indicado para hablar de mujeres —admito y saco un par de cervezas, porque intuyo que esta conversación va para largo.

—Tú nunca has tenido problemas con las mujeres —me contradice con un deje orgulloso.

—Estoy liado con una mujer casada —voy y le suelto con toda la chulería.

Mi padre me mira sin pestañear. No es ajeno a mis idas y venidas con aspirantes a modelos y actrices de dudoso talento interpretativo, pero mi bravuconada lo ha descolocado.

—¿No son las mejores? —pregunta con cautela.

Debería haber cerrado el pico. Como me descuide, esto terminará siendo una charla de colegas y tampoco quiero llegar a eso con mi padre.

—Eso pensaba yo —termino diciendo, tras darle un buen sorbo a la cerveza fría.

—Te han enredado bien, ¿verdad, hijo?

—Más de lo que me gustaría admitir —contesto, y mi padre niega con la cabeza.

—Pues estamos jodidos, porque yo no sé cómo convencer a tu madre para que vuelva y tampoco puedo darte consejos para que arregles tus asuntos.

—Sí, muy jodidos.

—¿Sabe tu madre que estás con una mujer casada?

—No.

—Mejor, no se lo digas. Le darías un disgusto. Con las ganas que tiene de ver cómo sientas la cabeza...

—Cómo se nota que soy hijo único —murmuro resignado.

—En eso me temo que yo soy el responsable. Me pasaba el día viajando y...

Levanto la mano.

—No hace falta entrar en detalles, por favor.

—¿Y qué vas a hacer?

—Buena pregunta...

* * *

Fiorella me ha llamado para anular la cita de esta noche. Después de tres semanas sin verla y sin saber nada de ella. Cojonudo.

Yo había organizado algo diferente, en el club, pero nada de la habitación común. Me había encargado de reservar la *suite* con *jacuzzi* y, sobre todo, con una selección personal de juguetes. También había preparado la cámara de vídeo, detalle que por supuesto no pensaba comunicarle a ella hasta el final, por si se negaba.

Y ahora estoy aparcando el coche con muy mala leche, pensando seriamente en olvidarla con un método infalible: follarme a otra. El problema es que no sé si encontraré a la adecuada.

Camino hasta el despacho de Gabino y entro sin llamar. Entorno los ojos cuando lo sorprendo tirándose a una de las camareras.

—¿Te falta mucho? —pregunto, entrando y cerrando la puerta.

Cruzo los brazos, pues no es la primera vez que lo pillo en una actitud similar.

—Únete a la fiesta o lárgate, que en los últimos tiempos estás insoportable —resopla él.

—Paso —murmuro y me dirijo al mueble bar para servirme una copa.

Por cómo jadea ella, o está a punto de correrse o es una actriz estupenda. Me inclino a pensar lo segundo, ya que es de las nuevas y seguro que quiere agradarle al jefe. Por suerte, acaban, y Gabino la despide con una sonrisa y una palmada en el culo. Ella me mira. Quizá esperaba mi intervención, pues se va a quedar con las ganas.

—Me tienes hasta las pelotas —dice mi socio—. Entras aquí sin llamar y me jodes el polvo, pero ¿tú de que vas, tío?

—Te la has tirado de todas formas, así que déjame en paz. Y por norma general entro siempre sin llamar.

Él se arregla la ropa tras quitarse el condón, se mete en el aseo y aparece un minuto después peinado y hecho un figurín. Se acomoda en su sillón tras el escritorio y me mira frunciendo el cejo.

—Tú tienes un problema muy serio y no lo quieres admitir —comenta, aceptando la bebida que le he preparado.

—Define «problema».

—Señorita Vizcaíno —dice con malicia.

—Sí, tengo un problema. Pero hoy he venido a solucionarlo. Solo quería saludarte antes de dar una vuelta por ahí.

—Me alegro, porque me tienes preocupado. No por el hecho de que te comportes como un perro faldero persiguiéndola, sino porque parece que todavía no te has enterado de con quién está casada —añade en tono amistoso.

—No me lo recuerdes...

—Pues lo voy a hacer. Esa mujer por la que has perdido la puta cabeza está casada con un tipo de los que dicen «mierda» y todos respondemos «presente», ¿me sigues? Se codea con gente importante, entre otros, altos funcionarios e incluso ministros, así que si se entera de que te la estás tirando, a lo mejor tenemos una inspección.

—No exageres... que te conozco y disfrutas con el drama —contesto.

—De momento habéis sido discretos, pero ¿cuánto tiempo podrás aguantar? Estás obsesionado, tío, y eso no es bueno. Hace que cometas estupideces.

—Oye, tú hiciste unas cuantas cuando te dejó tu mujer y yo no te di tanto la tabarra —le recuerdo.

—¿Lo ves? Te pones a la defensiva. Y no compares. Era mi esposa, la madre de mis dos hijas, así que cuidado.

—Te dejó por cepillarte a su mejor amiga, tanto no la querías —replico para echar sal a la herida.

—Menuda hija de puta... la muy guarra no tardó ni dos días en contárselo. Me la tenía jurada y encima, para más inri, en la cama era un desastre, uno de los peores polvos que he echado en mi vida —comenta con pesar—. Pero no me desvíes la conversación, el problema eres tú, picha brava.

—¿Picha brava? —Me echo a reír—. No seas vulgar, como se nota que te juntas con camareras sin estudios básicos.

—Tienen que servir copas y enseñar las tetas, no redactar un memorándum, además te recuerdo que tú elegiste ser solo socio inversor, nada de dirigir un antro de perversión exclusivo.

—Tú sabrás, mientras haya beneficios...

—La cuestión aquí es que me he mordido la lengua viéndote con ella, solo con ella, porque si al menos te follaras a otra para variar, pues oye, no me preocuparía tanto, pero no, el señorito se ha encaprichado.

—No es la primera vez que me lío con una casada —alego, levantándome para servir otra ronda de la reserva personal de mi socio.

—Pero sí la primera vez que te dedicas en exclusiva a una sola. Tío, espabila, sal ahí, agarra a la primera que te la ponga dura y llévatela al cuarto oscuro, no tienes ni que preguntarle el nombre —me recomienda con énfasis.

—Seguiré tu consejo, pero... deja de meterte en mi vida, ¿de acuerdo? Con mi

madre en casa ya tengo bastante.

Apuro la bebida y dejo a Gabino en su despacho. Sus risas sarcásticas me las paso por el forro. Me acerco a la zona VIP; hoy la noche está tranquila. A algunos de los presentes los conozco, pero no me paro a hablar con ellos, me limito a hacerles un gesto de saludo.

Continúo deambulando por la sala, hay una morena que me llama la atención. Quizá haya encontrado un remedio temporal; como dice mi socio, no necesito ni saber su nombre. He captado su interés, eso salta a la vista, así que camino en su dirección.

Justo en ese instante me vibra el móvil. Conozco a Gabino, seguro que está divirtiéndose mirando por las cámaras de seguridad y me envía un mensaje de ánimo. Ni me molesto en mirarlo.

La morena me sonrío cuando me detengo junto a ella. Por cómo se comporta, alguien ha debido de informarla de quién soy, o sencillamente es mi noche de suerte, así que tras tomar una copa con ella y hablar más bien poco, porque con la música de fondo no es posible, le propongo que me acompañe a uno de los reservados.

Se llama Cristina, tiene veintiocho años, trabaja como dependienta en una cadena comercial y ha venido con una compañera a divertirse, pero se ha quedado sola porque la amiga en cuestión ha ligado.

Toda esa información me parece innecesaria, pero sonrío y finjo que me interesa, mientras caminamos hacia una de las habitaciones. La más básica, voy a echar un polvo, nada más.

Una vez dentro, ella se acerca seductora. Perfecto, un esfuerzo menos y dejo que me toque, que me bese y hasta que me enrede las manos en mi pelo. Quizá es lo mejor, no mover ni un dedo.

Me siento en el borde de la cama y ella se sube a horcajadas sobre mí, vuelve a llevar la iniciativa. Me parece que está algo borracha; debería ser un caballero, pedirle un taxi y listos, pero no soy un alma caritativa, soy un tío que necesita un desahogo, ella sabrá lo que hace.

Continúa metiéndome mano, es un poco torpe, pero tampoco me voy a poner exigente. Me decido a intervenir. Enredo el puño en su melena y ella me mira algo confusa, aunque no protesta.

—¿Quieres que te la chupe? —pregunta un tanto obligada y yo niego con la cabeza.

Cristina se muestra aliviada y vuelve a besarme, correspondo, pero solo por inercia, sin apenas involucrarme. Su mano se cuela dentro de mi pantalón y puedo estar poco interesado en ella, pero soy un hombre y reacciono.

Nos desnudamos lo imprescindible y mientras Cristina se baja las bragas yo me pongo un preservativo. Ella se me acomoda encima y en medio segundo estoy dentro. Vuelvo a tirarle del pelo, quiero que sea rápido, correrme, buenas noches y a casa.

Ella jadea, yo me encargo de mantenerla bien sujeta de las caderas para no perder

ritmo.

Está resultando deprimente. La chica le pone voluntad, pero poco más, así que me concentro en mí mismo, limitándome a acariciarla entre las piernas. Eso parece animarla y sus gemidos aumentan de intensidad, aunque aun así me parecen forzados.

Yo estoy a punto y no me preocupo por ella, me corro y apenas espero un minuto para apartarla. Cristina me mira un tanto aturdida y se da media vuelta para vestirse.

—Lo siento —murmura sin mirarme.

—¿Cómo dices?

—He estado pensando todo el tiempo en mi ex —aclara en voz baja.

—Ajá —digo, sin importarme un pimiento su explicación.

—Hace un mes que hemos cortado e intento olvidarlo, pero no puedo.

Una vez con los pantalones abrochados, me veo obligado a preguntar:

—¿Quién dejó a quién?

—Yo a él, no quería comprometerse. Pero sigue llamándome, diciéndome que me quiere...

—¿Y le dejaste por eso?

—Llevábamos cinco años... —alega como explicación y yo niego con la cabeza.

—Un consejo y síguelo si quieres. No fuerces las cosas, no merece la pena.

—Lo siento —repite otra vez.

—No te preocupes —le digo y me encargo de acompañarla hasta la salida y pedirle un taxi. Cristina se despide de mí con un beso en la mejilla y un «eres un tipo estupendo».

Genial, ahora resulta que soy un «tipo estupendo».

Con esa frase repitiéndose en mi cabeza y un sabor agrídulce, me encamino hacia el coche. Mis objetivos de esta noche no se han cumplido. De acuerdo, técnicamente he follado, pero con una chica que solo quería olvidar a su ex. Bueno, si al menos le ha servido para pensar con claridad, mejor para ella. A mí desde luego no me ha ayudado lo más mínimo.

Arranco con la firme intención de olvidar esta nefasta noche y llego a casa.

Al entrar me sorprende ver las luces del recibidor encendidas, pues por lo general mi madre sabe que no ha de esperarme levantada. Pero hay otro detalle que me deja aún más confuso: no está sola, habla con alguien. Me acerco con sigilo hasta la cocina y cuando me asomo me quedo sin habla.

* * *

—Ya era hora, hijo, llevamos toda la noche intentando localizarte —me dice mi madre acercándose.

Pero yo ni la miro, solo tengo ojos para Fiorella, que está ahí sentada, con los ojos enrojecidos y una taza en las manos. Tiene mal aspecto...

—No he oído el móvil —contesto como excusa y me acerco a Fiorella.

—A saber dónde estabas... —me recrimina mi madre como solo ella puede hacer.

—¿Qué ha pasado? —pregunto y le aparto el pelo de la cara. Tiene una pequeña marca en la mejilla izquierda, un roce que no pinta nada bien.

—Xavi... —murmura intentando apartarse.

—Tranquila, mujer, yo se lo explico —interviene mi madre—. Solo ha sido un bofetón, pero por suerte ha reaccionado a tiempo y se ha marchado de su casa.

—Joder, lo sabía. Sabía que iba a ocurrir esto.

—¡Xavi! ¿De qué hablas, cariño?

—Candela, déjame que yo se lo explique —interviene Fiorella abrazando a mi madre.

—¿Tú sabías que su marido la maltrata? —interviene esta sin poder evitarlo.

—Mamá, por favor. Déjanos solos.

—¿Estás segura? —le pregunta a ella.

—Gracias por todo, Candela; de verdad me ha encantado charlar contigo.

—De nada, cielo. Aquí estoy para lo que necesites.

Le cuesta un poco dejarnos, pero al final accede y entonces toda mi mala hostia hace acto de presencia.

—Ahora es cuando monto en cólera, voy a por él, le parto la cara, defiendo tu honor y termino apaleado, porque hay personas intocables. ¿Voy bien?

—Xavi, por favor.

—Ni por favor ni hostias. Apareces en mi casa dando pena, implicando a mi madre, ¿y todo para qué? Porque estoy seguro de que mañana, o pasado, cuando se te haya curado la herida, volverás con él.

—Cálmate —exige.

—Y una mierda me voy a calmar —replico paseándome por la cocina como un león enjaulado—. Esta tarde me llamas para anular nuestra cita, ¿y sabes qué he hecho?

—Dímelo tú —murmura.

—Ir al club, beber dos copas y tirarme a otra —explico y sé que estoy haciéndole daño, pero o saco esta mierda que me corroe por dentro o exploto—. Y todo para olvidarte, maldita sea.

—¿Ha funcionado?

—Compruébalo tú misma... —digo con ironía.

—Esta vez se ha acabado —afirma.

—No te creo, lo siento pero no cuela. Eres demasiado ambiciosa como para tirarlo ahora todo por la borda —la acuso, porque es cierto.

—No lo niego, siempre lo he sido, pero me jode el doble rasero que utilizas conmigo. ¿Tú nunca has hecho nada por interés? ¿Porque te convenía? ¿No has mentido ni ocultado detalles sobre tu vida? ¡Venga ya! Lo que pasa es que como hombre tienes una especie de carta blanca en ese aspecto —me reprocha.

—De acuerdo, admito que no siempre he sido trigo limpio, pero contigo ha sido

diferente.

—Esta noche has follado con otra —me suelta, en apariencia tranquila.

—Ha sido la única vez desde que te conozco, bueno, desde que parece que vamos en serio —asevero mirándola a los ojos—. No me he acostado con nadie, solo contigo. He aguantado tus ausencias, tu falta de noticias, tus desprecios y tus malditos objetivos. Ahora no me vengas con reproches.

—No te reprocho nada, tienes derecho a desahogarte como mejor te convenga.

Nos llamamos pues ambos estamos soltando demasiada basura, y el daño, si no vamos con cuidado, puede ser irreparable.

—¿Vas a pasar la noche aquí? —pregunto algo más calmado.

—No quiero crearte más problemas, está tu madre y...

—Olvídate de ella, no se va a llevar las manos a la cabeza. Intuye que tú y yo somos más que amigos.

—He traído la maleta, no hace falta que me prestes ropa.

—Una pena, porque me encanta verte con mis bóxers...

—Tu madre es un encanto, me ha recibido con los brazos abiertos —murmura mientras nos dirigimos al dormitorio.

Le cedo el paso y le indico que entre primero al baño. Al pasar por delante de la habitación que ocupa mi madre he visto que tiene la luz encendida, así que se habrá enterado de la mayor parte de la conversación.

Ya poco importa.

Me desnudo y dejo la ropa preparada para que mañana Luisa se encargue de llevarla a la tintorería. Por increíble que parezca estoy excitado. Un contratiempo, pues sé que va a ser una de esas noches de susurros, abrazos y poco más. Lo entiendo, joder, claro que lo entiendo, Fiorella no está para meneos, sin embargo, mi polla va por libre.

¿Quién me lo iba a decir? Yo, un hombre sensible...

—¿Hablas solo?

Levanto la cabeza. Por lo visto mis reflexiones no eran tan personales como pensaba.

—Eso parece —admito—. ¿Has terminado?

—Sí —responde algo cohibida.

Me meto en el cuarto de baño. Yo también necesito una buena ducha y de paso enfriarme. Si además consigo aclararme las ideas, ya será la hostia. Pero cuatro minutos más tarde soy consciente de mi fracaso. La deseo, vaya si la deseo, así que antes de salir me la agarro y comienzo a sacudírmela, intentando tardar lo menos posible. De alguna manera tengo que relajarme.

Apoyo una mano en la pared y dejo el grifo abierto para que ella solo oiga el sonido del agua correr. Esto es muy simple, arriba, abajo, apretar y listo.

Pues no, no es tan sencillo. Aprieto los dientes, inspiro hondo y dejo que mi mano se encargue de todo. Cómo no, recorro a la imagen de Fiorella, de su cuerpo

acurrucado junto al mío la última vez que estuvimos juntos en una de las salas del Exit. Los recuerdos que me vienen no son solo del polvazo contra la pared que echamos, sino más bien del momento íntimo posterior en el que ella, mientras me acariciaba el pecho, me repetía una y otra vez que ya faltaba menos, que cada vez estaba más cerca de conseguir sus objetivos, que estaba harta de volver a su casa y aguantar a Jaime... Palabras huecas, lamentos sin sentido, porque si de verdad hubiera querido, la situación sería otra.

Por lo visto la mala leche funciona como un catalizador y enseguida noto la tensión en mis pelotas. Respiro profundamente, no puedo gemir como desearía, así que no me queda más remedio que contenerme un poco para que no me pillen. Muevo la mano cada vez más fuerte, agacho la cabeza y cierro los ojos al correrme.

No sé si es alivio lo que siento, desde luego mi respiración me delataría, por lo que no me queda más remedio que esperar unos minutos. Cierro los grifos y empiezo a secarme el pelo mientras compruebo mi aspecto en el espejo.

Así a primera vista no doy la impresión de haberme masturbado, de modo que algo más sereno y con ganas de abrazarla, vuelvo al dormitorio.

Fiorella me mira, se ha metido en la cama y me espera sentada. Lleva una de sus camisetas de tirantes. Podría haber encendido la tele, pero no lo ha hecho, sin embargo, tiene en las manos el mando a distancia.

Me acuesto en mi lado. Todo parece rutinario, pero yo sé muy bien que no lo es, porque rara vez comparto mi cama con una mujer. Fiorella es la excepción y si encima le sumas el problema que arrastra, no sé yo cómo vamos a amanecer.

Nos acostamos en silencio, la abrazo y me muerdo la lengua.

* * *

—¡Cielo santo, es tardísimo!

Abro un ojo medio adormilado. Fiorella ha pegado tal grito que me ha sobresaltado, pero estoy tan a gusto en la cama que me apetece seguir un buen rato más.

—¿Apagaste anoche mi móvil?

—Sí —respondo sin sentirme para nada culpable. Me fijé cuando lo manipulaba para desbloquearlo y cuando comprobé que dormía, lo desconecté.

Ella, sentada en la cama, me mira por encima del hombro casi horrorizada.

—Hasta donde yo sé, hoy no es festivo —aduce mosqueada y cuando hace amago de abandonar la cama, y pese a que me jode intervenir, estiro el brazo y se lo impido.

—Hoy tú y yo no vamos a ir a trabajar —afirmo categórico.

—¿Estás loco? Tengo una reunión dentro de, ¡oh, joder, diez minutos! —exclama tras comprobar la hora.

Como era de esperar, intenta liberarse, lo que me obliga a ser más contundente.

—Si yo puedo tomarme el día libre, tú también —digo mirándola fijamente—.

Necesitas centrarte y pensar muy bien qué vas a hacer. Esto —señalo la marca de su mejilla— no puede quedar impune.

—Ya sé muy bien lo que he de hacer —replica altiva y no me da buena espina—. Nada, no voy a hacer nada. —De nuevo intenta abandonar la cama, pero no cedo ni un milímetro.

—¿Cómo dices? —inquiero perplejo, fulminándola con la mirada.

—Lo que has oído —contesta, dejándome confuso.

La noche ha resultado un tanto extraña; lo de dormir juntos ha sido todo un desafío y he sabido comportarme como un jodido «caballero», así que no estoy para tonterías.

—Mira, ya me estás encabronando a primera hora de la mañana. Me da igual si ha sido un bofetón o una paliza, el caso es que no te puedes quedar de brazos cruzados —le advierto muy serio.

—No me levantes la voz —sisea—. Es mi vida, tú no tienes derecho a intervenir.

—Joder, si ya lo sabía yo... —resoplo negando con la cabeza—. Deja de decir estupideces. ¿Tan importante es ese puto puesto como para soportar esta mierda?

—No tienes la más remota idea de lo que es capaz de hacer Jaime cuando le llevan la contraria. Esto —ella misma se toca la marca— es solo un aperitivo.

—¡Y lo dices como si tal cosa! —exclamo alzando la voz ante su actitud.

—No me queda más remedio —afirma con un aire de resignación que me crispa los nervios.

—Maldita sea —mascullo ya despierto del todo, en más de un sentido, lo que no resulta muy adecuado en medio de una discusión.

—No es el daño físico el que me asusta, es el poder de que dispone para hundirme, no solo profesionalmente.

—¿Con qué te ha comprado esta vez? —pregunto con mala leche, porque sigo sin comprender a esta mujer.

—Con nada, no ha hecho falta. Sabe que tengo una aventura —dice frotándose la frente—. Será cuestión de tiempo que averigüe con quién.

—Genial —murmuro—. ¡De puta madre!

—Ahórrate la ironía —contesta—. Yo tengo obligaciones, empezando por mi trabajo. Puedes decir lo que quieras, prometerme la luna, las estrellas y lo que te venga en gana, pero no puedo dejar de ser pragmática.

—Me he perdido —digo frunciendo el cejo.

La única parte positiva es que Fiorella aún sigue en la cama, a mi lado. Estamos discutiendo, en efecto, pero seguimos en el dormitorio. No pierdo la esperanza de convencerla para que actúe con sensatez. Y si además echamos un polvo mañanero, mejor que mejor, aunque si lo primero es complicado, lo segundo lo veo casi imposible.

—¿Tú y yo qué somos? —Levanta una mano para silenciarme—. A, ¿follamigos? B, ¿amantes? C, ¿vecinos con derecho a roce?

—Esto no es un puto test gilipollas de esos que publicáis en la revista —me defiende, porque la conversación se está complicando.

—¡Da igual la respuesta! —exclama alzando los brazos—. El caso es que lo pasamos bien, nos divertimos, hablamos, follamos, cenamos juntos, pero ¿qué pasará después? ¿Voy a dejarlo todo por ti?

Esto último lo ha dicho en un tono que rezuma sarcasmo.

—¿No te has parado a pensar en mi situación? ¿En lo que pinto yo en tu vida?

Cabreado a más no poder, salgo de la cama, y me importa un pimiento que me vea empalmado, total, una prometedora erección que se va a desperdiciar.

—Para ti todo esto es muy cómodo —dice y se queda tan pancha—. Tienes lo que muchos buscan: sexo sin compromiso. ¿Cuántas mujeres han pasado por tu cama? —Podría parecer una acusación, pero no me lo ha parecido—. Me da igual si llevas la cuenta o no, tú mismo lo has dejado claro, te gusta la variedad. No te culpo, Xavi, follas bien, eres agradable, educado y eso se valora, pero dudo mucho que alguna vez hayas pensado en algo más. —Hace una pausa para inspirar—. Ni con alguna de ellas ni mucho menos conmigo.

—No te entiendo, de verdad que no te entiendo —murmuro. Intento hacer un esfuerzo por entenderla, pero ya me he perdido.

—Pues es bien simple. Ahora lo pasamos bien, yo tengo mi vida y tú la tuya, y no tienen por qué mezclarse. Cada uno ha de ocuparse de sus obligaciones y no interferir en la vida del otro. Es mejor así.

—Eso es jugar sucio y lo sabes. Si de verdad solo fuera sexo, anoche no hubieras aparecido en mi casa —la acuso sin poder contenerme.

—Aparte de sexo, también creía que podía contar contigo como amigo —me reprocha y va en busca de su ropa.

Se larga, joder, se larga y yo no sé qué puedo hacer para detenerla.

Me acerco, la rodeo desde atrás con los brazos e intento pensar a toda hostia algo que reconduzca la situación; no quiero que se marche en estas condiciones. Joder, no quiero que se marche.

—Xavi... me tengo que ir —musita, dejándose abrazar. Eso ya es un logro—. Me encantaría pasar el día aquí, en tu casa, en la cama, pero de verdad no puedo.

—Quédate al menos a desayunar —digo y me doy cuenta de lo gilipollas que he sonado.

—De acuerdo. Además, quiero darle otra vez las gracias a tu madre por todo. Fue increíble cómo me atendió anoche.

Mi madre...

Joder, es de locos y más a mi edad, aunque quizá si hablo con ella termine ablandando un poco a Fiorella.

—Ya sé que está fuera de lugar, pero —susurro, acariciándola por encima de la camiseta— no puedes dejarme así.

Ella se vuelve en mis brazos y adopta una actitud un tanto maternal cuando me

acaricia la mejilla y me sonrío de medio lado.

—Eres un encanto y muy guapo, estoy segura de que un día aparecerá una mujer que te robe el corazón —dice en voz baja.

Yo frunzo el cejo.

—¿A qué ha venido esa cursilada?

—Prefiero que me llames cursi antes que estrecha, porque no va a poder ser. No le des más vueltas. Me las apañaré y seguiremos, mientras tú quieras, como hasta ahora.

Me besa, sin embargo, no quiero un premio de consolación.

—¿Y si te pidiera que vivieras conmigo? —Lanzo un órdago sin medir las consecuencias.

Fiorella parpadea y niega con la cabeza.

—No lo dices en serio, solo quieres salirte con la tuya.

—Pues se acabó —replico, apartándome de ella—. No pienso seguir como hasta ahora, esperando que te dignes llamar. No saber qué día tendrás disponible o si aparecerás con un ojo morado. Me niego.

—Como quieras... Es tu decisión y la respeto —acepta y veo cómo inspira profundamente.

Maldita sea, al final tanta resignación va a acabar con mi paciencia. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Ponerme de rodillas y declararle amor eterno?

Partiendo de la base de que no lo he hecho en mi puta vida. Además, Fiorella no me creería, y no la culpo. Es demasiado escéptica, pero estoy seguro de que de algún modo entre nosotros existe eso que llaman química, que puede durar dos telediarios o toda la vida.

—¿No crees que merece la pena intentarlo?

—¿A qué te refieres? —pregunta sin mirarme, mientras se abotona la blusa.

—A ti y a mí.

Niega con la cabeza.

—Ni tú quieres sentar la cabeza ni yo quiero que lo hagas. Es mejor así, hazme caso...

* * *

—¿Se puede?

Aparto la mirada del monitor y veo a Bea asomar la cabeza. Siempre con esa sonrisa mitad disculpa mitad ingenuidad que la caracteriza. Y que me crispa.

Creo que ella lo sabe y por eso lo hace.

No me apetece hablar ahora y menos que me cuente los pormenores de su embarazo, de los cuales termino enterándome de todos modos, porque Bea se los cuenta a sus compañeros y estos le hacen preguntas. Y yo, que tengo aparcado el asunto paternidad *sine die*, pongo cara de circunstancias y evito inmiscuirme, no vaya

a ser que me acaben liando.

—Sí, adelante. ¿Qué te ocurre hoy?

—¿Por qué lo preguntas como si ya pensaras en algo malo?

De acuerdo, mi tono desapasionado evidencia mi carácter huraño del último mes, pero supongo que Bea y el resto de los empleados se han acostumbrado.

—Porque te conozco —murmuro y ella, con ese gesto tan típico de las embarazadas, se sienta frente a mí.

—Vale, me muero por saber qué te ocurre, pero como te empeñas en ser el hombre hermético, me callaré mi opinión al respecto. Así que hablemos de negocios, ¿te parece bien?

—Para eso nos pagan un sueldo cada mes —le recuerdo con ironía.

—Solo dos cosas... La primera, el asunto de mi baja por maternidad...

—Ya te lo he dicho unas cuantas veces, no te quiero por aquí chocando con todo y con todos, algo que ya ocurre —añado, señalando su barriga.

—Lo sé, lo sé; sin embargo, no tenías derecho a llamar a Max y meterte en mi vida —me reprocha y, por supuesto, no me afecta.

—No te confundas, a mí ya sabes que en general tu vida personal me resbala, pero cuando afecta al negocio, no voy a quedarme de brazos cruzados. Y tu querido Max está de acuerdo conmigo.

Ella resopla y yo disimulo una sonrisa.

—Últimamente estás más amargado de lo normal —contesta y le advierto con la mirada que no estoy para tonterías—. Ya he pensado cómo solucionar el problema de mi ausencia.

—Soy todo oídos.

Me reclino en el sillón y adopto una postura un tanto arrogante, pero que me hace sentir un poco mejor; marcar distancias es fundamental.

—¿Qué te parece contratar a varios chefs? —propone y antes de descartar la idea, dejo que continúe—. La idea es invitar a reputados cocineros al Cien Fuegos y organizar unas jornadas gastronómicas combinando nuestra carta habitual con creaciones personales tuyas o dar una oportunidad a jóvenes talentos.

—No está mal...

—Contratar a un único chef de renombre para estos meses es muy difícil, lo más probable es que no quiera involucrarse al cien por cien, sin embargo, cursar una invitación es diferente, nos da prestigio a nosotros y ellos solo tendrían que implicarse de una manera parcial, sin dejar su puesto.

—Me gusta la idea —admito.

Bea sonrío y me entrega un folio.

—Ya he hecho los deberes. He llamado a unos conocidos y he anotado su disponibilidad, así que solo tendrías que cuadrar las fechas y negociar los honorarios.

—Vaya... no sabía que tuvieras un lado empresarial —comento con retintín.

—No te equivoques —se ríe, negando con la cabeza—, no ha sido idea mía y a ti

te toca la parte más difícil...

—¿Rebajar sus estipendios?

—¡Lidiar con sus egos! —exclama, disfrutando por poder pincharme un poco.

Me río también, aunque la muy bruja esta vez me ha colado un gol.

—De acuerdo, visto desde un punto de vista comercial, puede ser una publicidad excelente. Lo gestionaré y, tranquila, sé cómo lidiar con un ego —digo bajando el tono e imprimiéndole un aire de cabrón implacable—. ¿Y cuál es el segundo asunto que querías comentar?

Bea desvía la vista, lo que significa que no me va a gustar nada de nada lo que tiene que decirme.

—Verás... —empieza titubeando—. Yo... pues... al final...

—Suéltalo —exijo, porque me pone de mala hostia tanta indecisión.

—Me han llamado de la revista...

Disimulo como puedo, sé que no me va a gustar lo que viene a continuación.

—¿Y?

—Ya sabes que hice la entrevista para *Secrets*, pero... —Inspira, me mira, pone cara de no haber roto un plato, sonrío y termina diciendo—: Quieren hacerme un reportaje fotográfico.

—¿Y cuál es el problema? —pregunto, pues después de crear tanta expectación resulta que no es para tanto—. Es lo más lógico, ¿verdad?

—Van a venir esta tarde aquí, al restaurante. Quieren hacerme las fotos en mi lugar de trabajo.

—Repito, ¿cuál es el problema?

Empiezo a cansarme del tema, porque una cosa tengo clara, sé diferenciar los asuntos personales de los laborales y que Bea salga en una revista como *Secrets* supone una publicidad impagable para el negocio.

—Van a venir esta tarde y...

—Bea, no seas cría, ¿estamos? —Me pongo en pie, hastiado de tanta gilipollez—. Me parece excelente que te dediquen espacio en la revista, que salga el nombre del Cien Fuegos, que tú aparezcas. ¿Pensabas acaso que me iba a enfadar?

Su expresión la delata.

Por favor, ¿es que la gente no sabe diferenciar las cosas?

—Pues sí, eso pensaba —admite en tono de disculpa.

—Anda, ve a ocuparte de tus asuntos y procura no decir más bobadas —contesto y ella me mira como si me tuviera lástima.

Joder, me revienta que adopte esa actitud.

—Xavi, de verdad, sé que no es fácil para ti, no disimules —insiste y, claro, termina poniéndome en el disparador.

—No te lo recordaré más veces, Bea: deja de inmiscuirte en mis asuntos personales y, por favor, abandona tus ridículas suposiciones —digo con dureza acercándome a ella, muy consciente de que la proximidad física suele intimidarla.

—Es para darte un par de collejas —masculla—. Te estás comportando como un niño orgulloso solo por no admitir tus sentimientos.

Yo arqueo una ceja, me ha hablado como si fuera mi madre.

—Si tanto te preocupan mis «sentimientos» —yo sé por dónde van los tiros, pero imprimo en la palabra del demonio una connotación sexual—, cosa que te he pedido en reiteradas ocasiones que dejes en paz, ocúpate tú misma y dame una satisfacción.

—Gilipollas —farfulla, negando con la cabeza y sonrojándose.

Me echo a reír sin poder evitarlo.

—Venga, Bea, que eres una mujer de mundo, nadie te va a reprochar que tengas un lío con tu jefe —bromeo, aunque ella no se lo toma a cachondeo.

—Voy a pasar por alto este extraño caso de acoso sexual, porque, primero, sé lo mal que lo estás pasando y, como cualquier tío, en vez de reflexionar haces el tonto, y, segundo, porque me caes bien.

—En primer lugar, si fuera acoso sexual te ibas a enterar —replico acorralándola contra la puerta de mi oficina— y en segundo lugar... —me acerco a su oído para rematar—, si tu querido Max se entera, me corta las pelotas y, Bea, sinceramente, hay muchas tías por ahí sueltas como para arriesgarme contigo. —Ella gruñe o algo así indignada—. Por no mencionar que no tienes pinta de ser muy activa en la cama, ya me entiendes.

—De tus pelotas, querido jefe, me encargaré yo en persona si me tocas un pelo. Y respecto a lo de cómo soy o dejo de ser en la cama, morirás con la duda —me suelta toda ufana, lo cual, por cierto, me anima, ya que por lo menos me obliga a aguzar el ingenio.

—Pues nada, otra vez será —digo apartándome.

—¡Vete a freír espárragos! —masculla abriendo la puerta.

—¡No, bonita, de eso te encargas tú, que eres la chef!

* * *

A las cinco y media de la tarde, después del servicio de comidas, entiendo por qué Bea se mostraba preocupada. Ciertamente que la aparición del equipo de *Secrets* para el reportaje fotográfico supone cierto trastorno en el local, pues han movido mesas y colocado sus aparatos desbaratando toda la organización, sin embargo, esa no es la causa de que esté echando humo.

Fiorella está aquí, charlando animada con Bea mientras sus compañeros lo disponen todo para la sesión. Yo observo desde la distancia, no obstante, ambos somos muy conscientes de la presencia del otro.

Permanezco cruzado de brazos y respiro hondo para mantener la cordura. Verla ahí de pie, comportándose como una profesional, fingiendo que no la estoy mirando, me corroe, pese a saber lo mucho que debe de estar sufriendo.

Joder, no lo voy a saber, si yo me encuentro en un estado similar.

Por fin parece estar todo montado, así que Bea recibe unos últimos toques por parte del maquillador y después se coloca donde le indican. Está algo nerviosa, yo sé muy bien que no le gusta ser el centro de atención; sin embargo, se arma de valor y sonrío.

Al fotógrafo parece no gustarle algo y lo para todo, se acerca a Fiorella y le habla en voz baja, ella asiente.

Mueven todo el tinglado hacia un lado y frunzo el cejo, porque desde esa posición el nombre del restaurante no se va a ver entero.

Esto son negocios, nada más, me digo al abandonar mi actitud pasiva y acercarme a ellos.

Bea me mira con cierto temor por si me pongo en plan cabrón. Ganas no me faltan, pero no, también soy capaz de hablar con normalidad.

—Ella es una parte fundamental del equipo del Cien Fuegos, por supuesto, pero me parece una falta de respeto hacia el resto de los trabajadores que el nombre del local quede difuminado —comento, señalando la nueva ubicación para las fotos.

El fotógrafo me fulmina con la mirada y Bea sigue, creo yo, rezando en silencio para que no se arme jaleo.

—Xavi, a mí me parece bien —dice con cautela, recurriendo a la diplomacia—, luego pueden probar desde otro ángulo.

—Si es posible, me gustaría hablar contigo en privado —interviene Fiorella y la miro por encima del hombro con aire indolente.

Está impresionante con ese vestido retro azul y negro, el pelo recogido y su actitud profesional.

Todos nos miran, mal asunto.

—Yo solo pretendo que las fotos hagan justicia al local —alego como un gilipollas pomposo.

—Mire, señor Quijano, lo entendemos, pero déjenos hacer nuestro trabajo —replica el fotógrafo.

Oigo los tacones de Fiorella acercándose a mí hasta detenerse a mi lado. No quiero ni mirarla.

—Será mejor que discutamos los detalles en otro sitio —dice ella, haciéndole un gesto a su fotógrafo para que no se meta en la discusión.

—Si quieres acompañarme a mi despacho para que te quite las telarañas, no tienes por qué inventar excusas —murmuro de pie a su lado, observando posar a Bea pero evitando mirar a Fiorella.

Sé que, de haber podido, me habría cruzado la cara nada más decírselo, pero estamos rodeados de gente y se contiene y yo controlo mi frustración hiriéndola. Injusto, lo sé, pero no sé qué otra cosa hacer.

—Perfecto, hablaremos allí —dice alto y claro.

Dirijo una última mirada a Bea; la pobre no sabe dónde meterse.

No he terminado de cerrar la puerta cuando el chasquido del pestillo se confunde

con el del bofetón que me da Fiorella. Me enciendo, y mucho, tanto que estoy a punto de devolvérselo, pero al mirarla me doy cuenta de que me dejaría abofetear mil veces con tal de tenerla tan cerca. Si esto no es cursi hasta decir basta, que baje Dios y lo vea.

Pero dejando a un lado tales consideraciones, lo cierto es que en vez de recriminarle su acción, me quedo frente a ella sin decir nada. Debería echarla del despacho y adoptar una postura de cabronazo insensible, pero no puedo.

Me abalanzo haciendo que choque contra la pared. La agarro de las muñecas y la obligo a alzar los brazos por encima de la cabeza. Creo que ha contenido un gemido. La miro a los ojos antes de ir a por su boca. Si tengo que recibir otro golpe, al menos que merezca la pena.

Cuando por fin tengo acceso a sus labios, soy yo quien no puede contener un jadeo. Recorro con la lengua todo el contorno de su boca y al comprobar que no me rechaza, me vuelvo aún más agresivo.

Uno no se da cuenta realmente de cuánto necesita a otra persona hasta que la pierde. Ya son dos pensamientos cursis en poco rato, pero muy ciertos.

Fiorella no intenta liberarse, ha asumido que de momento está a mi merced. No obstante, muestra ese pequeño conato de rebeldía que tanto me excita, pues se arquea, intentando provocarme. Me muerde el labio, sin duda creyendo que cederé.

Qué bien me conoce.

—Quítame las telarañas —exige gimiendo.

—Perfecto.

Puedo follármela contra la pared, pero me parece más apropiado hacerlo sobre el escritorio donde cada día trabajo. Un extraño capricho que después me servirá para excitarme cuando esté ocupado con mis quehaceres, sacándome un poco de la rutina.

Vuelvo a besarla, quiero ser delicado, no obstante, me es imposible. Demasiadas sensaciones contradictorias. La deseo, la odio, la quiero... joder, ¿la quiero?

—¿Qué te ocurre? —pregunta, al notar cómo pierdo el ritmo.

—Nada, tranquila —respondo un tanto huraño, pues es la primera vez que semejante idea se me pasa por la cabeza.

Tiro de ella y la arrastro hasta la mesa. Le doy un beso brutal al tiempo que meto una mano debajo de su vestido con un objetivo muy claro: su ropa interior. Le bajo las bragas y, para evitar riesgos, me las guardo en el bolsillo del pantalón. Fiorella, que se ha percatado de la jugada, sonrío de medio lado.

—Si las quieres recuperar, esfuérate —la desafío, al tiempo que le meto dos dedos.

Encontrármela caliente y resbaladiza hace que gruña.

—Como deseas... —musita provocativa—. Apuesto a que te han hecho más de una mamada en este despacho y que el listón está muy alto, pero... quiero intentarlo.

Sus manos van directas a la hebilla del cinturón, no obstante, yo la detengo.

—No. —Fiorella me mira confusa—. Hoy prefiero follarte, otro día vienes y me

la chupas.

Asiente y me mete la mano dentro de los pantalones. Empieza a tocarme y ahora es ella quien lleva el control. Me besa, me muerde, me chupa y al mismo tiempo me la menea.

—No tenemos tiempo para manoseos —me dice, antes de dar un tirón que me hace daño.

—Joder, cuidado con eso... —protesto.

—Ay, pobrecito... —musita—. ¿Si te doy un besito en la punta se te pasa?

—Mejor date la vuelta, inclínate sobre la mesa y deja que me folle ese culo. — Para que vea que voy en serio, le propino un buen azote.

—De acuerdo, pero quítate el cinturón, no quiero que me dejes marcas —contesta y a mí me recorre un escalofrío que me deja un tanto inquieto.

Fiorella me besa, juega con su lengua, vuelve a tenerme a su disposición; lo sabe y se aprovecha de ello. Lo peor de todo es que no me importa, porque me doy cuenta de que he sido un imbécil por intentar alejarme de ella.

Y ya van tres pensamientos cursis en el día de hoy. Mejor me la follo o acabo dedicándome a decir gilipolleces.

—Colócate —digo, agarrándola del recogido.

Obedece, se da la vuelta con estilo y ella sola se sube la parte inferior del vestido para mostrarme sus nalgas desnudas. Lleva unas medias color carne hasta medio muslo que me la ponen aún más dura.

Como me ha pedido, me deshago del cinturón, pero al sentir el suave cuero entre las manos, siento la imperiosa necesidad de ser malo, muy malo, y se lo paso por la piel, la acaricio con él. Fiorella me mira por encima del hombro.

—¿Hay algo que quieras hacer y no te atrevas?

Asiento. Joder, hace mucho que no juego a cosas extremas. Si lo hice en su momento fue porque iba pasado de vueltas y puesto hasta las cejas. Me importaba una mierda todo, sin embargo, ahora sé que es distinto.

—Hazlo —añade moviendo el trasero—. Quiero notar la diferencia.

—Joder... —gruño y tiro el puto cinturón al suelo. Ni loco sería capaz de azotarla con él—. Pues te vas a quedar con las ganas.

Me agarro la polla y, si bien me gustaría metérsela por el culo, sé que no es el momento ni el lugar, así que voy a lo seguro. Me coloco en posición y la penetro más o menos con cuidado. Ella se muerde el labio y estira los brazos agarrándose al borde. Yo me quedo quieto y me inclino hasta poder susurrarle al oído:

—Otro día me follaré tu precioso trasero —prometo y empiezo a moverme.

Nada mejor que enderezarme para poder adoptar un ritmo constante que nos lleve a ambos al clímax cuanto antes, porque estoy seguro de que fuera se estarán preguntando qué coño hacemos aquí tanto tiempo encerrados.

Sigo empujando, controlando mis jadeos, igual que ella. Nos gustaría gritar, gemir bien alto, pero somos conscientes de que pueden oírnos. Quizá follar

conteniéndonos hace que sea excitante, toda una novedad. No lo sé.

Fiorella empuja hacia atrás, se contonea. Yo intento inmovilizarla sujetándola de las caderas, aunque es cada vez más complicado. Siento cómo toda la tensión se acumula en mis pelotas, voy a correrme de un momento a otro, así que no quiero correr riesgos. Meto una mano entre sus piernas y le froto el clítoris. Nunca falla. Cierro los ojos y doblo un poco las rodillas para cambiar el ángulo de penetración. Acelero, ella me pide más y entonces solo se me ocurre una cosa.

Con el dedo bien lubricado gracias a sus fluidos, recorro la separación de sus nalgas y, justo cuando más se remueve, le meto el dedo en el culo.

—¡Xavi!

—Esto es solo un adelanto, córrete.

Seguro que su grito nos ha dejado en evidencia, pero a la mierda guardar las apariencias. Estamos follando, no jugando al parchís.

Embisto una última vez, Fiorella aprieta sus músculos internos y noto el momento en que se corre, justo lo que necesito para unirme a ella.

Tengo la espalda empapada, la corbata ladeada y los pantalones arrugados.

No puedo estar mejor.

—Estoy negociando las condiciones de mi divorcio —murmura mientras mete la mano en el bolsillo de mis pantalones para recuperar sus bragas.

—¿Perdón?

—Es muy importante que no cometa ningún error que luego Jaime pueda usar en mi contra —añade y me las entrega para que se las ponga.

—¿Vas a divorciarte? —pregunto arrodillándome, luego le subo las bragas como un eficiente y obediente sumiso.

Fiorella me sonrío agradecida y después se acerca a su bolso para sacar un pequeño estuche y retocarse el maquillaje.

—No es tan sencillo, pues Jaime se opone, no de forma directa, por supuesto. Es demasiado rastroso como para ello. Por eso lo he amenazado con exponerlo a la opinión pública, que es lo que más odia. En su círculo social solo tengo que fingir que todo va bien.

Cierro los ojos, acorto distancias, la abrazo, la beso, la siento.

—Fiorella...

—No sé cuánto tiempo llevará esta mierda, de momento tenemos que convivir bajo el mismo techo; sin embargo, no dejo que me toque. Se acabó.

—Quiero ser optimista, pero creo que te está engañando de nuevo —musito y sé que corro el riesgo de enfadarla.

—No, esta vez no. He buscado una abogada por mi cuenta, nada de consultar con el bufete que nos llevan otros asuntos. Conozco mis salidas.

—Me gustaría creerte...

—Escucha, no sé qué ocurrirá entre nosotros, nunca hemos hablado claro. De acuerdo, funcionamos en la cama, pero después puede que nos tiremos los trastos.

Aun así, correré el riesgo. Prefiero estar contigo un mes, aunque después todo se vaya a la mierda, que continuar aguantando a Jaime.

Continúo abrazándola desde atrás.

—Nunca me he visto en una situación parecida, y no me refiero al hecho de tirarme a una mujer casada —murmuro y sé que ella espera sinceridad, así que no voy a adornar la verdad—, me refiero al hecho de sentir algo; no me obligues a darte más detalles, por favor. Me siento violento.

—Xavi... —Se vuelve en mis brazos y me acuna el rostro—. Jaime me decía «te quiero» justo después de pegarme, así que, créeme, no necesito escuchar ciertas palabras, prefiero centrarme en los hechos.

—¿Y cuándo volveré a verte? —pregunto.

—No lo sé; ten paciencia por favor.

—Otra vez estamos en el punto de partida, ¿me equivoco?

—No, es muy diferente.

La beso. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

* * *

—Esto que no salga de aquí —le advierto a Bea en tono muy serio.

Ella asiente también seria y me mira algo preocupada, pues estoy seguro de que no sabe de qué voy a hablarle.

—Tienes mi palabra —dice, sentándose con dificultad debido a su embarazo.

Hoy es su último día de trabajo y, pese a que va en contra de mi forma de proceder hasta la fecha, necesito hablar con alguien de lo que ocurre y, puesto que hacerlo con mi madre me resulta un poco violento, he optado por Bea. Solo espero que no se descojone de mí.

—Como habrás imaginado —empiezo algo nervioso—, mi digamos «relación» con Fiorella es...

—¿Complicada? —sugiere sin parpadear.

Me hubiera gustado decir en voz alta: intensa, increíble y adjetivos por el estilo pero sí, el término elegido por Bea resume bastante bien la situación.

—Puede valer —admito.

—Escucha, hablé la semana pasada con ella y cuando me hizo alguna que otra pregunta sobre ti... até cabos.

—Genial... —mascullo, porque no me hace mucha gracia que sean amigas.

—Por lo general, cuando alguna mujer me pregunta por ti, suele referirse a si estás libre, si eres solo mi jefe o si eres gay. —He debido de poner cara de espanto, porque ella me aclara—: No te extrañes tanto, estoy segura de que los hombres también te meten ficha.

—Sí, bueno... pero esa no es la cuestión.

—A diferencia de otras mujeres, Fiorella se interesó por ti. Yo le dije sin florituras

que eres culo de mal asiento y que si estaba interesada debía hacerse a la idea de tu poca o ninguna predisposición a repetir, que lo pasara bien y punto.

—Vaya, gracias —apunto con ironía.

—Es la verdad. Os he visto juntos y sí, la miras más de lo normal, así que pensé que por fin una mujer te había hecho tilín.

—Tilín... —Palabra cursi que solo Bea podía utilizar para describir lo que Fiorella me provoca.

—Pero sé cómo eres y por eso, a pesar de ser una romántica empedernida, creo que tienes razón, intentar que cambies es una pérdida de tiempo.

—A pesar de tu escasa o nula fe en mí, esta vez es diferente —afirmo y me doy cuenta de que a lo mejor no es tan duro admitir lo que uno siente. Vale, me sigo sintiendo gilipollas, pero al menos un gilipollas sincero.

—¿Por qué? —pregunta y cambia de postura en el sillón.

—¿Cómo que por qué? —replico molesto—. Ella me importa, para empezar.

—Por eso la trataste mal el día que vino a supervisar el reportaje. Fuiste desconsiderado, gruñón, impertinente. Todo el mundo se dio cuenta.

Me pongo en pie, debería cabrearme, pero de momento me contengo. Sí fui un poco, miento, bastante insoportable cuando abandonamos el despacho, pero solo intenté que nadie se diera cuenta de que me la había follado hacía diez minutos y que además me había dejado confuso, pues su confesión no era para menos. Iba a divorciarse, genial, pero ¿cuándo?

—Escucha, y por lo que más quieras, no comentes esto con nadie, ¿de acuerdo? —Bea asiente—. Le propuse que se viniera a vivir conmigo.

—¡No! ¿Estás de guasa? —pregunta, abriendo los ojos como platos ante la revelación que acabo de hacerle.

Y no es para menos, hasta yo estoy alucinando.

—Hemos estado viéndonos a escondidas y... bueno, ella está casada.

—¿Me tomas el pelo? Pero si su marido es... Yo creía que tú, bueno, que te gustaba y eso...

—Me hace tilín —le recuerdo con sorna.

—... pero que ella te había rechazado por estar casada y tú, vengativo, te habías dedicado a putearla. —Tuerzo el gesto, vaya opinión tiene de mí—. Cuando te acompañó a la cena no sabía su estado civil.

—Yo sí —admito sin ambages.

—Menudo culebrón...

—Entenderás por qué no debes comentarlo con nadie.

—Palabrita —afirma, todavía con cara de sorpresa y esbozo una sonrisa irónica; con expresiones como esta es difícil mantener la seriedad.

—Por eso quiero que me ayudes —añado, mirándola a los ojos.

Puede que Bea sea cursi y que me crispe los nervios, no obstante, en estas cosas de pareja está mucho más versada que yo.

—Esto... una duda, ¿quieres que yo la llame, quede con ella y os sirva de coartada?

Doy un respingo. Joder, esa no es la clase de ayuda que tenía en mente, pero ahora que lo menciona...

—Sí y no —respondo prudente.

—Me he perdido —contesta frunciendo el cejo—. ¿Quieres o no quieres estar con ella?

—Vaya pregunta, claro que sí —protesto—, pero además...

Me paso una mano por el pelo, nervioso, ahora es cuando digo en voz alta que no solo quiero follármela y admito que siento algo por Fiorella.

—¿Además...? —me anima Bea.

—Que es mucho más que sexo —suelto a bocajarro y me tenso, porque ahora es cuando se descojona en mi cara.

Le doy la espalda pues prefiero no ver su risa burlona, en cambio Bea, contra todo pronóstico, se acerca a mí y me da un toque en el hombro. Me vuelvo despacio y sí, está sonriendo, pero no de manera cínica, y antes de que pueda impedírselo, se me echa encima y me abraza cuanto le permite su barriga.

—¡Estoy tan contenta! ¡Por fin te has dado cuenta! —exclama emocionada, sin soltarme.

Yo me siento un poco violento, lo admito, porque si bien en su momento pensé en ligármela, ahora ya me sería imposible, no me excita nada, además, las embarazadas siempre me han dado reparo, por no mencionar que el padre de la criatura me partiría las piernas.

—Ya sé que es difícil para ti —prosigue y ¿se está secando las lágrimas?

—¿Por qué lloras?

—¡De emoción, tonto! Nunca pensé que te vería coladito por una mujer.

—Yo tampoco —mascullo un poco violento.

—No te preocupes, yo te ayudaré. —Arqueo una ceja—. En todo, pedazo de bobo, ya verás como no duele nada.

—Ella no puede cometer ningún error —le recuerdo.

—Y tú tampoco —me suelta risueña, para después darme un par de sonoros besos en la mejilla.

Pero de repente se le borra la sonrisa y se lleva las manos al vientre.

—¿Qué ocurre?

—Una patada, y de las gordas —responde tras inspirar hondo—. Mira...

Horrorizado, veo cómo me agarra de la muñeca para que le ponga la mano encima. Me resisto, claro, pero ella no cede hasta que al final la toco.

Es la primera vez en la vida que me acerco tanto a una embarazada. Bea presiona un poco y yo, la verdad, no siento nada, pero parece hacerla feliz el hecho de compartir algo así conmigo, así que no mencionaré que no noto al feto moverse.

—Ahora parece que se ha tranquilizado... —suspira.

—¿Cómo puedes soportarlo? —pregunto, porque nunca he entendido por qué una mujer es capaz de someter su cuerpo a semejante tortura.

—Eres hombre y jamás lo comprenderás —me explica con cariño.

—Nos estamos poniendo muy cursis, ¿verdad?

—Sí —dice riéndose—. Nos hemos besado y abrazado, así que lo siguiente será que me acompañes a comprar ropa de bebé.

Me aparto de ella como si tuviera la peste, lo que hace que se ría a carcajadas.

* * *

—Os dejo solos...

Bea cierra la puerta de mi despacho con cuidado, como si no quisiera hacer ruido, lo cual es absurdo, pues son las once de la mañana y hasta las doce no empiezan a llegar los empleados.

Veinte jodidos días de espera en los que la pregunta más frecuente ha sido: ¿cuántas estupideces es capaz de hacer un hombre por una mujer?

Bea, que me lo oyó mascullar, tampoco me sacó de dudas, pues como respuesta me dijo:

—Infinitas.

Traducido, que estaba y estoy bien jodido.

Después de tantos días sin ver a Fiorella, lo más lógico es ir directo hacia ella y devorarla, sin embargo, me contengo, no quiero darle la impresión de que solo busco una cosa. Tampoco voy a negarlo, aunque prefiero no ser yo quien lo sugiera.

La miro, se ha quedado de pie junto a la puerta, con su maletín de trabajo en la mano, y empieza a caminar hacia mí. Echo hacia atrás el sillón, agarrándome a los reposabrazos. Estoy tenso, en varias acepciones de la palabra.

—Tengo algo para ti en exclusiva —murmura y abre su maletín.

Me entrega un ejemplar de la revista *Secrets*, el próximo número para ser exactos.

Bea ocupa la portada. La foto está tomada junto a la puerta que da acceso a la despensa. *A priori* nada elegante. Tampoco luce su gorro de chef ni su delantal. Ambos complementos están colgados de manera un tanto descuidada del tirador.

La foto es buena y capta muy bien la imagen de Bea, tímida, reservada, sonriendo con discreción, pero a la vez una profesional. Al pie de la foto puede leerse «Nunca pensé llegar tan lejos».

Demasiada modestia, bajo mi punto de vista, pero ella siempre se ha comportado de ese modo. Nada que me sorprenda.

Dejo la revista de forma despreocupada sobre la mesa, entre mis prioridades más inmediatas no se encuentra leer.

—Quería haber incluido tu artículo...

—El cual ni he empezado a redactar —termino la frase por ella—. Ven aquí.

Fiorella se me sienta encima y de inmediato busco su boca. Ella responde de igual

modo, algo contenida, pues no queremos precipitarnos.

Como era de prever, un beso nunca es suficiente y mi mano empieza a colarse por debajo de su falda, Siento el tacto de sus medias y asciendo despacio hasta tocar su piel. Ahí me detengo.

—¿Qué ocurre? —me pregunta mirándome extrañada.

—Quiero follarte, eso no lo dudes; sin embargo, no me hace gracia que pienses que es lo único que deseo —le aclaro.

Y teniendo en cuenta mis antecedentes, estas palabras han sido toda una declaración. Ella se ha dado cuenta.

Recorre mis labios con un dedo, los separa y yo atrapo ese dedo jugueteando entre los dientes.

—Lo sé —musita—, pero llevo muchos días sin verte, ya tendremos tiempo de aburrirnos, ¿no crees?

—De acuerdo —acepto sonriendo.

—Tengo otra sorpresa para ti...

Se levanta y va en busca de su bolso. Saca un pequeño envase y lo mueve delante de mis narices.

—¿Qué es?

—La última vez que estuve en este despacho me hiciste una promesa —dice entregándomelo.

Trago saliva. Es un tubo de lubricante. Preguntarle si está segura es una falta de consideración. Fiorella es una mujer hecha y derecha. Sin embargo...

—No creo que sea el lugar más apropiado —comento con cautela.

—¿Lo dices porque no hemos corrido el pestillo? —bromea.

—Lo digo... —me pongo en pie y acuno su rostro mirándola fijamente a los ojos sin parpadear— porque me gustaría tenerte de todas las formas posibles, pero sin prisas, sin ocultarnos. Si un día nos apetece follarse en el asiento trasero de un coche, o si quieres chupármela en los aseos de un local de moda, o que te masturbe mientras vemos una película en el cine, por mí perfecto. Me importa una mierda si nos miran.

—Ya lo han hecho, ¿recuerdas? —dice, refiriéndose a nuestros encuentros en el club.

Niego con la cabeza y ella me mira extrañada.

—Te mentí —confieso—. No quería que nadie nos observara realmente, solo quería que tú disfrutaras de la fantasía.

—¿Por qué conmigo no y con otras sí? —replica mosca.

—Podría volver a mentirte y decir que no quería correr riesgos por si te reconocían, pero lo cierto es que la razón fue más personal. No me hacía ni puta gracia que otros te observaran.

—Vale, me lo tomaré como un cumplido —musita seria—, aunque cuando todo esto de vernos a escondidas acabe, yo decidiré si quiero follarse con público o no.

—De acuerdo. Y ahora...

—Si no vas a hacer uso de mi regalo... deja que al menos yo haga realidad una fantasía. Siéntate —ordena, empujándome hasta tropezar con el sillón para inclinarse y morderme el labio inferior. Después se deja caer de rodillas y, sin dejar de mirarme a los ojos, me desabrocha los pantalones.

Como no podía ser de otro modo, mi polla la saluda nada más verse libre y Fiorella se humedece los labios. Yo inspiro hondo.

—¿Tu fantasía es chupármela en mi despacho? —Solo planteo la cuestión para provocarla.

—Una de ellas... —responde evasiva y como se inclina para metérsela en la boca, ya no puedo pensar con nitidez.

Yo no la toco, dejo que sea ella quien marque el ritmo. No es solo la sensación húmeda alrededor de mi erección, sino también el hecho de observar a Fiorella arrodillada a mis pies, acariciándome las pelotas con una mano, arañándome el estómago con la otra y moviendo su boca arriba y abajo por mi polla.

Echo la cabeza hacia atrás y arqueo levemente las caderas para adentrarme más. Ella no protesta, todo lo contrario, gime al parecer encantada con el hecho de que me muestre agresivo.

—Fiorella... —jadeo cuando con la lengua me recorre la punta, tensando la sensible piel antes de succionar de nuevo con fuerza.

Los sonidos propios de una mamada bien hecha se mezclan con nuestras respiraciones y gemidos.

—Dime que te gusta chupármela...

—Con la boca llena no se habla —replica, haciéndome reír—. Pero sí, me encanta tener una buena polla a mi disposición. Y hace tiempo que no me comía una tan rica...

—Dime que has mojado las bragas... —jadeo, levantando la pelvis. Me voy a correr de un momento a otro y quiero que se lo trague todo.

—No llevo bragas...

—Joder...

—¿Alguna pregunta más?

—¿Te lo vas a tragar todo?

No responde con palabras, sino que asiente con fervor y yo cierro los ojos para disfrutar al máximo.

Como presentía, tardo apenas tres minutos en correrme y ella, fiel a su palabra, no se aparta, hasta que yo salgo de su boca y me las apaño para besarla.

—Y ahora ábrete de piernas y déjame comprobar si llevas o no ropa interior...

Fiorella no miente.

Se sube encima de la mesa y se levanta la falda para mostrarme su sexo diciendo:

—¡Sorpresa!

—Pues sí, ya veo —comento, dándole un beso en cada rodilla—. Y en agradecimiento por tu dedicación y esfuerzo, te dejo elegir cómo quieres correrte.

—Menudo dilema... ¿Puedo tener un poco de cada antes de decidirme?

—Ya sabes que sí —afirmo decidido a todo.

Y le hago la primera demostración práctica de cómo puedo darle placer con la boca.

Esto es solo el aperitivo, pienso, cerrando los ojos al saborearla.

Y lo hago a conciencia. Con la lengua, la provoco, la excito, logro que gima, maldiga y me tire del pelo. Cuando está a punto de correrse, me retiro, y eso hace que proteste y me amenace, pero yo me incorporo entre sus piernas y, agarrándome la polla, froto la punta contra su clítoris.

—Eso está mejor... —suspira.

—Pues entonces esto te va a encantar —asevero, penetrándola de golpe.

Ella se aferra a mis hombros, lo que me permite embestir como un animal. A pesar de su solidez, la mesa traquetea con mis envites y creo que algún objeto del escritorio caerá al suelo. Creo que he oído ruidos fuera, eso significa que empieza a llegar gente, pero me trae sin cuidado.

—Lleva siempre ese tubo de lubricante en el bolso, porque la próxima vez lo usaré sin piedad —gruño, metiéndole un dedo por detrás hasta que ella se arquea entre mis brazos y se corre entre respiraciones entrecortadas.

Yo no tardo ni medio minuto en alcanzarla.

Nos quedamos así, unidos. Relajándonos hasta que Fiorella me pide que la suelte porque se le ha dormido una pierna. Entonces la ayudo a incorporarse y me abrocho los pantalones.

—¿Cuándo volveré a verte? —pregunto, intentando no mostrarme muy ansioso para no transmitirle mis nervios. Bastante tiene ya como para que encima yo la presione.

—No lo sé —admite con pesar.

Saca unas bragas limpias del bolso y se las arrebato para ser yo mismo quien se las ponga. Cualquier excusa es buena para tocarla.

—Solo sé que dentro de quince días tengo una cita con mi abogada. Ha preparado el acuerdo. Si Jaime acepta y firma, todo será rápido.

—Pero intuyo que no lo firmará —murmuro sin perderme un detalle mientras se retoca el maquillaje y se peina.

—Espero que no se obstine en ir a juicio —contesta con pesar.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunto abrazándola.

—Ya lo haces, quitándome las telarañas —bromea, y tuerzo el gesto—. Oye, nadie las quita mejor que tú. Y, para que lo sepas, Jaime no ha vuelto a tocarme.

Inspiro, ese tema me hace hervir de indignación.

—Sé que esto no es lo que quieres oír, pero prefiero saber que te toca mientras se acuesta contigo en vez de levantarte la mano.

—Para mí es lo mismo...

—Me gustaría acompañarte fuera y despedirte como es debido —digo para no

seguir calentándome la cabeza.

Fiorella me besa en los labios con ternura.

—Despidámonos aquí...

* * *

Siempre que he invitado a una mujer a cenar, a un acto social o a cualquier otra parte, lo he hecho con un fin concreto, es decir, llevármela después a la cama o cumplir con mi parte del trato tras habérmela tirado.

Por eso ahora estoy que me subo por las paredes, porque me gustaría compartir con Fiorella algo tan sencillo como salir a tomar una copa o lo que sea, consciente de que la salida no tendría por qué acabar en sexo.

Me he convertido en un gilipollas de manual. Antes de conocerla me comportaba como un cabrón sin sentimientos, alguien diría incluso que como un sociópata bien integrado, respecto al mundo en general y las mujeres en particular. Sin embargo, he acabado siendo el «osito mimosín» y aquí estoy, sentado a la mesa junto a mis padres, que quieren decirme algo.

Por supuesto, he intentado escabullirme con variadas excusas, pero no ha habido manera. Ellos se han obstinado hasta hacerme ceder.

Bueno, si me dan la noticia de que se separan, a mi edad un trauma no me van a causar, aunque tampoco me haría mucha gracia, ya que sigo con mi madre en casa y, a pesar de que no es tan complicado convivir con ella como pensaba, preferiría que me dejase otra vez solo.

—Tu madre y yo hemos decidido vivir separados —suelta mi padre tan pancho, cuando hasta no hace mucho le hubiera dado un infarto solo de pensarlo.

Cómo cambian las cosas.

—Es lo mejor —lo secunda mi madre con aire condescendiente.

—Aun a riesgo de parecer desconsiderado y el peor hijo —los miro antes de seguir—, ¿por qué me contáis esto?

—Xavi, por favor, escucha a tu madre. Y deja de pensar por una vez en ti mismo —me reprende mi padre y yo bebo un buen sorbo de vino para cerrar el pico.

Y ya es la tercera copa que me sirvo.

—Si echo la vista atrás, me doy cuenta de que me casé con tu padre sin apenas conocerlo —empieza ella y yo me abstengo de hacer comentarios, porque al final me voy a ganar otra reprimenda—. No tuvimos apenas citas y las pocas que hubo, pues en aquellos tiempos...

—Mamá, por favor —la interrumpo un tanto violento, la intimidad de mis padres debe quedar entre ellos, no hacerme a mí partícipe de ella.

Lo que no me cuadra es que hasta la fecha han sido bastante discretos al respecto, así que ahora me descoloca que se muestren tan comunicativos.

—En una palabra, que nos gusta quedar para salir sin luego tener que convivir —

remata mi madre.

Inspiro, bebo otro sorbo, los vuelvo a mirar y, sin poder contenerme, suelto:

—O sea, que te has pasado la vida recriminándome cómo vivo, diciéndome que sentara la cabeza, que me casara, que vivir a mi aire y salir por ahí no estaba bien y ahora resulta que te vas de ligoteo. ¡Joder!

—Esa boca...

—Sí, se va de ligoteo, pero conmigo —tercia mi padre.

—Si no lo veo no lo creo... —murmuro, negando con la cabeza—. Así que a partir de ahora llegarás tarde a casa, o me llamarás en el último momento para decirme que no vienes a dormir.

—Deja el sarcasmo y respeta a tu madre.

—Respecto a eso... No voy a vivir contigo, Xavi.

—¿Y dónde vas a instalarte? —inquiero, frunciendo el cejo, porque tantas novedades para asimilar en una noche no es algo bueno.

—Me he buscado un piso para mí sola.

—Mira qué bien, así podrás llevarte tus ligues a casa sin molestar —contesto sin salir de mi asombro.

—Compórtate, no te lo diré más veces —exige mi padre elevando el tono.

—Anselmo, por favor, no demos un espectáculo —le pide ella amable y él parece refrenar un poco sus ganas de sermonearme.

—Lo que no entiendo es para qué me contáis todo esto —insisto, sirviéndome más vino.

Puede que la comida sea excelente, pero no sé yo si voy a poder degustarla con tranquilidad.

—Porque te queremos, y porque tienes derecho a saberlo —dice ella, apretándome la mano.

—Disfrutemos de la cena —mascullo, porque creo que será lo mejor.

Que hagan lo que les venga en gana, total, van a hacerlo de todos modos. Y yo, que bastante tengo con lo mío, mejor me quedo a un lado.

—¿Qué tal te va con esa chica? —pregunta mi madre, toda dulzura.

—¿La casada? —añade mi padre con cierta inquina—. Por la cara que has puesto, salta a la vista que nada bien, como yo me barruntaba.

—Son cosas mías —contesto y sé que ponerme a la defensiva es peor, pero no quiero dar detalles, en especial porque no tengo noticias de Fiorella desde hace diez días.

—¿A quién se le ocurre? —continúa mi padre sin la más mínima delicadeza—. Mira que esas cosas nunca salen bien.

—Tú también sales con una mujer casada —digo, señalando a mi madre.

—No es lo mismo y no te vayas por la tangente.

¿Es o no es para flipar?

Me llevo las manos a la cabeza, porque no he presenciado una escena tan

surrealista en mi puta vida.

—Hijo, estamos preocupados. Reconozco que esa mujer me gustó y me pareció educada, pero... —mi madre niega con la cabeza— solo te va a traer problemas.

—Por eso tienes que cortar por lo sano —añade mi padre, tajante.

—Vamos a ver, porque creo que se os escapa un detalle. Para empezar, soy mayor de edad, y en segundo lugar, si yo no me meto en vuestras vidas, ¿por qué cojones insistís en tocarme la moral?

—Baja la voz —interviene mi madre, preocupada por si empezamos a ser el centro de atención del restaurante.

—Nosotros solo queremos verte feliz, estable y no creo que andes muy centrado últimamente.

—A ti lo que te jode es que haya triunfado en los negocios sin seguir tus pasos —le recuerdo a mi padre con acritud, porque me están dando la cena.

—Eso no es cierto.

—No le defiendas, mamá.

—Claro que me molesta que mi único hijo gane dinero con un antro en el que a saber qué ocurre.

—Si no sabes qué pasa en el club, ¿por qué piensas que es un antro? —mascullo, sirviéndome otra copa de vino. Voy a acabar pedo, pero creo que será la única forma de aguantar esta reunión familiar.

—Xavi, no te hagas el listillo, que aquí todo se sabe.

—También dirijo un restaurante, ¿o eso también te parece mal?

—Tantos estudios para nada. Estás desperdiciando tu talento —insiste él y, como no es la primera vez que me suelta esa opinión, ya no me afecta.

—Dejemos esta discusión, por favor —tercia mi madre, previendo que ambos nos vamos a enzarzar verbalmente—. Y vayamos a lo importante.

—Sí, eso —murmuro hastiado—, hablemos del rollo que os traéis, porque tiene tela.

Creo que el alcohol está empezando a hacerme efecto.

—Solo te lo hemos contado; no esperamos tu aprobación.

Miro a mi padre. Joder, la situación tiene bemoles. Aun voy un día de visita y me los encuentro haciendo manitas en el salón, algo que jamás ha ocurrido, pues nunca han mostrado afecto el uno por el otro en público.

—Es recíproco. No necesitáis mi permiso ni yo el vuestro. Fin de la discusión.

—¡Esto es diferente! Esa mujer no va a dejar la posición que tiene, ni el dinero de su marido, por ti. A ver si se te mete en la cabeza.

—¡Se acabó! —exclamo, levantándome de la mesa. Me tambaleo un poco, pero no me caigo.

Saco de mala hostia la cartera y dejo dinero suficiente para pagar la cena y una considerable propina.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?!

Ni me molesto en responderle a mi padre. Ya somos el centro de atención del restaurante, en especial porque yo, hartado de todo y bastante borracho, tropiezo con una camarera y le tiro la bandeja al suelo. Pero ni me disculpo.

Una vez fuera, sé que no puedo conducir así, de modo que en cuanto localizo un taxi lo paro. Una vez dentro, no sé qué dirección darle al conductor...

* * *

—Das pena, chaval.

Alzo la vista y veo la cara burlona de Max. Nunca hemos sido amigos, pero anoche estaba tan descolocado y tan ebrio que al final, para no cometer una estupidez aún mayor que cabrear a mis padres, me presenté en casa de Bea, y ella, maternal como siempre, me dejó dormir en el sofá y hasta me preparó un vaso de leche caliente para que conciliara el sueño.

—Es lo que tiene dormir en un sofá como el vuestro. Por Dios, ¿no podríais haber comprado uno mejor?

—Por supuesto —contesta Max sin perder su expresión burlona—, pero entonces se nos acoplarían más visitas de las deseadas.

—Vale, lo capto —digo poniéndome en pie—. Gracias por el café, el sofá y, bueno, por todo. Creo que ya estoy en condiciones de volver a mi apartamento.

—¿Te marchas ya? —me pregunta Bea entrando en la cocina con un camisón premamá que me hace apartar la vista.

No estoy preparado para verla tan gorda. Puede que sea gilipollas, pero sigo sin sentirme cómodo junto a una embarazada.

—Sí, ya he molestado bastante —digo en voz baja.

—Como quieras, pero por favor, no hagas tonterías. ¿De acuerdo?

—Sí, mamá —replico, intentando sonar sarcástico, pero no creo que lo haya conseguido.

Bea nos deja a solas al oír que su hijo la llama. Max me mira en silencio cruzado de brazos. Es un tío demasiado enigmático para mi gusto y, repito, nunca hemos congeniado, pero no sé si es por la situación tan extraña o porque necesito una visión masculina del asunto, pero el caso es que termino diciendo:

—Estoy muy jodido.

Él arquea una ceja y me sirve otro café. Me ha comprendido a la primera. Entre hombres no hace falta recurrir a palabras cursis o a detallar sentimientos. Además, Bea lo habrá puesto al corriente de todo.

—Yo diría que muy jodido.

—Gracias por la aclaración —digo con una mueca burlona.

—Si esperas un consejo, me temo que no soy el más indicado —admite, señalando la puerta por donde ha salido Bea.

—No quiero un consejo, quiero una maldita solución —replico, dejándome caer de nuevo en el sofá.

—Pues espera sentado. Y, si quieres mi opinión, ármate de paciencia.

—Lo dicho. Gracias por todo.

Me despido de ellos y me voy en busca de mi coche. Cuando por fin entro en mi ático, me encuentro a mi madre junto a Luisa y la señora Galiana en plan aquellarre, esperándome. Todas con cara de preocupación.

Espero que solo se trate de un aquellarre informativo y no uno de acoso y derribo.

—Lo que me faltaba... —digo entre dientes.

—Este chico necesita ayuda —comenta la vecina.

—¿Te llevo ese traje al tinte? —pregunta mi asistente acercándose, pero levanto una mano para que me deje en paz.

—Hijo, ¿dónde has pasado la noche? Me la he pasado casi entera en vela, esperándote.

Estoy a punto de decirle que por qué no se ha ido con su «novio».

—¿Podéis, por favor, idos un poco a tomar por el saco y dejarme dormir?

—No seas grosero —me reprende mi madre.

—El mal de amores —afirma la señora Galiana.

—¿Te preparo un zumo?

Cierro los ojos. Me están poniendo en el disparador. En cuanto pueda, mando cambiar la cerradura y aquí no entra ni el Espíritu Santo.

Paso de las tres y me dirijo al dormitorio. Una ducha y estaré como nuevo, al menos físicamente. Mi estado de ánimo es otro cantar.

Pero parece que ellas se han puesto de acuerdo para tocarme la moral, incluida mi vecina, que pese a ir con muleta no se detiene.

—Vamos a ver, me voy a desnudar.

Luisa sonrío con malicia e interés, mi madre pone cara de «eres mi hijo, ya te he visto desnudo» y la señora Galiana se encoge de hombros.

—¡Fuera!

—Dejémosle descansar —propone mi vecina y las otras dos la secundan.

Debería quedarme tranquilo, pero sé que mientras me echo un rato, las tres van a estar maquinando en el salón. No sé si podré relajarme...

En efecto, cuando tres horas más tarde salgo del dormitorio, el trío calavera está sentado en mi sofá de piel dándole a la sin hueso. Me quedo de pie a una distancia prudencial para observarlas. Luisa, que debería estar limpiando, se esfuerza por congraciarse con mi madre. Esta no deja de obviarla con indirectas más o menos sutiles y la señora Galiana alaba una y otra vez las virtudes de Fiorella.

Las dejo a su aire y me voy a la cocina. Llamo al restaurante para avisar de que hoy no iré; prerrogativas de las que dispongo por ser el jefe. Me preparo un café bien cargado mientras trasteo con el móvil repasando los mensajes, hasta que encuentro uno que me hace reaccionar de tal forma que derramo el café caliente sobre la

encimera, salpicándome.

—¡Joder!

Debe de ser una broma, así que lo leo una y otra vez. Junto al texto «Soy libre» aparece la fotografía de un documento. La amplío y compruebo que se trata de uno oficial, con la firma de dos personas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi madre entrando en la cocina alarmada.

—Ahora mismo lo limpio —dice Luisa, buscando rauda una bayeta.

—Espero que sean buenas noticias —añade la vecina con una sonrisa cómplice.

No pienso decirles nada, que luego me fríen a preguntas. Me voy al dormitorio y en menos de quince minutos estoy listo para salir.

—Como te has tomado el día libre, puedo prepararte la comida —me dice Luisa.

—Hijo, pero ¿qué pasa?

—Está usted muy guapo, señor Quijano —afirma la señora Galiana.

No le doy un beso por el piropo para que las otras dos no se pongan celosas. Lo único que hago es responder al mensaje pidiéndole a Fiorella que me llame o que me diga dónde está para ir a buscarla.

Me siento en el coche con el motor apagado y mirando el móvil a la espera de recibir respuesta. Sin embargo, no hay suerte.

—Mierda, mierda, mierda...

Solo recibo un wasap de mi madre recordándome que llame a mi padre para hablar con él y que no haga tonterías. Ni loco lo llamo.

Pasan los minutos. Nada de nada.

¿Y si voy a buscarla a la revista?

Al fin y al cabo, tengo que entregar un artículo y como excusa no existe una mejor. Sin pensarlo dos veces, arranco el coche.

* * *

Hoy me da la impresión de que todos están en mi contra.

Nada más llegar al edificio donde se encuentran las oficinas de *Secrets* me he topado con la controladora de zona azul más imbécil e irracional de toda la ciudad, aparte de poco educada, encima era difícil de mirar. Lo tenía todo la pobre, fea y gilipollas.

Así que he tenido que coquetear un poco con ella para que al final no me pusiera una multa. Cuando por fin me he librado, he sentido lástima por el hipotético hombre que salga con ella, vaya cruz.

Pero nada, yo sigo inasequible al desaliento y ahora tengo delante al segurata más tonto del culo que un tipo con prisas se puede encontrar.

Entiendo que deben vigilar el acceso al edificio, sin embargo, podrían tener un poco más de sentido común, pero nada, el hombre no me deja entrar.

—Puede llamar al despacho de la señorita Vizcaíno y comprobar que no soy un

peligro —le insisto; no obstante, él continúa erre que erre.

Me aparto y llamo a Fiorella, este impresentable se va a enterar. Pero como las desgracias nunca vienen solas, ella no responde y tengo que buscar un plan alternativo.

Y yo, que nunca me he visto en una situación similar, es decir, ir en busca de una mujer, no sé ni por dónde me da el aire.

—¿Y si llama a su secretaria?

—Ya le he dicho, caballero, que no voy a molestar a nadie. Si no aparece en la lista de citas del día, yo no puedo dejarle pasar. Así que apártese de la entrada.

Entonces me doy cuenta de que una mujer nos observa con una media sonrisa. Está de pie junto a la puerta, fumando. Decir que es despampanante es quedarse corto. Lleva colgada una identificación, por lo que es fácil pensar que trabaja aquí. Ahora bien... ¿me acerco, coqueteo y la medio engaño para que me ayude o le doy una patada en los huevos al de seguridad?

Las dos opciones me parecen legítimas en un caso de apuro como el mío.

Cuando la desconocida apaga el cigarrillo, termino de decidirme. No me hace falta ni ajustarme la corbata, soy muy consciente del aspecto que tengo. Si he tonteado con una controladora de zona azul horrorosa que me inspiraba más bien poco, ¿qué no podré hacer con una mujer impresionante?

Allá vamos...

—Hola, ¿trabajas aquí? —le pregunto con educación, reservando una sonrisa seductora para dentro de un minuto.

—He oído la conversación; no hace falta que te esfuerces. Fiorella no está en su despacho.

Joder, esto es tener el don de la oportunidad y lo demás son tonterías.

—No es por desconfiar, pero ¿lo dices para librarte de mí o porque es cierto?

Ella se acerca, puedo olerla y entrever el encaje de su sujetador debido al escote que luce. «Vale, concéntrate. Puedes recrearte la vista, pero nada más», me recuerdo.

—Soy su secretaria.

Trago saliva. Qué casualidad. Sonrío.

—¿Y podrías decirme dónde encontrarla?

—Como te ha dicho el de seguridad, no damos esa clase de información a desconocidos —me suelta con dulzura, aunque se ha humedecido los labios.

Podría ir más allá, y de hecho en cualquier otra circunstancia no lo dudaría, pero maldita sea, me siento igual que un diabético en una pastelería. Se mira, pero no se toca. Qué difícil es esto.

—Soy... amigo de Fiorella, créeme, no te meterás en líos si me dices dónde está —contesto, y ahora parpadea. Lo que me faltaba.

—Déjame tu teléfono... lo consulto con ella... y te llamo —sugiere melosa.

Inspiro, muy hondo. Que la vamos a liar. No soy de piedra y ella tampoco se contiene.

Recurso a toda mi fuerza de voluntad. Saco una tarjeta y se la entrego. Ella la coge y solo le ha faltado restregársela por el escote. Vaya plan...

—¿Eres Xavi? —pregunta frunciendo el cejo—. ¿Ese Xavi?

Parpadeo, aquí hay gato encerrado.

—No sé cómo interpretar lo de «ese» —respondo con cautela.

—Perdona, de verdad —se disculpa y cambia por completo de actitud.

—¿Vas a decirme ahora dónde está Fiorella? —Voy al grano, porque en serio que voy a acabar liándola. Mejor dicho, liándome con esta mujer, qué tetas, por Dios.

Ella niega con la cabeza.

—Se ha tomado unos días libres, por asuntos personales —me informa sin rastro de coqueteo.

Una pena, porque la chica merece la pena.

«Que no puedes», me recuerdo.

—Pero podrás localizarla...

—Tengo el teléfono de su domicilio, aunque...

Por cómo lo dice, salta a la vista que está al corriente de los problemas domésticos de su jefa. No hace falta entrar en detalles.

—No pasa nada. Si se pone en contacto contigo, dile que me llame cuanto antes. ¿Lo harás?

—¡Por supuesto! —exclama—. Ah, y perdona por lo de antes. No sabía quién eras.

La miro de arriba abajo, no, miento, la repaso de arriba abajo. Joder, si pudiera le daba un buen meneo, pero como no debo, pues me conformo con admirar sus curvas y entonces se me ocurre una cosa.

—Toma —le doy una tarjeta de acceso al Exit. Un pase VIP para ser exactos, de los que solo entregamos a determinados clientes. Tiene validez de un mes y, por lo general, los que prueban repiten—. Disfrútalo.

Mira la tarjeta y abre los ojos como platos. Luego me mira a mí.

—¡Cielo santo, el Exit! —exclama emocionada.

—¿Lo conoces?

—¡Por supuesto! Pero nunca he podido entrar. ¿Cómo es que tú tienes acceso?

—Digamos que voy de vez en cuando por allí. —Me acerco más a ella, le rodeo la cintura y pego la boca a su oreja para añadir con un punto sugerente—: No se lo cuentes a nadie.

Asiente con fervor y yo noto cómo se estremece.

Creo que acabo de hacer una nueva clienta y por cómo está, seguro que va a pasarlo muy bien. Lástima que yo no pueda comprobarlo de primera mano, porque se supone que ahora la fidelidad va a formar parte de mi vida.

No me lo creo ni yo.

—Gracias, muchas gracias —dice abrazándome como si le hubiera hecho el mejor regalo de su vida.

Me despido de ella. Vaya día llevo, esto si lo cuento no se lo cree nadie. Hacía tiempo que no coqueteaba con dos mujeres en tan pocos minutos. Le sienta bien a mi orgullo, pero solo es un espejismo, pues al regresar a mi coche, veo que la fea de la zona azul me ha puesto la multa. Jodida imbécil.

Bueno, da igual, me lo puedo permitir. Miro el móvil, sigo sin saber nada de Fiorella. En cambio mi madre le ha cogido gusto a eso dar por el saco con el wasap.

Xavi, hijo, me tienes preocupada. Llámame cuanto antes, por favor.

Solo una madre puede enviar semejante mensaje.

Como no sé dónde buscar a Fiorella, regreso a mi ático con la firme intención de echar a quienquiera que me toque la moral. Tarde o temprano ella dará señales de vida y quiero poder recibirla sin testigos.

Al llegar a casa no puedo evitar mirar la puerta de al lado. Vaya mierda.

—Mamá, vete a dar una vuelta. Luisa, tómate el día libre. Señora Galiana, por favor, vaya a descansar —es lo primero que digo a gritos nada más abrir, antes de que cualquiera de las tres me acose o algo por el estilo.

Silencio.

Qué raro...

—No hay nadie. Solo estoy yo... ¿quieres que me vaya?

Me quedo como un pasmarote. Parpadeo, porque quiero asegurarme de que esto no es un espejismo. Llevo toda la jodida mañana buscándola y resulta que Fiorella ha venido a mi casa, ¿es o no es para darse de hostias?

—¿Por qué no has respondido a mis mensajes? —pregunto cuando consigo reaccionar.

Cierro la puerta, dejo las llaves en el mueble de la entrada junto con el móvil, me aflojo la corbata y guardo las distancias, aunque en realidad me gustaría arrancarle el vestido y follármela aquí mismo. Pero por una vez en la vida vamos a ser civilizados.

—Porque no me ha dado la gana —replica y se suelta el pelo.

«Vale, tranquilo chaval, que vienes ya caliente. Muy caliente». No obstante, necesito un poco de templanza, no quiero cagarla.

—He hablado con tu secretaria, ella tampoco sabía dónde estabas —digo en voz baja.

Sonríe de medio lado.

—Olga me ha llamado...

Así que la secretaria, aparte de tener nombre y un par de tetas de anuncio, me ha mentado...

—¿Y qué te ha dicho?

—Que tengo muy buen gusto —susurra—, que lamenta no haberte reconocido y que...

Espero que la secretaria no haya malinterpretado nuestra conversación, no me apetece una escenita de celos ridículos.

—Me ha pedido que te dé las gracias por el detalle. Desde luego, nunca pensé que le tirarías los tejos a mi secretaria.

Vale, me ha pillado. ¿Y? Además, por el tono, intuyo que no está molesta, más bien divertida.

No pienso avergonzarme por ello, así que le digo la verdad.

—Solo quería sonsacarle información. Ah, y también he tonteado con la controladora de la zona azul, no voy a mentirte.

Fiorella no deja de sonreír.

Inspiro hondo. Me estoy poniendo cardíaco. Se descalza. Yo sigo en el mismo sitio.

Como reencuentro está siendo más bien penoso.

—¿No quieres preguntarme nada?

—Dejemos este juego, ¿de acuerdo? —replico serio—. Estoy confuso, cabreado, nervioso y empalmado, así que mira a ver cómo te las apañas para contentarme.

—Ven y hablemos. He traído una peli —dice con cierta guasa, ya que ella y yo en temas cinematográficos tenemos poco en común.

—Lo estás arreglando...

—Es porno. Del bueno.

Achico los ojos, pero claro, nada más escucharla, como tío que soy, me entra la curiosidad y Fiorella se percata de ello. Me enseña un estuche de DVD negro, sin carátula, aunque puede ser una argucia para despistarme.

—Pero lo dejaremos para después —apostilla caminando hacia mí. Me rodea el cuello con los brazos y susurra—: ¿Vas a besarme o tengo que hacerlo yo todo?

—Joder, ¿no puedes por lo menos tener un poco de sensibilidad y explicarme lo ocurrido?

—Eres un tío, se supone que es mejor pasar a la acción —arguye divertida y me desliza una mano por el torso hasta detenerse sobre la bragueta, que por supuesto muestra síntomas de mi interés por los hechos y no por las palabras.

—De acuerdo —acepto, agarrándola del culo y pegándola a mí—. Vamos a follar hasta que me dejes seco, pero después espero explicaciones.

—Si incluyes una invitación a... cenar te lo cuento todo.

—¿A cenar? Puedo invitarte a comer si quieres.

Ella niega con la cabeza.

—Tal como estás —presiona sobre mi erección—, me va a llevar tiempo dejarte seco.

—Espera, deja que cierre con llave y atranque la puerta con algo, porque entre mi madre, la asistenta y la vecina, seguro que se las apañan para joderme el polvo del reencuentro.

—¿Por qué hablas en singular? —me provoca y al mirarla por encima del hombro veo que se quita el vestido, quedándose en ropa interior. Negra, sencilla, pero que me revoluciona igual que si llevara lencería de bailarina erótica.

No respondo, no me conviene hacerlo, en cambio me deshago de la corbata, tirándola de cualquier manera. Acto seguido, me ocupo de la camisa, los pantalones y cualquier otra prenda hasta quedarme desnudo, cachondo, frente a ella.

Fiorella se ocupa primero del sujetador, que deja caer con parsimonia y después mueve las caderas para deslizar las bragas por sus piernas hasta quedarse tan desnuda como yo.

Me acaricio mirándola, ella se humedece los labios. Me acerco despacio y en cuanto estoy a su alcance, me aparta la mano para ser ella quien se ocupe de meneármela. El contacto me hace dar un respingo. Mi idea no es que me haga una paja, así que decido tomar las riendas.

—¿Empezamos en el recibidor? —pregunto, presionando el pulgar sobre sus labios.

—De acuerdo... —musita, mordiéndome el dedo.

Acto seguido se da media vuelta, mostrándome su culo, y camina apenas cuatro pasos hasta poder apoyar las manos en la pared, arqueándose y separando las piernas.

Trago saliva. Me dedica una mirada por encima del hombro. Me sitúo detrás, meto mi erección entre sus nalgas y presiono.

—¿Has traído el lubricante? —pregunto y Fiorella gime, echando aún más hacia atrás el trasero.

—Está en mi bolso —ronronea excitada.

—Perfecto, pero tu culo tendrá que esperar...

Ni me molesto en comprobar si está húmeda, la penetro desde atrás, clavándosela hasta el fondo. Ahora es mi turno de jadear como un poseso debido a la sensación que me produce sentir todo su calor.

—Xavi...

—Y esto es solo el principio... —afirmo en tono de promesa—. Voy a follarte a base de bien. Quiero ponerme al día. Me has tenido demasiado tiempo sin noticias...

—¿No has llamado a ninguna de tus amigas para un polvo rápido?

Su pregunta me descoloca un poco y pierdo el ritmo. Respiro hondo, retrocedo, Fiorella protesta y mueve el culo.

—De haberlo hecho, ¿qué habrías pensado? —replico, entrando de nuevo en ella, al tiempo que paso las manos bajo sus brazos para abarcar sus tetas y darles un buen magreo.

—No tenías por qué serme fiel, lo habría comprendido —dice gimiendo.

—Me encanta que seas tan comprensiva —contesto irónico.

—Pero no negaré que me gusta la idea...

—Pues si no quieres que me vaya por ahí de picos pardos, ya puedes esforzarte y abrirte de piernas tan a menudo como sea posible.

—¡Trato hecho! —exclama con voz lastimera debido a la presión que ejerzo sobre sus pezones.

—¿Te gusta así? —pregunto, cuando con los dedos pinzo sus pezones y mantengo

la presión.

Fiorella coge aire. Hace fuerza con sus músculos internos, exprimiéndome. Esto es una puta locura. Debería aflojar, pero no lo hago.

—Hummm...

—Responde. Sí o no.

—Si te dijera que no, ¿te enfadarías o continuarías?

—Continuaría —afirmo y me pego más a ella para morderle el cuello.

—Pues no, no me gusta nada que me dejes los pezones doloridos —dice con voz suplicante.

Libero uno de ellos para que el contraste sea aún más intenso y Fiorella se retuerce.

—Después utilizaré la lengua para calmarlos, ahora quiero que te duela, que grites y, a ser posible, que te corras sin saber si es de placer o de dolor.

—Eso es demasiado místico para mí —bromea entre respiraciones entrecortadas.

Agacha la cabeza, mantiene las manos en la pared y me deja todo el control. Empujo sin descanso. Ambos gemimos cada vez más descontrolados. El sonido de nuestros cuerpos chocando da buena cuenta de la violencia con la que me la estoy follando y, a juzgar por sus jadeos, disfruta tanto o más como yo.

Aprieto los dientes, doblo levemente las rodillas y embisto sin descanso hasta que Fiorella se tensa de arriba abajo y grita mi nombre mientras se corre.

Y no hemos hecho más que empezar.

* * *

—Tenemos que hablar.

—Nunca pensé que un tío diría esa frase —murmura Fiorella adormilada a mi lado.

Miro la hora, las tres y media de la tarde y yo en la cama, desnudo, pensando con la cabeza y con una mujer dispuesta a todo a mi lado.

Me estoy haciendo mayor.

—Una explicación no estaría de más —digo, cambiando de postura para mirarla.

Fiorella permanece acostada, con los ojos cerrados y una suave sonrisa en los labios. Es increíble tenerla cerca y ese hecho puede llegar a despistarme, pero necesito que me cuente lo que ha ocurrido, no quiero más sorpresas.

—¿Tiene que ser ahora? —protesta, estirándose como una gata mimosa.

Sí, tiene que ser ahora, no puedo quedarme solo en la superficie y su cuerpo, al que le voy a dar otro buen repaso en breve; no debe desviarme del tema.

—No quiero levantarme un día y que de repente me digas que te tienes que ir o que todavía debes favores —comento serio.

Ella se mueve, se contonea, intenta camelarme con besos en el cuello y una mano curiosa.

—Y deja mi polla descansar.

—Está bien —suspira—. ¿Qué quieres saber?

Me pongo cómodo, porque intuyo que nos va a llevar tiempo.

Fiorella me cuenta que no tenía intención de romper el pacto al que había llegado con su marido. Dos años, insiste justificándose, para tener lo que siempre había querido, pero la gota que colmó el vaso de su paciencia fue el día en que él contrató a un detective privado para que la investigara.

—El muy cabrón no tenía intención de cumplir su parte del trato.

Me abstengo de decir que eso yo ya lo sabía. La intención de ese tipo era evidente: retenerla con cualquier excusa.

—Logró acceder a mi móvil y ver mis mensajes. Encontró los que te había enviado y se puso hecho una fiera.

Se toca la mejilla.

Sigo escuchándola.

En vista de que Jaime iba a jugar sucio, ella hizo lo mismo. Empezó a grabar las discusiones y cuando él le exigió que renunciara a su trabajo y se convirtiera en una mujer florero, ella contraatacó amenazándolo con enviar las conversaciones a sus socios y si estos no hacían nada, a los diarios.

—A la prensa le encantan los escándalos de la gente rica. Da igual si roban, defraudan a Hacienda o les ponen una multa. Lo importante para el público es saber si en la intimidad se comportan como auténticos hijos de puta —explica Fiorella y por desgracia sé que lo que dice es bien cierto.

—¿Y transigió?

—No, no quería dar su brazo a torcer y su abogado me amenazó con demandarme si lo hacía público. Yo consulté con mi letrada y me confirmó que podían hacerlo.

—¿Entonces?

—Entonces me sonrió la fortuna y nos entraron a robar en casa.

Abro los ojos como platos.

—Joder...

—Por supuesto, no encontraron las grabaciones; sin embargo, a Jaime le dije que sí y él le vio las orejas al lobo. Consultó con su abogado y este le recomendó firmar el acuerdo.

—Pero... si él cree que esas grabaciones están por ahí...

—Que se joda y viva con la incertidumbre.

—Bien hecho —afirmo con convicción, porque Fiorella se merece tranquilidad, bueno, tranquilidad relativa, porque conmigo de eso va a tener poco.

—Y ahora que te lo he contado todo... ¿qué va a ocurrir entre nosotros?

—Buena pregunta. Si quieres empiezo por prepararte un almuerzo tardío y después nos echamos una siesta.

—Xavi, hablo en serio —dice mirándome a los ojos.

—Y yo. Pero tienes que entender una cosa, no puedo hacerte promesas, nunca he

tenido una relación más o menos convencional. Mañana mismo podría cagarla.

—Vaya, eso es confianza en uno mismo y lo demás tonterías —murmura irónica.

Me quedo tumbado boca arriba, suspiro y me paso la mano por el pelo, porque nunca he tenido que ser sincero con una mujer, no obstante, ella merece que no finja.

—¿Prefieres que te lo pinte todo de color de rosa?

—No —niega con la cabeza—. Sé que no es fácil para ti, por eso tiene mucho más valor que estés aquí conmigo. Y tienes razón, es mejor ir viendo cómo nos va.

—Gracias —le digo y me muevo para ir acomodándome sobre ella.

La miro y me inclino despacio hasta rozar sus labios con los míos.

La beso despacio y me muevo de igual modo sobre su cuerpo. Dejo que mi polla se acomode entre la humedad de sus muslos, pero no la penetro. El roce en la punta es casi tan excitante como la presión de su sexo envolviéndome.

Tal como le había prometido, me encargo de lamer sus pezones, nada de dolor, nada de ser brusco. Con la punta de la lengua voy describiendo círculos. Fiorella se arquea al tiempo que enreda las manos en mi pelo y me masajea la cabeza.

Sigo descendiendo, ahora quiero jugar en su abdomen. Con las yemas de los dedos recorro cada milímetro de su piel y con la boca lo saboreo. Su ombligo es tan sensible como recordaba, igual que la piel de la parte interior de sus muslos.

Voy trazando una línea irregular de besos por sus piernas, alternándolas. Me detengo un instante para mirarla. Fiorella me sonríe y yo respondo del mismo modo antes de continuar recorriéndola.

No recuerdo si alguna vez he dedicado tanto tiempo a una mujer; sin embargo, estoy convencido de que con Fiorella merece la pena y que no será la última vez.

Al llegar a sus pies, le muerdo el dedo gordo. Un pequeño conato de rebeldía.

—Por si te estabas quedando dormida —me justifico.

Ahora toca ascender, hacer el mismo recorrido en sentido inverso, sabiendo que el premio son sus labios. No compartiré este pensamiento tan poético con ella porque me tildaría, y con razón, de cursi.

Cuando por fin la beso, alza las caderas y se ocupa de que mi polla entre hasta el fondo, eso sí, con una suavidad que me resulta desconocida.

—Xavi...

—¿Hummm?

—Nunca pensé que fueras tan tierno —musita, acariciándome los hombros y dedicándome una mirada soñadora.

—No se lo cuentes a nadie...

* * *

Fiorella frunce el cejo. Sostiene en sus manos un par de folios manuscritos. Se ha tumbado desnuda, boca abajo en la cama, y no parece tener intención de cubrirse.

Mientras lee, yo observo su culo desnudo, el mismo que he tenido el placer de

follarme.

Ha sido un intercambio más o menos «justo», pienso, ocultando una sonrisilla cabrona, pues ella llevaba unos cuantos días dándome la tabarra con el dichoso artículo que prometí (bajo coacción) escribir y que he ido posponiendo con la vaga esperanza de que se olvidara de ello. No obstante, Fiorella es ante todo una profesional y me ha manipulado sin piedad hasta salirse con la suya.

Cierto que fue ella quien mencionó, no una sino varias veces, su interés por el sexo anal, aunque yo no había querido insistir. No soy tan gilipollas como para ignorar que no todas las mujeres se sienten cómodas y en el caso de Fiorella, teniendo en cuenta sus malas experiencias matrimoniales, no he querido presionar.

Continúa atenta a la lectura, no sé si es bueno que esté tan callada. Yo cierro los ojos un instante y me recreo en lo que he experimentado hace tan solo media hora.

Decir que ha sido impactante es quedarse muy corto... ¡Ha sido la puta hostia!

Pero para llegar al final he tenido que demostrar grandes dosis de paciencia preparándola. No quería bajo ningún concepto precipitarme y que Fiorella se acordara del cabrón de su ex. Para ella, aparte del placer propio del acto, debía suponer una experiencia inolvidable, tanto que quisiera repetir en un futuro próximo.

No ha resultado sencillo, pues mientras la estimulaba, dilataba y lubricaba con los dedos, yo he tenido que dejar de lado mis propios deseos. Ella se ha mostrado receptiva, mucho, y eso ha ayudado en parte. Sin embargo, todo se ha ido al garete en cuanto la he penetrado, pues ni el preservativo especial con lubricación extra ha evitado que me volviera un animal, desbocado y sin la más mínima consideración.

He embestido y gruñido sin control y mira que quería ser delicado, pero no ha habido manera, pues en cuanto he sentido la presión sobre mi polla, toda la delicadeza se ha ido al cuerno.

—Esto hay que pulirlo un poco —murmura, sacándome de mi ensoñación.

Me mira por encima del hombro y yo pongo cara de inocente, como si hasta hace cinco segundos no hubiera estado pensando en cómo me la he follado.

—Oye, yo soy de ciencias, lo mío no es escribir artículos —alego y me inclino para mordisquearle la nalga derecha. Me encanta ver la suave marca que dejan mis dientes.

—Te comprometiste y sé que has intentado escaquearte. Ya lo he pospuesto tres números de *Secrets*, pero no voy a demorarlo más. Quiero que salga en el próximo.

—Nena...

Lo de «nena» no le ha gustado ni un pelo, lo noto en su mirada.

—Yo he cumplido mi parte del trato —me interrumpe inflexible con su voz de jefa, que me excita, todo hay que decirlo.

Resoplo. Lo del trato ha sido una excusa y ambos lo sabemos.

—¿Qué quieres cambiar? —pregunto, recorriendo la línea de su columna vertebral con la yema de los dedos, plegándome a sus deseos; como siempre.

—El primer consejo... El concepto está bien, pero el texto —niega con la cabeza

—. «En la primera cita no te vistas como si fueras a una fiesta de disfraces. Busca algo elegante y cómodo. No te pases toda la noche intentando ocultar la tira del sujetador, en especial si al final no vas a follar. A los tíos esas cosas nos ponen de los nervios» —lee, dejando patente su disconformidad.

—Es cierto —me defiendo.

—A ver, «nene», es mejor mencionar solo la parte de la elegancia y la comodidad. —Le hago un gesto burlón mientras ella tacha y corrige—. Punto dos: «No te pintes la cara como un payaso, da grima besar a una tía pegajosa y así después, si con un poco de suerte hay tema, tu cara no parecerá un mapa con todo el maquillaje corrido».

—Y no he mencionado que a algunas, cuando se quitan la pintura, ni las reconoces —añado convencido.

—Ya sé que tu experiencia en este campo es extensa —contesta con voz neutra. Sabe que esos comentarios, lejos de molestarme me hacen sentir orgulloso y pavonearme—. Lo dejaremos en «Sé comedida a la hora de maquillarte, busca la naturalidad». Punto tres: «Cuando un tío quiere comprar un coche no va quince veces al concesionario solo a mirar, lo prueba a ser posible en la primera visita, por lo tanto, no pasa nada si follas en vuestro primer encuentro, es más, diría que es aconsejable».

—Cien por cien comprobado —digo, sin dejar de jugar con su tentadora retaguardia. Ella, como era de esperar no se muestra conforme—. Míralo de esta manera, sales con un tío dos, cinco, diez veces, no te acuestas con él por esas tonterías de hacerte valer. Resulta que te decides en la décima, llena de ilusiones y pájaros en la cabeza, y él te defrauda —insisto.

—Mejor lo cambiamos por: «Intenta ser clara y no des rodeos».

Yo resoplo, pero Fiorella concluye:

—«Si surge la química, sigue tu instinto».

—Indignante —murmuro y mi dedo recorre la separación de sus nalgas.

—Punto cuatro. «Lleva condones en el bolso. Él, con esas tonterías de ser sensible, lo más probable es que se los haya sacado en el último momento de la cartera, pero seguro que quiere follar». No hay por dónde cogerlo... —Me mira condescendiente, desde luego, está metida en su papel de editora—. Sigamos. «No te pongas a beber sin control. Un tío detesta llevar en su coche a una mujer pedo, que puede vomitar en cualquier momento y dejar la tapicería hecha un asco. Y no digamos ya lo de ser un caballero y desnudarla para meterla en la cama. Es una trola, un cuento para verla desnuda y comprobar si merece la pena. Además, un tío con dos dedos de frente no se tiraría a una borracha que no sabrá distinguir una polla del mando a distancia».

—No me digas que no tengo razón.

—Vale, puedo aceptar que queda feo vomitar delante de un desconocido, pero...

—No hay peros que valgan —la corrijo—. Llevar a una tía con un pedal del quince a casa, meterla en la cama y además verla con el maquillaje hecho un asco es

una razón de peso para no volver a llamarla, por muy buena que esté.

—Muy bien, pondremos: «Modera el consumo de alcohol; no querrás estropear una bonita noche y si además la cosa promete, mejor ser cien por cien consciente de lo que ocurre, para tener un recuerdo inolvidable».

—Cursi y rebuscado —digo burlón.

—Muchas beben para templar los nervios. No es fácil saber cómo comportarse en un primer encuentro.

—Una mujer inteligente no necesita consejos chorras —replico, recorriendo sus piernas despacio con las manos. Me estoy poniendo cachondo con tanto debate.

—Hummm... Sigamos: «No jodas la cita diciendo la clásica chorrada de “háblame de ti”». No entiendo este punto.

—Es muy simple. Un hombre rara vez, por no decir nunca, habla con los amigos de sí mismo o de sus sentimientos o de lo que se le pasa por la cabeza y menos si es de índole personal, así que mucho menos con una desconocida a la que se quiere tirar —le explico, lamiéndola detrás de las rodillas.

—Entonces, ¿de qué se puede hablar?

—¿De qué hablamos tú y yo en nuestra primera cita? —digo con un murmullo.

—De todo un poco, política, arte, comida...

—Evitamos asuntos personales. Ahí lo tienes. Una mujer culta no da la paliza ni aburre; sabe mantener viva la conversación, aunque el tipo solo piense en empotrársela. —Me fulmina con la mirada ante la brutal sinceridad de mis palabras y yo sonrío con picardía—. Es cierto, míranos a nosotros, nos acostamos en la primera cita.

—Eso es diferente —afirma.

—¿Por qué?

—La mayoría de las lectoras son románticas empedernidas; mi caso es distinto. Si publico algo así, destrozaría sus creencias.

—Bobadas, más bien les abrirías los ojos —digo, arreglándomelas para arrebatarse los papeles y dándole la vuelta para poder situarme encima—. Romanticismo es lo que te voy a dar ahora.

—Hummm... No lo tengo claro —me provoca y, para dar mayor énfasis, atrapa mi polla y me da un tirón que hace que me vuelva más agresivo—. Explícamelo, por favor.

—Es relativamente fácil engatusar a una mujer con palabras bonitas y fingiendo ser un caballero. Es cuestión de práctica —digo sin intentar ser modesto—. Y todo con un único objetivo: llevármela a la cama. Muchos lo negarán, pero en el fondo piensan igual que yo. Tú eres más lista.

—¿Me estás regalando los oídos? —inquire, separando las piernas para que me acomode mejor.

—No. —Me coloco en posición, solo un empujoncito y estoy dentro—. A ti no se te conquista con palabras bonitas. Eres decidida. Querías follar conmigo y lo pediste

sin ambages. Admito que me dejaste desconcertado. —Froto la punta contra su sexo y ambos gemimos.

—¿Ah, sí? —pregunta con un ronroneo.

—Mucho. ¿Ves la diferencia? Mujeres «románticas» las hay a patadas, pero muy pocas tienen el valor de decir alto y claro que quieren echar un polvo sin más.

—Pero tú a veces te pones de un cursi... —musita besándome.

—Algo que jamás había hecho antes con ninguna, aunque contigo... es... —Me detengo, pues no sé si es el momento.

—¿Sí?

Inspiro profundamente. No quiero cagarla.

—Diferente. —Dejémoslo ahí—. Además, estamos a punto de vivir juntos, me lo puedo permitir.

Fiorella empieza a jugar con mi trasero, me clava las uñas, me da una palmadita y me muerde el hombro.

—Sí, vamos a vivir juntos —susurra con voz de línea erótica.

—Siempre y cuando te decidas con las reformas para unir los áticos —le recuerdo, sin dejar de recrearme con la humedad de su sexo y sus ronroneos de placer.

Fiorella me mira esbozando una sonrisa. No espero ni un segundo más y la penetro. Despacio, hasta clavársela. Ella alza las piernas y me rodea las caderas.

Claro que Fiorella es importante para mí, aunque todavía no sea capaz de expresarlo con palabras.

—Las reformas... —suspira arqueándose.

—Me parece que sé el motivo por el que no te decides —digo, sin dejar de empujar y de observarla—. Te gusta verme correr peligro cuando paso de un piso al otro por la terraza, jugándome el tipo y enfriándome el culo.

No me hace mucha gracia, pero es mejor que salir al descansillo empalmado para ir en busca de comida o para otras necesidades básicas.

—Pues no —me corrige mimosa riéndose—. Si no me decido es porque... —Hace una pausa que me produce una leve angustia.

Todo esto es nuevo para mí, ando muy perdido y puedo estar jorobándola sin saberlo.

—... me pone cachonda hablar con el arquitecto que has contratado.

Vale, ella también recurre a un comentario frívolo para esquivar la cuestión de nuestros sentimientos. Sigamos pues el juego.

—¿Max te pone cachonda? —pregunto sin sentirme molesto por ello.

—Mucho —admite jadeante, pues he variado el ángulo de penetración—. Cada vez que me explica cómo tirar un tabique o lo que es un muro de carga... ¡uff! No veas cómo me pongo.

—¿Sabe Bea que fantaseas con su marido? —pregunto divertido.

Niega con la cabeza.

—¿Tú no fantaseas y te pones duro con otras? —inquiérese picarona.

Pregunta trampa donde las haya, pero como le he prometido sinceridad...

—Por supuesto. Pero aunque me excite mirando a otras mujeres, la diferencia es que solo tú consigues llevarme a la cama.

—Hummm...

—Traducido, que solo follo contigo.

—Qué detalle, señor Quijano... —jadea, humedeciéndose los labios—. Esto es romanticismo y lo demás son tonterías.



No me gusta hablar de mi misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas.

Algún día descubriré que es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *El perfume* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera.

Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera

de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a presentarlo a las editoriales. Y he aquí el resultado.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).

Notas

[1] *Quietly*, © 2004 GUN Records, interpretada por Guano Apes. (*N. de la E.*) <<

[2] *Living for Love*, P© 2015 Boy Toy, Inc. Exclusively licensed to Live Nation Worldwide, Inc. Exclusively licensed to Interscope Records, interpretada por Madonna. (N. de la E.) <<

[3] *It's no Good*, © Warner Bros, interpretada por Depeche Mode. (N. de la E.) <<

[4] *Little Lies*, Rhino/Warner Bros., interpretada por Fleetwood Mac. (N. de la E.) <<